JOSÉ EDUARDO GUERRA

ITINERARIO ESPIRITUAL DE BOLIVIA

PRÓLOGO DE
ENRIQUE DÍEZ CANEDO

ILUSTRACIONES DE
ARTURO REQUE MERUVIA

CASA EDITORIAL ARALUCE
BARCELONA

ITINERARIO ESPIRITUAL DE BOLIVIA

Donación de
Antonio Lago Carballo

JOSÉ EDUARDO GUERRA

ITINERARIO ESPIRITUAL DE BOLIVIA

PRÓLOGO DE

ENRIQUE DÍEZ CANEDO

ILUSTRACIONES DE

ARTURO REQUE MERUVIA

CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, NÚM. 392 — BARCELONA

Es propiedad del autor.

Queda hecho el depósito que ordena la Ley.

Impreso en España.
Printed in Spain.

Talleres Gráficos Avante; Villarroel, 12 - Barcelona - 1936

INDICE

Págs.

Prólogo 5

LA PUNA

Tierras del Titicaca y Tihuanacu. . . . 21
La Villa Imperial 43
Tierra del Potosí y Oruro 61

LA SELVA

El Gran Paititi. 81
Santa Cruz de la Sierra. 99
El Chaco y Tarija. 117

EL VALLE

Cochabamba 139
La Ciudad de los Cuatro Nombres . . . 177
La Paz. 177

PRÓLOGO

Más de una vez he tratado, en mis artículos, de los escritores bolivianos. Tal vez por eso la amistosa solicitud de José Eduardo Guerra, que había conservado algunos de aquellos escritos, perdidos en publicaciones periódicas, ha pensado que mi nombre podría ir unido al suyo en las páginas de esta antología, que, siendo de poetas y prosistas, no es sólo una antología literaria, sino algo más: un libro en que, a través de la poesía y de la prosa vemos la tierra boliviana, tan varia y tan llena, para los que no la conocen, de extraño atractivo; para los que han nacido en ella, o han tenido ocasión de pasar en aquel país una parte de su vida, objeto de tan fervoroso amor y de tan profundo recuerdo.

Piensa mi amigo que no harían mal, en estas páginas, algunas de las mías, y yo, después de releer las que su curiosidad ha conservado, creo que no ha de haber gran daño en reproducirlas, tal y como salieron tiempo atrás de mi pluma. Quizá haya modificado algún pormenor en mis apreciaciones, y quizá, por fortuna, haya tenido ocasión de ensanchar un poco mis conocimientos en lo que a Bolivia y sus escritores se refiere; pero no encuentro cambio substancial, y estimo que el capítulo que sigue, con su título, responde satisfactoriamente a mis modos de ver, aunque en esto, ahora y siempre haya que estar pronto a la rectificación.

LOS POETAS DE BOLIVIA VISTOS POR UN ESPAÑOL

Dos antologías, impresa la una en Europa —"Poetas Bolivianos", por Plácido Molina y Emilio Finot, París, 1908— y la otra en el país, —"Poetas contemporáneos de Bolivia", por José Eduardo Guerra, La Paz, 1920— han sido base de mis lecturas recientes de poetas bolivianos, harto limitadas, como es de suponer.

Antes de dar con esos libros poseía yo entre mis poetas a Ricardo Jaimes Freyre, en una primera edición de su "Castalia Bárbara" (Buenos Aires, 1899) y a Manuel M. Pinto, cuyas "Palabras" (Buenos Aires, 1898) leímos muchos a raíz de su publicación, cuando las primeras revistas en que se iniciaba el movimiento renovador de las letras castellanas juntaban en hermandad y concordia a los poetas de América, antes sensibles a las nuevas tendencias universales que los poetas de España, con nuestros campeones del verso.

Las literaturas de aquellas naciones hermanas, por ser en ellas más débil la fuerza de la tradición, se abrían con más prontitud a normas e influjos en consonancia con el andar de los tiempos. Digo más débil; de ningún modo quiero decir nula. Veo, efectivamente, en los poetas de

Bolivia, por regla general, perfecto acomodo a la forma y aún al genio de la poesía española, como si su espíritu se modelara siguiendo una inclinación semejante. Y en los mismos renovadores, como Jaimes Freyre, la novedad consiste en romper la rutina, pero no en ir en contra de los fundamentos prosódicos de la lengua común; antes bien, investigando sus posibilidades de enriquecimiento, alumbrando manantiales, denunciando filones.

Al hablar de la tradición pienso, ante todo, en la parte formal. El ademán y el gesto no son el espíritu en una persona; pero son lo que mejor lo revela. Así la métrica y la rítmica no son el espíritu de la poesía, aunque sean lo que mejor lo declara. El espíritu no puede mirar atrás, aunque se lo proponga. La tradición que no acepta el aporte del tiempo nuevo, es inercia y no impulso propio. Tradición en literatura no es supervivencia, sino parecido. Como en el descendiente vuelven a aparecer las facciones del antepasado, así en el hombre de letras dibuja también la tradición los rasgos de la raza; mas el parecido no se consigue por las artes cosméticas ni por el corte de la indumentaria.

Encuentro en los poetas bolivianos, hablando en general, una sencillez de ritmo y una pureza de lengua que me dan la sensación de España; y ello aún en los más influídos por extraños poetas y en los más refinados de expresión.

Ya empecé por decir lo incompleto de mis lecturas bolivianas. Algunos volúmenes de Villalobos, la edición española y la mexicana de Jaimes, en que está, junta a "Castalia Bárbara", "Los sueños son vida", los espléndidos libros de un gran prosista, Alcides Arguedas, eran todo

mi haber. Sólo en estos últimos años han venido a mí escritores más jóvenes: Gregorio Reynolds, José Eduardo Guerra, Alberto Ostria Gutiérrez, Rafael Ballivián.

Por lo que veo en las antologías que me sirven de base —y no olvido la parte correspondiente a Bolivia en la de Menéndez Pelayo— lo más interesante y vivo está en el período actual. Guerra lo dice sin reservas: "la poesía de épocas anteriores a la actual, nada o casi nada notable nos ofrece." Romanticismo y post-romanticismo, efectivamente, nos muestran personalidades algo borrosas y algunos versos bien hallados, pero no, quizá, un verdadero poeta. No suelen coincidir el acierto expresivo con la fuerza del sentimiento; más abundan la buena alocución, la rima fácil.

Cuando se llega a las postrimerías del siglo pasado es cuando la fisonomía empieza a tomar sus rasgos decisivos. No sólo en los versos líricos, sino en los de tono familiar, aparece lo esencial en la poesía, el "acento". Una letrilla, vagamente polémica, de la Zamudio, nos hace pensar en las redondillas feministas de otra gran hispanoamericana, de Juana de Asbaje, conocida por su nombre de religiosa; de la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz:

El se abate y bebe o juega
en un revés de la suerte;
ella sufre, lucha y ruega.
(Permitidme que me asombre.)
que a ella se llame el "ser débil"
y a él se le llame el "ser fuerte",
porque es hombre.

Villalobos, que tradujo muy bien a los poetas franceses, italianos y brasileños, no se aparta en su versifica-

ción ni en sus temas de una inspiración familiar y humanitaria, a la que debe sus mayores aciertos expresivos. ¡Quién sabe si sus traducciones no señalaron a muchos la senda propia!

Buscando los caracteres fundamentales de la poesía boliviana, me ha parecido posible reducirlos a tres: un amor a la palabra que da al verso un tinte de aristocracia y distinción; una honda religiosidad; una sensibilidad amorosa un tanto exaltada y febril. En parte me da la razón Manuel M. Pinto, "hijo", en el prólogo a la Antología de Molina-Finot: "Del tesoro colonial consérvase con el apegamiento que suscita la última finca de la perdida hacienda, tal vez como esquema fundamental del verdadero arte, el sentimiento hondamente místico y sinceramente cristiano que discurre en el alma de cada poeta como levadura de toda verdad y de toda belleza. Al lado de esta fuente emocional, única que caracteriza la literatura boliviana, no hay otro lazo de unión sino es el de la pródiga naturaleza, cuyas peculiaridades marcarán afinidades y diferencias."

Declaro que la poesía de la naturaleza, en lo que conozco, no me parece revestir un carácter extraordinariamente apurado. Bellísimas descripciones me dan más bien una sensación abstracta que una indicación de lugar. Yo creo que la naturaleza de Bolivia, tal como me la han hecho entender las lecturas geográficas y algunas conversaciones, se ve en los prosistas mejor que, hasta aquí, en los poetas. Algunos versos descriptivos de Vaca Chávez, algún soneto excepcional de Reynolds, con toda su belleza, no me han hecho rectificar. Pero veo aquí una cantera para lo futuro.

La palabra escogida y sus cualidades de belleza realizadas por la musicalidad del ritmo, en ningún poeta se ve como en Ricardo Jaimes Freyre. Cuando Ricardo Jaimes Freyre surge en Bolivia se puede escribir el "En-fin, Malherbe vint!" de aquella literatura. Se destaca no sólo entre los suyos sino entre todos los americanos de entonces; tiene un valor continental, reconocido en todas partes. La historia de la nueva versificación castellana no se puede escribir sin su nombre. Pasa por el introductor del verso libre, y aunque pueden aducirse ejemplos sueltos preparatorios, la práctica consciente del sistema se debe a él.

¡El verso libre! ¿Qué necesidad hay en castellano de verso libre? —preguntan todavía muchos—. La riqueza sintáctica, superior a la del francés, la facultad de prescindir de la rima, el valor del asonante, que ninguna literatura moderna utiliza sino como recurso excepcional, le dan, en efecto, muchas ventajas; todas fáciles de trocarse en inconvenientes. La riqueza de sintaxis condesciende ante inversiones que deshacen la naturalidad; la ausencia ocasional de la rima impone mayor rigidez y engolamiento al ritmo; la frecuencia de asonantes degenera en monotonía.

Ricardo Jaimes Freyre, que, además de gran poeta, es artista reflexivo, ha tratado después de dar el ejemplo, de fijar las "Leyes de la versificación castellana". Así se llama el libro impreso en Buenos Aires el año 1912, que contiene su arte poética y en que investiga "La ley que preside el fenómeno de la música verbal, con la cual ley pudieran explicarse no sólo todos los ritmos conocidos, sino también los que creará más tarde la intuición de los poetas; la ley que permitiera juzgar, con una sólida base de acierto, la

expresión y la importancia de todas las innovaciones que en el curso de los siglos han formado el tesoro de la versificación castellana y las que aspiran a aumentar y a avalorar ese tesoro, el mayor acaso de las lenguas modernas." De esta explicación de propósito se deducen ya algunas opiniones del autor: la más importante es la proclamación de una ley única; después la creencia en la posibilidad de establecer nuevos ritmos, según esa ley única.

El principio del período prosódico y la combinación de períodos iguales, análogos o diferentes, engendran las varias especies de versos que son posibles en castellano. La teoría, que no trato de exponer aquí, me parece ingeniosa y fuerte. Yo he dedicado muchas horas al estudio de estas cuestiones y algún día me propongo tratarlas en particular. Sobre todo considerándola en su sentido de explicación y método, no de receta, la teoría del período prosódico es digna de atención. Jaimes Freyre no dice: has esto, para ser poeta. Sino: los poetas, sin saberlo del todo, han hecho esto. Presupone la cualidad de poeta. Estamos muy lejos de los días en que don Antonio de Trueba escribía, con mayor ingenuidad que sus "Cuentos de color de rosa", un "Arte de hacer versos al alcance de todo el que sepa leer y escribir."

"Castalia Bárbara" y "Los sueños son vida", publicados a diez y ocho años de distancia, nos dan una obra de poeta recogido y potente. El poema que da nombre al primer tomo, con su denominación antitética, trae desde luego una visión de tiempos pretéritos, evocada por su sentido moral y por su fuerza plástica. Es el momento en que luchan en las selvas del Norte los dioses de la mitolo-

gía germánica con otra divinidad más poderosa, en su falta de aprecio batallador:

Un Dios misterioso y extraño visita la selva.
Es un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

El poema es un Gotterdammerung orquestado con soberbia amplitud de ritmo. En los momentos más plásticos y brillantes, el ritmo se concreta; así en el soneto "Los Héroes", ruda visión de un combate, pura visión coloreada:

y se destacan, entre lampos rojos,
los anchos pechos, los sangrientos ojos
y las hirsutas cabelleras blondas.

Se engañaría el que creyera que sólo esta objetividad parnasiana —menos rígida por lo flexible del verso que la va fijando—es el alma de la poesía de Jaimes Freyre. Sus poemas personales recurren, a veces, a la alegoría, mas también se abandonan a la sensación. Toda la lira responde a la pulsación de su mano. Su parnasianismo está traspasado de emoción. Las figuras que evoca no son sino "dobles" de la propia alma. En él, como en Darío, que fué su compañero de armas, el parnaso y el simbolismo se funden para crear la materia poética que reciba la impronta. De su contacto con el mundo saca una lección de experiencia: el doble valor de la risa y del llanto:

Yo sé del triste desvarío
que hace reír en el dolor,
y al llanto llaman: —Hijo mío...
también la Dicha y el Amor.

La supremacía última del sueño:

Toda visión, entonces, es realidad dormida.
(Viejo ya Segismundo, con el alma abatida,
quiere hallar en sus sueños su fe desvanecida
y amargamente sabe que los sueños son vida.)

No faltan, en la obra de Jaimes Freyre, latidos de religiosidad. Su Dios de los brazos abiertos, triunfante sobre las deidades bárbaras no es única visión en sus libros; pero no se lo podría tomar por un poeta religioso, en esencia. (Ni tal vez a su hermano Raúl Jaimes Freyre, de quien las "Prosas", recogidas en la colección de J. E. Guerra, traducen mejor el sentimiento de lo religioso como espectáculo que como aspiración del alma). Por esto, a los adjetivos místico y cristiano que emplea Pinto, prefiero, simplemente, el adjetivo "religioso" que conviene a tantos poetas.

El propio Manuel M. Pinto, hijo, en su tomo "Palabras", define lo religioso por encima de lo cristiano cuando escribe en la "protestación": "Vale más Eleusis que Corinto, y la Roma de las Catacumbas que la Roma del Circo". Pero en su "In illo tempore" es cristiano a la manera de Sagesse; *verleniano hasta el remedo:*

Benditos los que creen. Y mil veces
benditos los que saben que su ciencia
principia con el credo; y su conciencia
no la embarcan en cáscaras de nueces.
Y benditos los Santos que en las heces
de la duda moral y su inclemencia
no infestaron las almas; y a la esencia
del Bien final —de Dios— dieron sus preces.
Y bienaventurado el que ha creído
que sabe que no sabe; y que es locura
no creer que es limo lo que limo ha sido.

Y bienaventurado el que la impura,
la insana corrupción ha resistido:
Quijote de la mística locura.

Al cabo de los años he vuelto a leer con agrado estos versos, en ocasiones duros. Y con un renuevo de curiosidad la sección "Uca-Pacha", llena de términos de la lengua aymara, tentativa fallida por exceso, pero interesantisima y digna de volver a probarse.

Gregorio Reynolds, de quien conozco "El Cofre de Psiquis", "Horas turbias" y una versión de "Edipo rey", es, en el presente, la más definida personalidad dentro de la nueva generación, según advierto en varias lecturas y conferencias.

Aquella exacerbada sensibilidad amorosa que me pareció entrever en la poesía boliviana, se manifiesta en él más por los versos a Cloe o a Filis —véase, a través de estos nombres, el de una musa moderna, y por lo tanto de carne y hueso— por su extremada inclinación a la imagen voluptuosa, que se comunica aún a la cadencia del verso en que siempre hay un halago sensual.

Su "Cofre de Psiquis" contiene joyas muy diversas, algunas de áudoso oriente, valiosas las más, por el brillo de la gema o la finura del cincelado. Sus "Horas turbias" significan una variante del amor: el amor-pecado. Resultante: la religiosidad. Sólo habla del diablo el que cree en Dios. Gregorio Reynolds no es incrédulo:

Lodo irisado pero inmundo
la carne es del demonio y es del mundo.
Sólo el alma es de Dios.
Son para El nuestras líricas preces;
pero a veces
Satanás prepondera en nos.

La fiebre, la pesadilla, son el germen de muchas páginas de este libro, sin estar ausentes del primero, más objetivo y claro. Así se extenúan en largos versos de monótono asonante los nerviosos felinos, amados por Reynolds como por Baudelaire; en tanto que allá saltaba de pronto, ágil, silvestre, simple como la naturaleza misma, la llama de las altas sierras:

Inalterable, por la tierra avara
del altiplano, ostenta la mesura
de su indolente paso y apostura
la sobria compañera del aymara.
. . . . . .

Por este soneto, oreado por viento de cumbre, pasa el sentimiento cósmico, que da grandeza a "Il bove" de Carducci. Es una de las poesías bolivianas en que se siente mejor el alma del paisaje agreste, la transparencia de la atmósfera fría. Por extraño contraste brota de la pluma de un poeta a quien Darío pudiera llamar "raro", de un buen artífice para quien la rima no guarda secretos.

De otros poetas conozco páginas, insuficientes para formar juicio terminante. Así me llaman la atención los versos retorcidos de Franz Tamayo, el aliento oratorio de un Claudio Peñaranda; otros aún... Pero aunque Jaimes y Reynolds estuviesen solos, ya podría enorgullecerse Bolivia de sus poetas.

De todo lo que antecede, mi afirmación de que los poetas bolivianos aún no reflejan del todo, en sus descripciones y evocaciones, la naturaleza del país, sufre más de un choque al leer las páginas que siguen. Pero quizá sin el

cotejo de los prosistas, no acertaran tan cabalmente a fijar en la mente una visión cumplida. Este libro nos da el primer intento, que es más que un intento porque llega a realidad cuajada, de retratar a Bolivia en pruebas permanentes, que no sólo recogen el paisaje y el edificio, la historia y el hombre, sino que, como resultado de todo ello, nos acercan al espíritu de Bolivia, nos inducen a conocerla y nos enseñan a amarla.

Enrique DIEZ CANEDO

Hé aquí algo como una geografía literaria de Bolivia. Una especie de carta geográfica en la que las provincias están delimitadas según el color que les presta el sentimiento de sus poetas, y cuyas longitudes y meridianos se miden con el compás de la sensibilidad de sus prosistas.

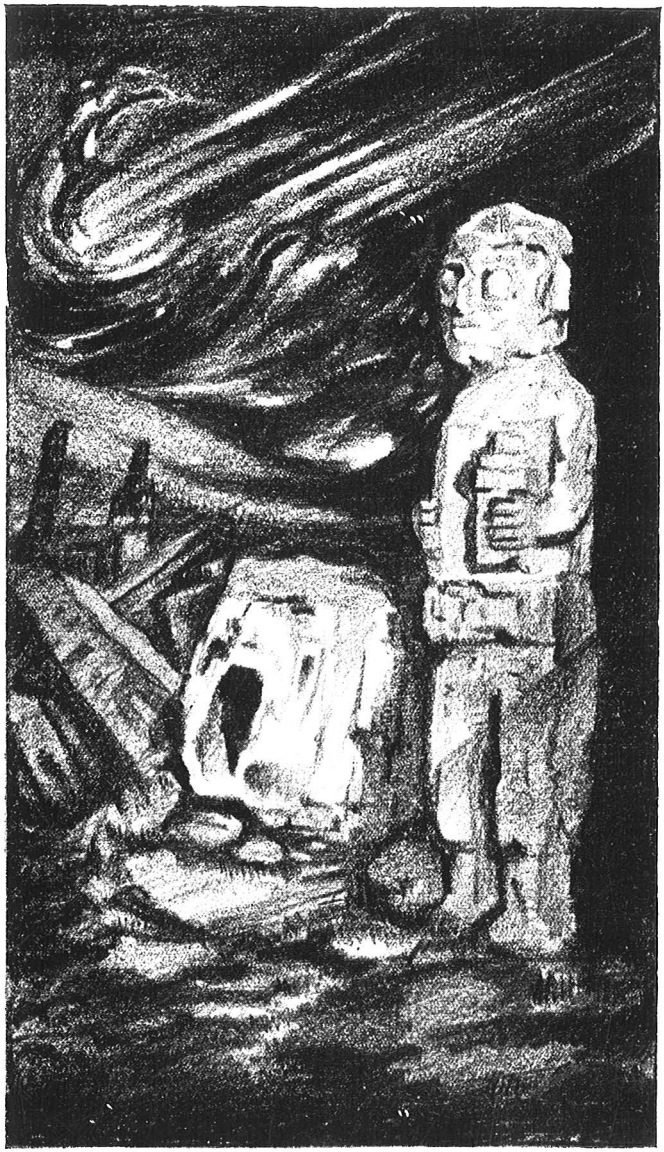
Su esquemática estructura ha ido delineándose en los ratos ganados al "trágico cuotidiano" de la vida burocrática, la cual, cuando se encuentra consagrada a un país del que corporalmente se está lejos pero en el que se sigue viviendo sentimental y mentalmente, favorece, en vez de serle adversa, el proceso del recuerdo. Un nombre geográfico cualquiera, evocado al azar, me ha bastado muchas veces para restablecer el contacto del espíritu —roto un instante por la rutina funcionaria— con un aspecto de la naturaleza, con un problema de la vida, con un episodio de la historia de la tierra natal... Y así, dejándome llevar a la merced del caprichoso instinto de la memoria, no siempre fiel ciertamente, y a menudo reacia a acudir en nuestra ayuda con el dato exacto, la cita oportuna o el detalle ilustrativo, he ido, aquí y allá, subrayando nombres, apuntando observaciones, recordando lecturas, más atento a la visión subjetiva del variado paisaje de Bolivia y a los pasajes de las obras que en algún modo lo trasuntan e interpretan el alma de su pueblo, que a un plan establecido de antemano con el grave propósito de hacer un

bosquejo histórico de su literatura, compuesto por orden cronológico o con arreglo a escuelas y tendencias.

Escritas, pues, un poco a la manera de las del cuaderno de notas de un turista, curioso y entusiasta, pero sin pretensiones de crítico, estas páginas adolecen, sin duda, de muchas fallas que, en lo que a la ya fecunda labor de la generación novísima se refiere, quedarán explicadas por el hecho de que es difícil abarcar un panorama, en toda su integridad, desde un punto de observación situado al mismo nivel que los más próximos detalles del paisaje.

LA PUNA

LÁMINA NÚMERO 1



TIERRAS DEL TITICACA Y TIHUANACU

TIERRAS DEL TITICACA Y TIHUANACU

El paisaje de la altiplinicie boliviana, que no es un paisaje para almas indiferentes y ojos superficiales, se resiste, por su grandiosa simplicidad, a ser trasmutado en palabras y en colores. De ahí que sean ráras las descripciones literarias de la meseta andina que consigan dar una impresión palmaria de su ascética majestad, más propicia, al parecer, a las especulaciones de la metafísica y de la mística, como las llanuras manchegas o las estepas rusas, a las cuales, un poco a la ligera, se la ha comparado alguna vez. La transparencia inconcebible del aire rarificado de la altura, suprimiendo, por otra parte, lo que los paisajistas suelen llamar la *atmósfera* de un cuadro, suprime también el más elemental de los recursos: la perspectiva.

El paisaje de la altiplanicie, sobrio de color y severo en la línea, es más bien, pues, un paisaje de aguafuerte o de grabado en madera, no obstante que la técnica de pintores como Guzmán de Rojas y Jorge de la Reza, por caminos estéticos diferentes, opuestos casi, haya llegado a interpretar victoriosamente esa dualidad indivisible: el indio y la puna.

El alma de esos montes
se hace hombre y piensa.

dice Tamayo. Compenetración indivisible, en efecto, la de ese hombre de bronce, cuyo rostro imperturbable lleva el sello de la antigüedad inaudita de su raza, y esa tierra que da la sensación del infinito. Es muy posible que en ningún otro sitio del planeta los conceptos astronómicos de tiempo y espacio, logren, como en la puna boliviana, una materialización más elocuente. En la noche estrellada que —como dice Ostria Gutiérrez— es allí "prolongación del crepúsculo", "cerca del fuego, en cuclillas, tiene el indio clavados los ojos en el horizonte. Los ojos del indio y los ojos de la llama miran en la misma dirección; ni a la tierra ni al cielo; miran al infinito, embrujo del altiplano."

Tal vez la geometría, que es además ciencia esotérica de magos y de agnósticos, podría interpretar ese paisaje valiéndose del círculo, o de la línea recta que se hace círculo en los horizontes. Una línea recta, vagamente ondulada, que se deprime en las *quebradas* y se hincha en los collados. La geometría, y también la música. Porque la música, la verdadera música, es una expresión anímica, y lo que tiene la altiplanicie es, ante todo, alma. Un alma reconcentrada y bravía, indiferente tal vez al vano ajetreo de los vivos, como deben ser las almas que abandonaron hace ya tiempo su envoltura corporal, y como son, desde hace siglos, por lo menos ante la curiosidad egoísta de los blancos, las de los herméticos y huraños pobladores de esas elevadas llanuras y abruptas serranías. Pero la música, la que tiene un carácter exclusivamente regional, no es sugestiva sino evocadora, o mejor, sólo sugiere evocaciones, es decir, que sólo puede dar la impresión del paisaje a quienes alguna vez lo vieron y escucharon al mismo tiempo las notas que fluyen de la *quena*. De ahí que los

ensayos realizados por los compositores folkloristas —ensayos que logran su más pura expresión vernácula en algunas composiciones de ese gran estilista de la música indígena, que es Simeón Roncal— entrañen una belleza sólo accesible en toda su integridad para el que guarda en sus retinas la visión estática del yermo. La flauta es el único confidente de esos seres, y cuando a la caída de la tarde o hacia el amanecer, el viajero solitario de la pampa escucha la confidencia con oído atento y corazón despierto, siente la impresión de haber sorprendido un repliegue del alma de esa raza y de esa tierra.

¿Cómo extrañarse, pues, de la simplicidad desgarradora de la música de esos pueblos que viven una vida espiritualmente inmóvil, diseminados en unas tierras que ocultan celosamente la clave de su enigmático pasado, quemadas por un sol que no calienta, bajo un cielo tan limpiamente azul que las estrellas que lo encienden en las noches invernales parecen más distintas y con fulgor más vivo que en otras latitudes? "En todas las manifestaciones espirituales del indio se observa la poderosa influencia del cosmos andino" —dice Alfredo Sanjinés en su *Interpretación de la música y danzas indígenas*—. "Sobre todo en la música. Triste y fantástica como el ambiente que la origina, es por su obstinada monotonía fiel reflejo de la estepa y ofrece por su dulce asperidad, la misma sensación de las montañas. Desahogo espiritual de una raza avasallada, retardada en su cultura, y por eso reconcentrada en sí misma, le falta como al indio el sentido de la época. No se renueva ni se moderniza, y repite los mismos motivos sin terminar nunca".

La llama, displicente y sobria como el terruño y como

el hombre; esa llama esbelta y aristocrática, que en la heráldica ingenuamente prolija del escudo boliviano es uno de los varios atributos emblemáticos, sería el único elemento decorativo del paisaje andino, si aquél de quien es la compañera inseparable, el indio, no amara endomingarse con colores vivos —el verde, el rojo, el morado, el amarillo— en contraste con el gris terroso de sus cerros y de sus pampas...

Las mujeres "van ataviadas —describe Arguedas— con trajes de cálidos tonos y ostentan el lujo llamativo de sus polleras, todas de color distinto. Un apretado corpiño de terciopelo, orlado de lentejuelas que brillan como diamantes les ciñe el talle. Por el escote luce la blanca camisa de *tocuyo* con la pechera bordada con hilos de colores. Llevan los pies desnudos, y sólo las jóvenes, más por coquetería que por necesidad, llevan ojotas con abrazaderas de charol e incrustaciones de cordobán. Los varones son más ostentosos todavía. La chaqueta de bordadas solapas y de mangas pespunteadas va bien ceñida al robusto torso sobre el chaleco, de color distinto, igualmente pespunteado; el calzón, también de otro color, cae en forma de campana hacia los pies, y se abre por detrás, desde las corvas, para mostrar el amplio calzoncillo de género blanco, ligeramente teñido de azul. Una faja finamente tejida con hilos de colores les sujeta el talle. Su lujo es el zapato de triple zuela, tacón ferrado, punta ligeramente cuadrada, con encaladuras de color, y el vistoso gorro de lana rematado en una vaporosa orla que sobresale por debajo del sombrero de castor, junto con la áspera cabellera caída en melena sobre los hombros".

Revestidos así de sus mejores prendas que trocaron por

la humilde indumentaria cuotidiana en que son lujo el poncho o el *aguayo* multicolores, tejidos por ellos mismos en sus telares primitivos, concurren a las festividades religiosas o familiares que, de tiempo en tiempo, turban el silencio de los campos y la paz habitual de las aldeas con el estrépito de los tambores, el ritmo desgarrado de las *quenas*, el tono agudo y saltarín de los *pinquillos* y el grave y melodioso de las *tarkas*. Van así engalanados con trajes que son supervivencia de los que les impusieron los conquistadores, ya que de los que fueron suyos sólo ostentan el remedo cuando, para las fiestas carnavalescas, se atavían con disfraces que pretenden ser trasunto de los que llevaban los antiguos señores del Imperio...

La danza es en esas fiestas como un rito esencial e imprescindible. Simulacro, a medias eglógico y religioso, en que lo erótico apenas se insinúa. Rezago de viejas tradiciones gentílicas bastardeadas por las prácticas de un catolicismo supersticioso. Arguedas las describe así: "Formando rueda danzan los *sicuris*. No tienen adornos ni disfraces, pero lucen rumboso distintivo, llevando sobre la cabeza desmesurados quitasoles invertidos, hechos con plumas de avestruz o de ibis blancos, y adornados en el centro con un ramillete de flores fabricado con plumas de color. Dentro la rueda bailan a pequeñas zancadas los *mallcus;* llevan cubiertas las espaldas con la piel de cóndor, y el cuello acollarado del ave descansa sobre la cabeza del bailarín que ha enganchado los brazos bajo las anchas alas y anda de un lado para otro, batiendo el nevado plumaje, haciendo mesuradas quiebras al lento compás de las zampoñas, que aúllan en desolados tonos. Allá, los *phusi-piyas*, encorvados sobre sus flautas enormes y

gruesas, lanzan notas bajas, hondas y patéticas, en que parece exhalarse la cruel pesadumbre de la raza; más lejos, brincan y corren los *kenalis* cargando pieles disecadas de vicuñas tiernas, zorros, onzas y gatos monteses embutidos en paja, y avecinan con los *choquelas* inquietos, cuyas piernas cubre un pollerín blanco y encarrujado. Al otro lado danzan los *kena-kenas*, el busto cubierto con la piel del tigre y la cabeza con pequeños sombreros de lana que sostienen una especie de diademas hechas con plumas y con incrustaciones de espejos."

Reynolds compuso en honor de la llama—esa hermana domesticada de la grácil vicuña y la lanuda alpaca—este soneto que es una síntesis perfecta del paisaje andino:

Inalterable, por la tierra avara
del altiplano, ostenta le mesura
de su indolente paso y apostura
la sobria compañera del aymara.
Parece, cuando lánguida se para
y mira la aridez de la llanura
que en sus grandes pupilas la amargura
del erial horizonte se estancara.
O erguida la cerviz al sol que muere
y de hinojos oyendo el miserere
pavoroso del viento de la puna,
espera que del ara de la nieve
el sacerdote inmaterial eleve
la eucarística forma de la luna.

"El viento es alternativamente el guardián y el verdugo de la puna"—dice Costa du Rels—. "Viento obstinado, incansable, torturante, flajela a la tierra como a un cuerpo inerte cual si quisiera reanimarla. Las matas de

paja brava se yerguen a su soplo como crines." "Aúlla y ruge sin que se sepa si es de desesperación, de rabia o de sufrimiento." Sólo la música —una vez más— podría cifrar en ritmos y en cadencias esa otra música sobrehumana que tiene, con relación a las alturas, el mismo valor permanente que el de las olas respecto del océano. Pero la música indígena es demasiado subjetiva y silenciosa—por decirlo así—y carece de calidad imitativa. Quizá forzando el afán, ya de suyo artificioso, de establecer correspondencias aparentes entre las manifestaciones de la naturaleza y las del arte, podría hallarse una, aproximada, entre el viento de la puna y la música marcial y polifónica de las zampoñas.

La nieve es otro complemento del paisaje altiplánico. Airón de los gigantes que en fabulosa cabalgata atraviesan de norte a sur el continente, y que al llegar a tierra boliviana, parecen erguirse todavía más, como queriendo superarse a sí mismos en un gesto de temerario desafío. El Illimani de triple cumbre armoniosa; el Mururata de testa truncada en una lucha inenarrable, según la vieja leyenda; el Illampu, el Sajama, el Huaina-Potosí... Esas montañas en que sólo habitan los cóndores engolados de armiño, de sanguinarias garras y pico carnicero, completan el paisaje de la puna. O, mejor, lo rompen, pues son demasiado grandes y no habría marco suficiente para encuadrar sus proporciones.

Con excepción del río Desaguadero, que sale del lago Titicaca para verterse en el Poopó y que es navegable en toda su longitud por ligeras embarcaciones, el agua no surca abundantemente las tierras de la altiplanicie. Pocos ríos de escaso caudal que se acrecienta con el agua

de los torrentes en la pródiga estación de las lluvias, se deslizan mansamente, arrastrando su linfa turbia en la que sólo se refleja, a fuerza de brillante, la fría luz de las estrellas. Esas aguas humildes y barrosas, cuando no se estancan en los charcos o se insumen en la estepa, van a alimentar el lago de los Incas, y al entrar en él, se purifican.

Es en ese lago, santificado por la leyenda y bordeado a lo lejos por los picos nevados de la cordillera de los Andes, que las islas del Sol y de la Luna guardan aún decrépitos recuerdos de templos y palacios sepultados. Orgullosas mansiones que han sufrido el agravio de los siglos, en la misma medida que las *pucaras,* moradas de los chullpas o antepasados del *aymara,* cuyos vestigios se encuentran esparcidos en toda la extensión de la altipampa.

Lago del sol dormido junto a las nubes
donde guardan su sueño nieves eternas,
lago de verdes aguas que al cielo subes
cuando salen los vientos de sus cavernas.
Nace en tus frías ondas el peregrino
señor de labradores y de guerreros;
del Inca Manco Kápaj, sabio y divino,
cubre la inmensa sombra los ventisqueros...

ha cantado Ricardo Jaimes Freyre.

El Sol presidió los destinos del vasto imperio de Tahuantinsuyo, y confió a sus hijos, nacidos de las aguas del Titicaca—Manco Kápaj y Mama Ocllo—la misión de redimir de la barbarie a los que habían perdido, hacía mucho tiempo, la memoria del portentoso Tihuanacu. El

Inti, de cuya fuerza vivificante y creadora hicieron un culto fervoroso aquellos hombres por considerarla la expresión más perfecta del Ser Supremo o Pacha-Camac, parece hoy contemplar indiferente la desolación de los dominios de que fuera desposeído por el "Dios silencioso que tiene los brazos abiertos"... Y, sin embargo, él sigue siendo el verdadero señor del altiplano, ya que sólo por él cobran los páramos una apariencia de vida bajo la enceguecedora luminosidad del cielo:

Es el sol, dios y padre.
A él se rinde
bajo el azul sin linde
la tierra madre.

dice Tamayo.

En los jardines de la isla del Sol, que son un verdadero milagro perpetuamente renovado, a cerca de cuatro mil metros de altura, la "Fuente del Inca", de triple surtidor tres veces diferente en virtudes, regala frescura, bienestar y reposo al visitante. En esos jardines medra, con más gracia y lozanía que en otros geométricamente estilizados a la europea, la emblemática *kantuta,* florecilla silvestre que engalanaba las cabelleras de las *ñustas,* doncellas nobles consagradas al sol, y ornamenta los *querus,* vasos de madera que, como los de los alfareros tihuanacotas, son prueba de la afinada cultura artística de esas civilizaciones desaparecidas.

Aguas transparentes y tranquilas, las del Titicaca, cuando no las agita en tumultuoso oleaje que remeda de cerca al del mar, el viento helado de la cordillera. Aguas

surcadas por las gráciles *balsas* que los indios construyen con *totoras* o espadañas lacustres, y que al impulso de largos palos que se hunden en el légamo, bordean las orillas o se deslizan blandamente entre los totorales, ligeras y armoniosas como góndolas. Más adentro, en las *pampas*, donde las aguas tienen profundidades transparentes, se las ve, empujadas por el viento que hincha las anchas velas cuadrangulares, perderse en lejanías que forman horizonte.

Aguas en las que se mira nuestra graciosa Señora de Copacabana, llamada poéticamente la Virgen del Lago. La exaltada devoción de un indio imaginero la esculpió en tosca madera, en los lejanos tiempos de la conquista, y desde entonces, en su santuario de azulejos y berenguelas, armada del prestigio de su milagrosa ejecutoria y barrocamente ataviada de sedas, encajes y vistosas pedrerías, acoge con la hierática sonrisa de su cara morena a los romeros que llegan desde remotas comarcas de Bolivia, del Perú y aun de Chile y la Argentina. *La Virgen del Lago* se llama una novela o *crónica de una romería a Copacabana* que escribió Armando Chirveches, y cuyo principal interés está en los comentarios de eruditos excursionistas sobre el origen del Santuario y el enigma de Tihuanacu. ¡Singular ocurrencia que reúne en un mismo relato la evocación de ambos santuarios (¿no lo es acaso Tihuanacu?), tan cercanos en el espacio como distantes en el tiempo y en la mitología! "Vista Copacabana a distancia de un tiro de fusil, protegida por los conos de piedra que la rodean, mirando a sus pies la movible alfombra azul claro del lago, semeja un pueblo eglógico, de *nacimiento*." "Los cerros piramidales, casi simétricos, pequeños, vesti-

dos de hierba, en cuyo regazo yacen alquerías; el abigarrado grupo de casitas del villorrio en torno al templo, en cuyas numerosas cúpulas así como en la torre ancha y maciza, brillan al sol los azulejos, traen a la memoria un vivo recuerdo de la infancia: es el mismo grupo de casucas del portal de Belén entre colinas de latón o barro cocido, que se veía en las ricas urnas que las viejas familias coloniales exhibían orgullosamente el día de Navidad..."

* * *

Los escritores bolivianos se han servido, varias veces con fortuna, de los motivos que sugieren el paisaje y la vida en el altiplano. No abundan, ciertamente, obras literarias, inspiradas, sea en esa naturaleza escueta y algo reacia a las solicitaciones de la fantasía, sea en los sentimientos, preocupaciones y costumbres de los habitantes de esas pampas y montañaas, que llevan una vida estacionaria y casi primitiva. El indio, cuya incorporación total a la vida de la nación no es todavía, por desgracia, una realidad, ha sido, y sigue siendo, objeto de investigación y controversia entre sociólogos y pedagogos, así como tema preferido de escritores enamorados del color local. Pero si la literatura es, como la definió René Moreno, la "expresión de la sociedad", será forzoso reconocer que la sociedad boliviana, en la cual el indio tiene tan escasa participación como elemento de progreso moral e intelectual, estaría sólo parcialmente reflejada en las obras literarias en que las costumbres, la idiosincrasia, las tradiciones y supersticiones, y, en fin, las cualidades y los vicios del

indio, fueran el único sujeto. Esas obras, de ningún modo desdeñables y desprovistas de valor estético, no podrán considerarse como exponentes únicos de la modalidad de un pueblo que en sus clases superiores y aun en buena porción de sus componentes populares, es heredero de la cultura europea, más o menos bastardeada, pero europea y moderna al fin de cuentas.

El indianismo integral que tiene en América—y en Bolivia—exaltados propagandistas, es una simpática ilusión enfrente a la premiosa realidad que nos impone a cada instante volver los ojos hacia Europa. Muerta está la civilización precolombina del Perú. La mató con la cruz, la espada y el idioma, el conquistador español cuando ya estaba en plena descomposición. Es indudable, sin embargo, que el carácter del indio ha impreso en la mayoría de los países americanos, y en Bolivia con más intensidad que en los demás, un sello indeleble que se revela en muchas de nuestras actitudes colectivas e individuales; pero el indio no convive con el blanco, del que desconfía, ni con el mestizo, al que detesta; no participa de nuestras inquietudes políticas, que no comprende, ni le interesan nuestras preocupaciones sociales, como tampoco contribuye de manera apreciable a nuestra economía.

Y si son muchos los casos de personalidades fuertes, de caracteres vigorosos que el mestizaje ofrece en la historia política, militar, económica e intelectual de Bolivia, son raros, en cambio, los ejemplares de la raza indígena que habiendo conservado la pureza de su sangre, jugaron un papel de importancia en esos mismos órdenes de actividad. Es por ello muy digno de recordarse a ese bizarro cura volteriano que se llamó Vicente Pazos Kanki, uno de

los primeros periodistas que tuvo la América del Sur en la era de la emancipación y en los primeros tiempos republicanos. Este hombre curioso, personificación del aborigen letrado orgulloso de su ascendencia, fundó y dirigió, al lado de próceres argentinos, varios periódicos en Buenos Aires y escribió en el destierro numerosas cartas sobre la independencia. René Moreno lo pinta así: "Indígena de raza, la sangre aymara, inextinguible y soberbia, circulaba en sus venas, subiéndole a borbotones al cerebro sujeto a desvaríos y extravagancias, pero admirablemente organizado para concebir las aspiraciones étnicas de la gran familia europea. Pazos Kanki se holgaba siempre en gran manera de su origen, luciendo con ufanía sus habilidades en el aymara, lengua que mamó en la granja de sus padres junto con la leche de las cabras que pacen en las márgenes del Titicaca." Y transcribe en seguida estas palabras de Pazos Kanki, escritas en Londres: "Los acentos de este idioma original, tan sonoros para mí, no cesan de latir en mis oídos, y como por un encanto me parece que estoy escuchando los discursos patéticos a que frecuentemente asistía, durante mi primera edad, en el antiguo Cozco, metrópoli de los Incas, adonde fuí a aprender los rudimentos del saber europeo."

El *problema del indio* ha ocupado, especial o incidentalmente, a varios hombres de estudio de éste y del pasado siglo. En *La Máscara de Yestuco,* libro singularísimo por la independencia absoluta de criterio con que está escrito, Juan Francisco Bedregal, uno de los escritores bolivianos de mayor autoridad moral, enfoca, desde un punto de vista enteramente nuevo y en un tono regocijado e inaprensivo que disimula apenas la compleja gravedad de

estas materias, ciertos problemas de sociología boliviana, y, entre ellos, el del indio. Bedregal lo plantea en esta forma inesperada y sugestiva: ¿el indio es un problema para el blanco o el blanco es un problema para el indio?

Al conocimiento íntimo del indio han contribuído trabajos tan importantes como *Mitos, supersticiones y supervivencias populares en Bolivia,* del erudito folklorista Rigoberto Paredes, y otros tan fervorosamente comprensivos como *Ideario aymara,* de José Salmón Ballivián. En el dominio de la fábula, *Chachapuma* (El Hombre León), de Víctor M. Ibáñez, es una novela plagada de insufribles incorrecciones de lenguaje, pero que no carece de interés por tratarse de un héroe, quizá el único, que pervive en los recuerdos de la raza. Esos y otros autores han dado en sus obras mayor o menor cabida al indio, casi siempre con el propósito de despertar hacia él nuestra renuente simpatía y mostrar la culpable negligencia con que se descuida o se posterga su redención moral e intelectual.

Pero, hasta hoy, nadie había realizado un análisis tan completo como el que nos ofrece en *Figura y carácter del indio* Gustavo Adolfo Otero. Este escritor, que no obstante su juventud, cuenta ya con una obra copiosa y varia, de la que se destacan un estudio sobre el Mariscal de Ayacucho y otros ensayos vertidos en una prosa alerta y nutrida de pensamiento, se muestra en su último libro un consumado psicólogo, un estudioso para el que no es extraña la última palabra de la ciencia y un erudito que sólo echa mano a los textos de los tratadistas para acentuar con ellos la meridiana claridad de su exposición, rigurosamente ajustada a la complejidad de los métodos modernos. Lo más substancioso de esta obra está en lo

que el autor, dotado de una extraordinaria comprensión, ha podido observar y estudiar en su convivencia con el *ando-boliviano.*

Con *Raza de bronce*, Alcides Arguedas ha creado una imagen vigorosa de la vida de los aymaras que habitan las tierras contiguas al lago Titicaca. Su visión de las miserias y trabajos de esos seres, es la del artista y el apóstol conscientes de su misión y de su arte. La naturaleza juega en esa novela, podría decirse, el papel de personaje principal. Y es muy natural que así sea. El hombre está en esas regiones tan íntimamente ligado a la tierra, que todos sus pensamientos, todos sus deseos, sus acciones todas, dependen de ella, estrechamente. *Pachamama,* la madre tierra de los antiguos peruanos, es allí dura, maternalmente dura, con sus hijos, pero éstos, cuando se alejan de sus lares en busca de trabajo hacia mejores climas, pasados los primeros días de deslumbramiento ante paisajes y cosas nunca vistos, sienten la nostalgia lancinante del duro seno materno que para ellos solos guarda el tesoro de su áspera ternura. Esa es la emoción que se desprende del contraste entre *El Valle* y *El Yermo,* las dos partes en que se divide *Raza de bronce.* El drama que se desarrolla en esas páginas, es un drama intensamente sentido, aunque es fuerza reconocer que el indio aparece en ellas como estilizado y revestido de un ropaje ideal que le presta la simpatía entrañable del autor. Es allí enérgica y cabal la pintura de la naturaleza, hecha a trazos de una minuciosa y colorida fidelidad y en un estilo que, siendo a veces incorrecto, es casi siempre un gran estilo: "El rojo dominaba en el paisaje. Fulgía el lago como un ascua a los reflejos del sol muriente, y, tintas en rosa, se desta-

caban las nevadas crestas de la cordillera por detrás de los cerros grises que enmarcan el Titicaca, poniendo blanco festón a su cima angulosa y resquebrajada, donde se deshacían los restos de nieve que recientes tormentas acumularon en sus oquedades." "La llanura, escueta de árboles, desnuda, alargábase negra y gris en su totalidad. Algunos sembríos de cebada, ya amarillentos por la madurez, ponían manchas de color sobre la nota triste y opaca de ese suelo casi estéril por el perenne frío de las alturas. Acá y allá, en las hondonadas, fulgían de rojo los charcos formados por las pasadas lluvias, como los restos de un colosal espejo roto en la llanura. Un silencio de templo envolvía la extensión. Todo parecía recogerse ante la serenidad del crepúsculo, y diríase muerto el paisaje, si de vez en cuando no se oyese a lo lejos el medroso sollozar de la *quena* de un pastor, o el desapacible repiqueteo de los *yaka-yakas,* apostados ya al margen de sus nidos cavados en las dunas del río, o en las quiebras de las rocas."

Arguedas ha compuesto este libro con ese implacable amor a la verdad que a veces lo hace ver con demasiado pesimismo las cosas de su tierra; distintivo común, por lo demás, a la mayoría de los escritores bolivianos. Herencia indígena tal vez; herencia de pesimismo y de melancolía, como lo afirma Ricardo Jaimes Freyre:

Pueblo dulce y tranquilo que amas la vida
en brumosos ensueños cristalizada,
¡cómo se va en la sangre, por ancha herida,
el alma de tu raza desventurada!
¡Cómo al caer trasmites al castellano
herencia de incurable melancolía!

La luz viva y radiosa del cielo hispano
templas con el crepúsculo de tu agonía.
Los nietos de los rudos conquistadores
que asombraron los siglos con sus proezas,
juntan al noble orgullo de sus mayores
un mundo de ancestrales, vagas tristezas.
Tristezas que se mezclan con sus placeres,
que dan a sus amores ansias secretas,
suspiran en los labios de sus mujeres,
sollozan en los versos de sus poetas;
porque en vano la roja, terrible espada
que hirió al azteca altivo y al inca fuerte,
que hizo llamear su lábaro sobre Granada,
tres civilizaciones hirió de muerte.
Fué tal vez un arcano grave y profundo,
de confusas grandezas y sombras lleno,
el que fundió en la raza del nuevo mundo
al indio, al castellano y al sarraceno.

Sólo que el pesimismo de Arguedas no es el de un vencido, y el dejo de melancolía que se advierte en toda su obra, no es otra cosa que el desconsuelo que experimentan los hombres de pensamiento ante la fatalidad de ciertos hechos consumados. Su obra está casi íntegramente consagrada à los problemas nacionales, pues hasta en *La danza de las sombras* (libro de "confidencias desvergonzadas"—como él mismo lo llama en el ejemplar que dedicó al autor de estas líneas), su angustiosa obsesión de *la tierra* asoma constantemente aún en aquellas páginas que reflejan otros ambientes y traducen otras meditaciones. El pasado, el presente y el porvenir de su patria embargan su pensamiento y dan a su acción de hombre de letras un sentido de preclaro bolivianismo, ajeno a toda limitación nacionalista, ya que, a fuerza de pro-

funda, hay en su obra un eco de continentalidad hispanoamericana.

* * *

El vasto panorama de la altiplanicie, limitado por el lago y las montañas, podría ser, como lo fué tal vez en una época ante la cual los hombres de hoy nos perdemos en vanas conjeturas, el portentoso escenario de una epopeya gigantesca. Acaso en Tihuanacu, metrópoli a la que los arqueólogos atribuyen una antigüedad de diez mil años, se forjó un poema épico, hermano desaparecido del *Mahabarata* y de la *Iliada*. Nada revela, sin embargo, a nuestros ojos atónitos lo que queda de esas ruinas diez veces milenarias, cuya ideografía, cifrada en el signo escalonado y en las cabezas del pez, del cóndor y del puma, encierra la más turbadora incógnita sobre el pasado del hombre americano. Y ante los enormes bloques de piedra, la maravillosa Puerta del Sol, las truncadas columnas de Akapana, los ruinosos umbrales de Tuncá-puncu o las Diez Puertas y las figuras monolíticas del Palacio de Kalasasaya, de ojos desmesurados y redondos y de estaturas colosales, la ansiosa interrogación se queda sin respuesta...

Tihuanacu, quebradero de cabeza de los arqueólogos, callejón sin salida de los historiadores, ciudad santa de indianistas y americanistas: sólo el genio del artista es digno de penetrar en tu misterio y revelarnos la clave de tu pasado en una mística proyección al porvenir... Así lo ha intentado Julio Aquiles Munguía, joven autor de *Kori-Marka* (La Ciudad de Oro). La segunda parte de la novela es la más interesante, pues ella nos da—como dice un

crítico de *La Nación* de Buenos Aires—"la visión deslumbrante del Tiawanaku de hace diez mil años, fuente de civilizaciones cuyas ruinas asombran aún a los viajeros." La tercera parte es otra visión, la de una ciudad futura, "cuyo empuje extraordinario no hemos medido aún, pero que cobrà en las últimas páginas de Munguía atisbos de realidad".

Jaime Mendoza, por su parte, en versos de ruda contextura que "vale bien su prosa", ha desentrañado la lección de "fuerza y de energía" que representa el augusto santuario

> que en medio de sus moles hieráticas encierra
> uno de los misterios más grandes de la tierra...

moles que "parecen llevar la sobre faz gigante".

> marcada con un sello que avasalla y arredra
> como si fuera el gesto tremendo de la piedra.

Y más tarde, como glosando en prosa los recios hemistiquios, nos dice que esas moles "hablan de la raza titánica que hizo de la altiplànicie su digno plinto, desde el cual, al modo de los ríos que nacidos de sus nieves se precipitan hasta los hondos valles llevando el aliento de la montaña, de igual modo descolgabà sus huestes desde las cúspides, albergue del cóndor, hasta las selvas, albergue del jaguar, para realizàr esa conjunción extraordinaria que haría del megalítico Tihuanacu el centro axial de unà grandiosa civilización cuyas irradiaciones iban largamente en derredor, como las fajas luminosas de un gigantesco reflector. Una urbe de piedra, edificada en lo más eminente del eslabón andino central, teniendo por plata-

forma la altiplaicie y por piscina y acuario el lago más alto del mundo; capitolio amurallado por las montañas níveas y tocando a las nubes; observatorio descomunal para ver más de cerca al sol y las estrellas; santuario magnífico, adonde acudían muchedumbres humanas enormes desde los más lejanos ámbitos del continente; necrópolis ciclópea a cuya tierra sagrada era una gloria suprema ir a morir."

Gregorio Reynolds, en el poema cíclico *Redención,* ha cantado en estrofas, mármóreas por su perfección y diamantinas por su firme transparencia, la "eded inmémore" de la ciudad que fué quizá la más antigua del orbe civilizado:

Un heráclida puso los cimientos
de la antigua ciudad del altiplano.
Ante los destrozados monumentos
evócanse recónditos portentos
y se admira el esfuerzo sobrehumano.
... Puerta del Inti, Partenón de Piedra
pulido por el tiempo. Guarmirara,
Acrópolis quizá donde afianzara
el Inca su pendón. Hoy sólo medra
la paja del erial en la albacara.
... Lanza el silencio en ella un sordo grito
preñado de infinito, un inaudito
grito de horror sin eco en el ambiente,
que recorre la base de granito
de la gran cordillera de Occidente...

La urbe que irradiara su influjo "arrollador e incontrastable por los cuatro puntos cardinales", sufrió un día el terrible sacudimiento geológico que, según algunos sabios, dió fin a su estupenda civilización. Otros profesores,

como el boliviano Díaz Romero en un sesudo ensayo sobre prehistoria americana, enseñan que las causas de la destrucción de Tihuanacu fueron mucho más trágicas todavía: hombres bárbaros venidos del norte, celosos tal vez del esplendor del Imperio Tihuanacota, cayeron sobre la capital y la arrasaron, poniendo tan impetuosa brutalidad en su saña destructora, que sólo algunas piedras se salvaron. Las mismas que nos bastan para movernos a religiosa contemplación, no obstante el nuevo agravio que la *furia española*... y la republicana no cesaron de inflijirles.

Lámina número 2

LA VILLA IMPERIAL

LA VILLA IMPERIAL

Oruro y Potosí son las ciudades del erial a las que no llega nunca el aliento de la selva. Condenadas a la ausencia perenne del estío, tienen, por eso mismo, un culto apasionado e intransigente de las flores. Potosí ostenta con orgullo sus balcones floridos y sus parques urbanos, verdaderos prodigios realizados, a fuerza de solicitud y de perseverancia, por ese pueblo de mineros rudo y sentimental. En pocas partes del mundo el árbol debe haber llegado a ser un objeto de tan unciosa veneración. Yo conservo entre mis recuerdos de la Villa Imperial la visión conmovedora de un manzano que alza su frondosa copa de un verde reluciente—¡a más de cuatro mil metros de altura!—en el patio pedregoso de una vieja casona. Se habría dicho la cima de un peñasco florecido por arte de milagro de un santo cenobita...

Poco antes de llegar a la ciudad más alta del mundo—a la que va atraído por la fama de que goza desde tiempos muy antiguos y por la frase aquella de *vale un Potosí*, con que quiere encarecerse algo de un valor inapreciable—y después de haber ascendido durante todo un día por una larga escalera de montañas, ve el viajero, desde su vagón de ferrocarril, alzarse ante sus ojos el histórico

Cerro de Potosí, cuya forma de perfecto cono se enciende con todos los colores del iris al ponerse el sol.

A la cumbre de ese cerro legendario que dos siglos antes fuera testigo del gesto heroico de su lejano precursor —el caballero potosino don Alonso de Ibáñez, capitán de *Vicuñas*—llegó un día de 1825 Simón Bolívar para abarcar, en simultánea y magnífica visión, el panorama de su faena gigantesca. "Aquí—son sus palabras—en el pico de esta montaña cuyo seno es el asombro y la envidia del universo", sobre el trágico osario de millares de esclavos sacrificados por la *mita,* plantó el Libertador las banderas de las nuevas naciones. La obra emancipadora de Bolívar culmina en la ascensión al Potosí. El Potosí y Charcas son las últimas jornadas de su viaje apoteósico a través de los países libertados por su genio.

Haciendo una *ascensión al Potosí,* Jaime Mendoza se detiene en la mitad del camino para describir el panorama: "Hacia atrás y abajo queda la ciudad de las tradiciones; hacia adelante y arriba dibuja el cerro su gigantesca silueta; en torno, un vasto semicírculo de montañas colosales cierra el horizonte. Se hace el silencio. Se apagan los últimos tañidos de las campanas que llamaban a misa —esas mismas campanas que en otras edades recogían con su voz broncínea, en los templos olientes a incienso y sebo, a nuestros devotos antepasados. Una profunda soledad reina en estos sitios. Apenas de cuando en cuando pasa una tropa de borricos cargados de metal, levantando nubes de polvo; mineros arrebujados en sucias bufandas y trajeados con patalones forrados a trechos de cuero; mujeres araposas con sus bultos a la espalda y sus carrillos hinchados por pelotas de coca. Después nadie.

Estos sitios, tan frecuentados otras veces, yacen ahora desiertos. Ruinas a todos lados. La mina de *Cotamitos*, la *Mina de Forzados*, el *Ingenio del Rey* y cien otros lugares que antes eran hormigueros humanos, se mantienen ahora desolados y mudos". "Luego bajando desde allí la vista, se divisa, entre las sinuosidades de la serranía, una serie de lagos que reverberan al sol. Son las famosas lagunas artificiales, obras verdaderamente gigantescas de la energía humana, y que un día, hace siglos, reventaron de súbito y, lanzándose sobre la ciudad con incontenible empuje, dieron fin con gentes, casas, establecimientos y cuanto hallaron a su paso."

Al pie de ese cerro que, según el prolijo investigador Luis Subieta Sagárnaga había producido durante tres siglos a los reyes de España una cantidad de pesos fuertes tan estupenda que me resisto a consignar las cifras por temor de enredarme en su complicada ordenación de miles de millones; al pie de ese "monstruo de riqueza, cuerpo de tierra y alma de plata, abriendo su boca para llamar al género humano"—según la expresión del viejo cronista potosino Bartolomé Martínez y Vela—y que se encuentra perforado en todos sentidos por negras galerías en que hormiguean infatigables buscadores de plata y estaño, se extiende la ciudad que recibiera de Carlos V la ejecutoria de Villa Imperial y los privilegios consiguientes. Y en verdad que bien lo merecía. Potosí, que en tiempos de la dominación española fué una de las ciudades más importantes del Nuevo Mundo, llegó a contar, hacia el siglo XVIII, con doscientas mil almas más o menos; población compuesta en gran parte de aventureros que, atraídos por la fabulosa riqueza del cerro, acudían de to-

das partes para probar fortuna o participar en las suntuosas fiestas que costeaban largamente orgullosos magnates, y entre las cuales las famosas *Justas de San Clemente* tenían el bárbaro esplendor de las de la Edad Media.

"El auge de las ricas minas de Potosí—cuenta Brocha Gorda en una de sus tradiciones—, había levantado a la Villa Imperial a la altura de su mayor apogeo, en los primeros tiempos del próspero reinado de don Carlos III de España. Por entonces los ingenios cubrían, en la falda del cerro, las dos márgenes de la *rivera* y elevaban, por sobre las macizas murallas de granito, los torreones donde giraba la rueda maestra de los batanes que reducían a polvo el metal extraído de las minas. El ruido de esos inmensos molinos; el canto acompasado y monótono con que los trabajadores acompañaban sus pesadas faenas; el murmullo de las aguas al atravesar la red de canales para precipitarse con estrépito sobre las ruedas de los ingenios, formando un confuso y permanente rumor que se escuchaba desde los barrios próximos, daban a la noble e imperial villa, amén del activo tráfico mantenido de la ciudad al cerro, un aspecto industrial, inusitado en aquellos tiempos de pajuela y velas de sebo".

La fundación de Potosí, en medio de ese desierto de montañas inaccesibles, es una de las muestras más elocuentes de la voluntad y la pujanza incontrastables que impulsaban a la raza titánica de los conquistadores. ¡Pero cuánto dolor y cuántas lágrimas para los vencidos representa la hazaña de los vencedores! Hincada en la epidermis del cerro la codiciosa garra, era preciso hundirla hasta las entrañas para que librara su fruto sin reservas. Y

entonces comienzan a abrirse en la montaña hechizada las bocas que han de tragarse a los mitayos y vomitar, maculada por la sangre de los ciervos, la plata reluciente. "A lo largo de los caminos por donde en otro tiempo pasaba el deslumbrante cortejo de los Incas pálidos, en andas de oro, bajo el vuelo propicio de pájaros sagrados, entre la admiración de un pueblo prosternado y devoto, se congregaban los mitayos, llenando el aire con quejas y sollozos, para entregarse a una muerte irremediable"—evoca Alberto de Villegas en *La Campana de Plata*—. "Como humildes mecheros, ardían sus corazones devotos y creyentes entonando la *canción de los mitayos*, un rezo desolado y primitivo, en lengua quichua"... Misticismo, hecho de superstición y de terror, que prolonga su eco hasta hoy en la salutación que cambian en las encrucijadas de los socavones, en un castellano con añejo sabor de sacristía, los modernos mitayos voluntarios: *Ave María Purísima—Sin pecado concebida.* Ahí, en los ensanches de las galerías—obscuras rotondas subterráneas—dentro de toscas hornacinas, penden cándidas, y, a veces, bárbaras ofrendas, alumbradas por humildes lámparas votivas.

La Ciudad Unica (así la llamó en un libro sobre Potosí, que lleva ese título el argentino Jaime Molins), guarda casi intacta su fisonomía colonial, reservando insospechables sorpresas por las reliquias que aun conserva de esas épocas fastuosas con mezcla de ruindad y de miseria, y por la belleza de algunos de sus monumentos, no eclipsada del todo por el gusto impersonal y presuntuoso—muy siglo XIX—de las construcciones modernas que le hacen sombra. San Lorenzo, la Compañía, la Casa de

Moneda, el Palacio de Otavi, en Potosí—como en La Paz Santo Domingo, San Francisco, la casa de los marqueses de Villaverde—son otras tantas muestras de la virtuosidad del indio en el manejo del cincel que realzara el genio ornamentista de los peninsulares. "Las formas de vida plasmadas por obispos, nobles, capitanes, pecheros y judíos, en España, repetían en menor escala en Potosí, clérigos, secundones, mineros y colonos"—dice el arquitecto Emilio Villanueva y agrega—: "El arte colonial, en consecuencia, no es otro que el arte español desarrollado en suelo americano al influjo de factores ético-culturales venidos del elemento autóctono de los países colonizados. El plateresco y el barroco, especialmente este último, interpretados con candorosas deficiencias y con la interpolación de caracteres indígenas, son en definitiva los que se llaman estilos coloniales." En esculpir la piedra de las iglesias en que se venera el símbolo de la Eucaristía, puso el indio la misma unción que los artífices del tiempo de los Incas o de sus remotísimos y problemáticos abuelos tihuanacotas, ponían en labrar los sillares para los templos del Sol. La Custodia, deslumbrante de oro y pedrerías, de los ritos católicos, ¿era acaso para el indio otra cosa que una imagen minúscula del astro que adoraron sus antepasados?

Y si en las portadas de los templos y de los caserones, se mezcla al gusto, simplista y complicado al mismo tiempo, del indígena, el del español, suntuoso y rebuscado, en la fisonomía urbana de la Villa hay mucho de Avila y Toledo, con algo del Cuzco y de las extintas ciudades mejicanas. "Yerguen sus fachadas—escribe Bedregal—caserones de pétreo y blasonado pórtico, de ventanas estre-

chas y desiguales, protegidas por retorcidos enrejados; otras avanzan sobre la calleja la masa rectangular de un balcón en que la carcomida madera de su fábrica ostenta todavía, presuntuosamente, la prolijidad primorosa del artífice colonial. Otras lucen detrás del chato y desmantelado zaguán las arcadas claustrales de sus patios y las escalinatas desportilladas de grietoso asperón. No es raro encontrar, al doblar la esquina, sobre los ventrudos murallones de alguna casa, las huellas de una hornacina en que la imaginación barrunta un Cristo de talla abriendo los brazos misericordiosos o la efigie de un santo protector de mineros y bandidos"... "Bajo las portadas de piedra en que, amenguados por el tiempo y la intemperie, aparecen las figuras de leones rampantes, morriones empenachados, castillos, torres, coronas y otros símbolos heráldicos, asoman las pesadas puertas de calle, tachonadas con clavos de enorme cabeza y guarnecidas de recios aldabones."

* * *

¡Potosí! Ninguna ciudad de Bolivia ha ejercido mayor atracción sobre la sensibilidad de escritores y de artistas. Varios son los historiadores y tradicionistas que, desde que el más ilustre de los cronistas coloniales, Martínez y Vela, compuso sus famosos "Anales", han escrito sobre la Villa Imperial de Carlos V; pocos, sin embargo, los que lograron penetrar en su sentido oculto y sorprender la verdadera esencia de su significado. Hoy día el cerro, cuyas entrañas inagotables siguen siendo escarbadas por la insaciable codicia de los hombres, es ya motivo de evo-

caciones metafísicas. "Este cerro—escribe Alberto de Villegas—todo lleno de misterio, es una gran campana de plata, cuyo son resonaba en un Imperio donde no se ponía el sol! Un amargo y aciago destino ha sepultado ese maravilloso esquilón en el abandono y en el olvido; sólo en el culto interior del pasado difunto, cuando el alma arde sobre las ruinas sobrevivientes como un cirio en una tumba amada, se escucha todavía el repique inmortal de la Campana de Plata, prolongando su eco angustiado por los siglos de los siglos." Y cuán sugestivo el ambiente de recogimiento y de misterio que envuelve la Villa Imperial a la hora de la queda, cuando sólo el cerro, en eterna vigilia por el acucioso roer de sus metálicas entrañas, monta la guardia en el silencio!

Raúl Jaimes Freyre—de una familia de escritores potosinos cuyo patriarca fué Brocha Gorda—tiene en sus libros *Paisajes lejanos* y *Potosí*—este último con *ilustraciones del natural* de Guzmán de Rojas—estrofas dignas de la ciudad de su abolengo. Lo mejor de su obra lleva el sello de un acendrado amor a Potosí. En él vivió largos años y él le enseñó el secreto de un arte personal hecho de sugerencias y matices. "Yo adoro las ciudades coloniales" dice Jaimes Freyre; las ciudades coloniales en que

> Por bajo las arcados de rancia arquitectura,
> sobrevivientes graves de las fiestas de antaño,
> mostrando el ágil bronce de su musculatura,
> pasa el humilde quichua silencioso y huraño.

Siente, como suya, la tristeza de *Potosí bajo la lluvia:*

> El viejo Potosí está triste;
> triste bajo la lluvia y llora.

...Llora porque en los portones
de las casonas reñoriles
van borrándose los blasones
y surgiendo los letreros viles.

Se alegra en la *Mañana de sol de Potosí* y ríe con *El mascarón enigmático de la Casa de Moneda:*

¿A un ángel burlón remeda
o a un demonio bonachón,
el mascarón
de la Casa de la Moneda?

Fundidos en una lengua cuya música es más para sentida que para escuchada, sus versos fluyen casi humildes, sin disonancias ni sonoridades detonantes. Poesía es la suya—la de las *Pequeñas canciones de la ciudad y del campo* sobre todo—de una técnica espontánea, y acaso la clave del verdadero verso libre, con que soñara Ricardo Jaimes Freyre, está en la poesía del hermano. La crisis religiosa que sufrió el autor de *Prosas,* escritas en un convento de La Paz, se trocó, el contacto del ambiente potosino, en un misticismo filosófico que gana en sinceridad lo que pierde en formalismo doctrinal.

Jaimes Freyre es uno de los raros representantes de la poesía religiosa en Bolivia. Ni la Villa Imperial, "llena de viejas torres, cúpulas y espadañas", ni la conventual ciudad de Sucre, ni la conservadora Cochabamba, inspiraron sentimientos devotos a sus poetas. En el siglo XIX, a despecho del cariz de profunda religiosidad que caracteriza la vida social y privada en la República, los escritores, aun aquellos en que alienta un ideal de supervivencia espiritual, hacen por lo común gala de convicciones liberales.

Algún poema de Benjamín Blanco, el viejo, de Manuel José Cortés, del poeta suicida Manuel José Tovar, de Manuel María Pinto, son ejemplos aislados en el verso, como lo son en la prosa los escritos de Baptista y los del fogoso Aurelio Beltrán. En lo moderno, la moda de las conversiones sólo hizo crisis en Raúl Jaimes Freyre, pues las posturas místicas de Reynolds no acusan sino aspectos de su proteica personalidad.

En Potosí está la tumba de Ricardo Jaimes Freyre. Los poderes públicos, repatriando los restos del poeta al suelo de sus mayores, en donde—recuerdo que me lo dijo alguna vez — soñó transcurrir apaciblemente los últimos días de su vida, enmendaron en cierto modo el pecado de olvido y de abandono que contra él cometieron.

Jaimes Freyre, que fué tambén un gran prosista, hizo obra netamente americana en sus libros sobre la conquista y el coloniaje en Tucumán. Su drama en verso *Los Conquistadores,* en que los caracteres están firmemente delineados, varias narraciones en prosa y algunas poesías de *Los sueños son vida,* sin contar otros trabajos dispersos, completan su labor en ese sentido. En *Castalia bárbara,* conjunto de poemas en muchos de los cuales palpita una emoción tan hondamente humana que el latido que la anuncia es un latido del corazón universal, muy rara vez asoma, en cambio, concretamente, el semblante de la tierra natal. Los paisajes son allí paisajes ideales o pretéritos sobre cuyo fondo se mueven héroes de la mitología nórdica o personajes medioevales. Un crítico de ojo certero, Carlos Medinaceli, advierte, sin embargo, que en *Castalia bárbara,* "no solamente el paisaje, sino el ritmo, el matiz, la sobriedad y precisión de imágenes y el ambiente en ge-

neral son andinos". "Por lo pronto—agrega—bástenos esta afirmación apodíctica: el paisaje de *Castalia bárbara* es boliviano, sólo que el poeta lo ha expresado con símbolos de la mitología nórdica." Jaimes Freyre "viajó mucho, desde niño, en esas largas y lentas caminatas a lomo de mula, que antes se hacían por tierras del Perú y Bolivia y, al viajar así, al pernoctar en los tambos, en esas primitivas *chujllas*, azotadas por el viento, la nieve y la neblina, todo ese paisaje fué adentrándose en su alma, hasta crear en el subconsciente, donde estratificándose, formó la base granítica de su propia alma, la vértebra de su personalidad... Cuando llegó la hora de la poesía, el subconsciente afloró al exterior y el poeta, al expresar lo más soterraño de su alma, su sentimiento del paisaje, su sentido de la lejanía, su visión cosmogónica y su anhelo metafísico, recurrió, sugestionado por la moda literaria de su tiempo, a la simbología nórdica, pero, en forma europea, virtió su espíritu americano, su sentimiento andino de la vida."

En *Los sueños son vida* hay estrofas que entrañan un eco profundo del alma de la raza. Las de *Los antepasados*, por ejemplo, que comienzan con esta declaración de su linaje:

> Hijo soy de mi raza; corre en mis venas
> sangre de los soberbios conquistadores.

Y cuando

> Librado a los destinos y a los azares,
> de espaldas a la vida, de frente al cielo,
> tiende Colón sus alas sobre los mares,
> como una ave gigante que emprende el vuelo

esa sangre en que "hay ondas rojas y azules", se mezcla con la de los "emperadores, hijos del Astro". En este mismo poema hay evocaciones románticas de la era del Tahuantinsuyo:

> Con vistosos plumajes ornan su frente
> princesas que a ser moras fueran huríes:
> por ellas en la *quena,* suave y doliente,
> cantan los *arabecos* sus *yaravíes.*

El artista exquisito de *Castalia bárbara,* al cabo de veinte años de silencio, reaparece en *Los sueños son vida* doblado del filósofo. Su arte ha perdido tal vez algo de esa misteriosa sugestión que hay en el primero de sus libros, pero en cambio su poesía ha ganado en profundidad de sentimiento, y su sentimiento en experiencia; cualidades que anulan el reproche de retórico y cerebralista que—como a otros poetas bolivianos—se le ha hecho, ya que el supuesto defecto no es, en suma, otra cosa que culto de la forma. No de la forma rutinaria, enemiga de la verdadera innovación, pues es justamente a él que le cupo, anticipándose a sus contemporáneos, realizar la renovación fundamental en la técnica del verso castellano.

La influencia de Jaimes Freyre tardó en dejarse sentir en los círculos literarios de Bolivia, y, cosa que no debe sorprender, pues ni el suyo ni el de Bolivia son casos excepcionales, su obra fué conocida en otros países antes que en la patria misma de uno de los más grandes poetas de América.

Lo mismo ocurrió con otro poeta, hoy injusta y casi completamente olvidado, contemporáneo de Jaimes Freyre y, como él, paladín del modernismo: Manuel María

Pinto, autor de *Viridario* y de *Palabras*. No obstante sus aficiones preciosistas, que dan a muchos de sus versos un brillo y elegancia sólo superados por Jaimes Freyre y Reynolds, introdujo en el lenguaje poético voces aymaras, prestando así gran originalidad a las piezas de *Uca-Pacha*. "Tentativa fallida por exceso, pero digna de volver a probarse", opina Díez Canedo.

Una "interpretación mística de Potosí" intentada con singular acierto, es *La Campana de Plata* de Alberto de Villegas. En *Estampas bolivianas*, Gustavo Adolfo Otero ofrece una imagen más próxima de la realidad actual, y, por lo mismo, menos sugestiva que la que muestra *La Campana de Plata*, obra en cuyo estilo se advierte la influencia del mago evocador de las ciudades muertas, Ramón del Valle Inclán. En *Sombras de mujeres* la prosa de Villegas es ya más personal y más seguro el lápiz con que traza las siluetas de ilustres damas coloniales. Este autor—cuya inquieta personalidad, con mezcla de dandismo europeizante e indianismo retrospectivo, ha sido luminosamente estudiada por un crítico de gran penetración, Roberto Prudencio—es el escritor boliviano más devotamente enamorado de la belleza de la expresión y la fuerza evocadora de la imagen.

El genio de la leyenda se ha entronizado desde hace siglos en la ciudad de Potosí. Ni el viento revolucionario y positivista que trajo consigo la República logró ahuyentarlo. La leyenda acecha en las esquinas de sus callejas solitarias y de sus plazoletas abandonadas. Se ha instalado en los atrios de los templos y campea en los escudos de piedra de las casonas señoriales. Preside la tertulias familiares e interviene en las transacciones mercantiles. Y,

todos, con naturalidad, con sencillez, sin vanos aspavientos de temor, la dejan entrar en sus vidas como a un huésped necesario del que nadie discute los derechos. El genio de la leyenda está estrechamente unido al sentimiento religioso, y a veces se confunde con él tan íntimamente, que no se sabe en qué punto termina el dogma y dónde empieza la superstición. Cada día nacen nuevas consejas que nadie inventa y en las que todos creen con la misma confianza que se presta a los acontecimientos más triviales de la vida cotidiana.

Las tradiciones y leyendas potosinas tuvieron un digno intérprete en Julio Lucas Jaimes, más conocido por el seudónimo de Brocha Gorda. En sus tradiciones potosinas, escritas en prosa castiza y elegante, hizo un derroche de buen decir, de ingenio y de inventiva. Buena parte de sus amenas y graciosas narraciones está inspirada—como las de Nataniel Aguirre y otros tradicionistas nacionales y extranjeros—en la obra monumental de Martínez y Vela: *Anales de la Villa Imperial de Potosí.* Redactados con la misma sobriedad y concisión que distinguen a las obras similares de los viejos cronistas españoles, los *Anales* señalan, escuetamente, con la estrictez de la cronología, como las hojas de un exfoliador, los sucesos notables acaecidos en la Villa durante la hora dorada de su historia.

Hasta la aparición de *La condesa de Orb,* novela corta de Costa du Rels de tan dramático interés y de intriga tan magistralmente llevada, como todas las suyas, el filón de las leyendas coloniales potosinas no había vuelto, después de Brocha Gorda, a ser explotado por los novelistas bolivianos. La "Historia novelada de la Villa Imperial", *Era una vez...,* publicada por Abel Alarcón, es un nuevo apor-

te, el de más aliento hasta la fecha, a la bibliografía del género tradicionista. Con esta obra, Alarcón ha superado, dejándolas muy atrás, sus anteriores producciones, entre las cuales la novela incaica *En la Corte de Yahuar-Huacac* no pasa de ser un laudable esfuerzo. *Era una vez...* es, en cambio, toda una realización, tanto desde el punto de vista del estilo, jugoso y rico en expresiones y giros de lenguaje, muy en consonancia con el ambiente de la época, cuanto por la contextura de la obra que ha querido abarcar, y casi lo ha conseguido, todos los aspectos que presentaba Potosí en el siglo XVI: encarnizadas luchas entre vascongados y "vicuñas" (extremeños, criollos, andaluces), los dos bandos contrarios que se disputaban a muerte preeminencias, riquezas y mujeres; magníficos festines a que concurre lo más encopetado de la Villa; pasajes de la más cruda picaresca en hosterías, garitos y burdeles, donde matan sus ocios hidalgos y villanos, ahogándolos en vino, dilapidando fortunas, entregándose en brazos del amor mercenario. No faltan tampoco, como no podían faltar, en la excelente novela de Alarcón, relatos milagreros, idilios contrariados, sombrías maquinaciones de encrucijada y maleficio... Lo que sí se deja extrañar en esta obra es la descripción de las penosas labores en las galerías del cerro y de las escenas callejeras que en esos tiempos debieron ser sobrado pintorescas y animadas, por lo heterogéneo de una población compuesta, en buena parte, de traficantes y buscones.

La buena suerte de don Alvaro Trigueros—otra de las novelas cortas de Costa du Rels—nos muestra el Potosí de nuestros días, donde a los "hidalgos de antaño ha sucedido toda una multitud cosmopolita y abigarrada:

yanquis, eslavos, alemanes"... "Elite de mineros opulentos a la que se mezclan los criollos pobretones, detentadores de cargos públicos, subprefectos, magistrados, profesores, abogados o notarios, mal retribuídos y zarandeados por la política." A ese mundo casi vergonzante pertenecía el profesor de gramática don Alvaro Trigueros, a quien un día deparó el azar un tapado fabuloso... ¡Imposible evocar el antiguo o moderno Potosí sin topar con la leyenda! Aunque en muchos casos, como en el que refiere Costa du Rels, la leyenda no es más que la realidad estilizada...

Martínez y Vela no fué el único ingenio que, en las letras, produjo Potosí. Aparte de las *Sagradas poesías,* que el sevillano Luis de Rivera—"uno de los más excelentes y olvidados ingenios de nuestro siglo de oro", según Menéndez y Pelayo—escribió en la Villa, un *Arte de los metales,* dado a la estampa por el padre Alonso Barbà, es, según los entendidos, tratado fundamental en la materia, y, para los bibliófilos, reliquia inestimable. Otros cronicones — entre ellos una historia rimada por Juan Sobrino—esperan para salir de los polvorientos y apolillados anaqueles de los archivos de la Villa Imperial, el nuevo advenimiento de un Subieta Sagárnaga, de un Modesto Omiste, quien ya hiciera una voluminosa recopilación de mucho de lo concerniente a Potosí, o la paciente solicitud de aquel original y erudito posadero, a cuyo establecimiento acudía la bohemia potosina de estos últimos tiempos...

A esa bohemia que hizo época en la vida intelectual de Potosí, pertenecieron: Alberto Saavedra Nogales, cuyos versos de fondo ascético y forma torturada, recuerdan el paisaje potosino; Medinaceli, el poeta de entonces y agudo crítico de hoy; Walter Dalence, orador y dramaturgo; el

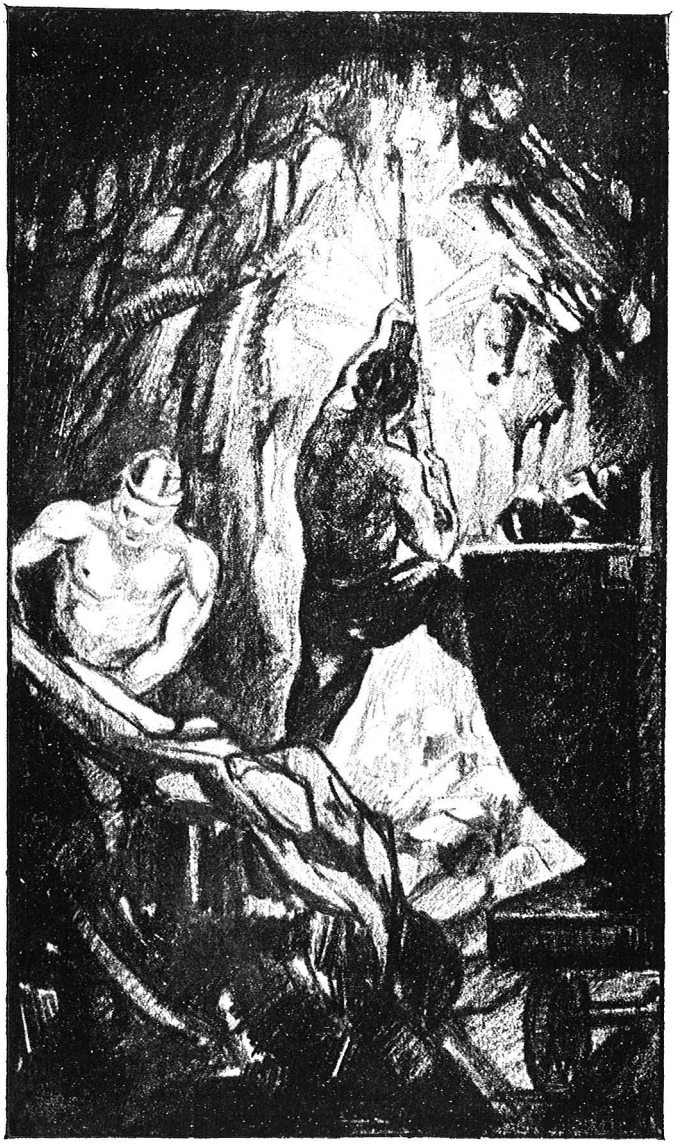
pintor Cecilio Guzmán de Rojas, y, acaso también, esos dos caricaturistas, Víctor Valdivia y Rubinic de Vela, que triunfan hoy, el uno en revistas bonaerenses y, el otro, en el parisino "Le Matin", y que—como Marina Núñez del Prado, extraordinario caso de varonil personalidad en la escultura—ilustran, con otros nombres de prestigio, ese *nacimiento* luminoso del arte boliviano, del que ha dicho con acierto Fernando Díez de Medina: "El sentido estético del paisaje boliviano durmió un largo sueño inmóvil hasta que lo descubrieron nuestros jóvenes pintores". "Antes de su advenimiento, la potencia excesiva de la naturaleza serrana pesaba sobre el hombre sin enseñarle aún la magia enérgica y distinta de su extraña belleza. Sólo cuando ellos se aproximaron a su inmediata realidad, pudo decirse que nuestro paisaje cobró vida animada en el sentimiento artístico del observador." "Nuestros pintores jóvenes están creando la conciencia estética del alma nacional, conciencia que, por lo demás, nunca se tuvo en el pretérito."

Este nacimiento de la pintura boliviana, no puede decirse, en efecto, que tuvo precursores. Casos aislados hubo de artistas que no llegaron a crear una obra definitiva y sólida: José R. Alvarez, "el pintor de los quichuas", que dijo José Francés, murió dejando algunos lienzos en que, a través de una técnica insegura, se adivina una gran riqueza de sentimiento; Arturo Borda, cuya imaginación exuberante y huérfana de toda disciplina, revela, sin embargo, atisbos geniales en la interpretación del paisaje paceño y alguno que otro más, como Avelino Nogales, excesivamente aliñado y tradicionalista.

* * *

Tihuanacu, el Cuzco, Potosí. La Prehistoria, el Imperio del Sol, el Coloniaje... A las tres ciudades de los Andes que, una tras otra, debían proyectar los resplandores de su grandeza en torno del gran Macizo, les llegó la hora de la destrucción o de la decadencia. Tihuanacu es un enigma; el Cuzco apenas un recuerdo; Potosí un pasado que no se decide a morir en espera del resurgimiento que se acerca. Tihuanacu y Potosí, en Bolivia, son dos de las piedras fundamentales en que se asentará mañana el edificio completo de la historia de América, porque no es imposible que un día pueda saberse con certeza lo que fué la cuna de la civilización americana, y porque en la época de la dominación española fué el Rico Cerro el más poderoso imán para los hombres del continente y la península que sentían arrebatado el albedrío y deslumbrados los ojos por el miraje alucinante.

Lámina número 3



TIERRAS DE POTOSÍ Y ORURO

TIERRAS DEL POTOSI Y ORURO

La altiplanicie, a medida que se aleja de las riberas del gran lago, se hace más dura y va perdiendo en fertilidad lo que va ganando en pedruscos minerales al acercarse a las desoladas provincias de Carangas y de Lípez. Ahí, los extensos solares de Uyuni y de Copaiza, restos tal vez, con el Poopó y el Titicaca, de un antiguo mar interior, agravan la inclemencia de la Naturaleza, en qua la *paja brava* es el único sobreviviente de una flora extinguida.

Por eso es que los autores que han descrito el paisaje de las regiones mineras nos presentan un cuadro más sombrío. Para Costa du Rels, "la puna es la tristeza humana caída poco a poco en polvo. Inmensas llanuras áridas que aquí y allá tropiezan con los Andes; reducidas à su soledad y a su infortunio, son los testigos de la vejez siniestra de la tierra". Pero aquella tristeza terrenal tiene en el firmamento la más pura y grandiosa compensación: "La tierra, a medida que se oscurece, se inmaterializa; la noche se hace densa, sólida y glacial". "Pero he aquí que un estremecimiento sacude el éter. El cielo no es más que una inmensa pantalla tachonada de plata. Atmósfera traslúcida. Los as-

tros, por millares, como en ningún otro sitio del planeta, arden intensamente. Por la primera vez, Dios ha venido a reanimar su llama. Constelaciones australes, inverosímiles, enceguecedoras, que los españoles, sobrecogidos, veían surgir *a la proa de las blancas carabelas*, sin atreverse a darles un nombre; constelaciones que, a través de las edades, siguen ofreciendo a los espíritus aventureros el presagio falaz de un hermoso destino. Existe seguramente una alianza secreta entre ese cielo de reflejos metálicos y esta tierra árida y desolada. Un diálogo silencioso y solemne se establece entre ellos. ¿Qué dice la puna? ¿Protesta? ¿Son las suyas plegarias o invectivas? ¿Es tan solo un fantástico mendigo que aspira a los inaccesibles esplendores? Arriba, en el implacable silencio del espacio, la Cruz del Sur parece predicar la serenidad, la esperanza, la paciencia..."

¡Las minas! Esas frías y duras entrañas de la madre tierra, más generosas para el hombre de suerte que para el de empresa, aparecen en las novelas cortas de Costa du Rels llenas de trágica seducción. Las narraciones comprendidas en *El Embrujo del Oro,* episodios distintos de una misma historia que se "escalonan a lo largo de varios siglos", reflejan el pensamiento único, la aspiración suprema de los aventureros que, desde los tiempos de Francisco Pizarro, se han sentido atraídos irresistiblemente por las alucinantes perspectivas que ofrece aquella parte de América: ¡las minas! Pero la mina no es solamente la herida abierta en los flancos de la tierra para extraer por ella la sangre coagulada y petrificada que ha de transformarse en monedas relucientes: la mina, como en el episodio de la conquista del Cuzco, que figura en primer

término en *El Embrujo del Oro,* es también el templo del Sol desbordante de riquezas; la mina es también, como en *La Condesa de Orb,* el caudal acumulado por monederos falsos; es también, como en la trágica aventura de los *Dos jinetes,* el tesoro oculto que viene a buscarse en secreto después de siglos de enterrado; y es, finalmente, la que existe tan sólo en la imaginación calenturienta de nunca escarmentados buscadores de filones.

Costa du Rels ha sabido compenetrarse con el pasado y el paisaje potosinos, no sólo con los de la ciudad y de su cerro, sino también con los de ese extenso territorio que constituye, junto al de Oruro, una de las regiones mineras más ricas del planeta. Pero supo también, ya que convivió con él, penetrar en el alma triste y fatalista del minero: "Como compacto rebaño extenuado por una larga marcha bajo la lluvia, los mineros, por la tarde, salen de la mina. Pequeña bufanda sucia, chaqueta descolorida, ancha culera y rodilleras de cuero—miserable armadura—, informes sandalias de esquimales; he ahí la vestidura de esos topos humanos. Su mirada es dura y sus labios encogidos por finchado mohín. El rostro arrugado y macilento no es sino una máscara que se descascara. Una tristeza muy grande parece haber deformado esas facciones; la tristeza total de la tierra. A fuerza de empuñarla cada día para hurgarle el corazón, han acabado por parecérsele. Le pertenecen como los guijarros y las raíces, pues en el claustro inmenso y sombrío de la mina han hecho votos perpetuos de sumisión. En sus manos encallecidas se advierte la testarudez del esfuerzo. Las piernas, al contrario, son débiles y flacas. Ignoran la velocidad. Para ellos diez metros bajo tierra equivalen a diez kilómetros al aire libre.

Esos seres no han escuchado jamás el mágico llamamiento del horizonte al amanecer. El marco de su vida es la pared de la galería que tocan y que no ven. No hablan. El silencio subterráneo parece haberles saltado a la garganta. Han perdido el recuerdo de la alegría". "Sus corazones se tornan más sonoros a medida que se hunden en el misterio de la tierra. Cada uno lleva en su pecho la eterna obsesión de un péndulo que, en lugar de medir el tiempo, mide la vida". "Los mineros ignoran la maravillosa ronda de las estaciones. El otoño, el invierno, la primavera, se han plasmado en un estío tórrido, angustioso, pesado, sin fin. Es el ecuador sin fauna y sin flora. Su alma tiene la impasibilidad de los grandes bloques de metal. No temen la muerte. ¿Acaso no es la hermana de la tierra? Y el día en que ella se presente la obedecerán sin recriminar. Son los esclavos del destino".

Hay en *El Embrujo del Oro* muchas páginas que dan la impresión perfecta del austero paisaje de la puna y en las que las imágenes se suceden vibrantes de colorido y de verdad. Ninguno de los típicos personajes de ese mundo inconfundible con que se tropieza a cada paso en los distritos esencialmente mineros de Bolivia ha escapado a la fina observación del artista y psicólogo que es Costa du Rels. Desde el hombre de presa que va a Bolivia sediento de lucro y resuelto a saciar su sed a cualquier precio, encarnado en el *americano* de *La Yellow Mine,* desfilán ante nuestros ojos, envueltos casi siempre en ese ambiente de superstición, tan propio del minero, los protagonistas del drama subterráneo: el *rescatador,* "cómplice y providencia" del obrero necesitado y derrochador: el *laborero,* capataz o mayordomo que, por lo general, sabe más que el

patrón y aun que los técnicos; el *cateador,* especie de geólogo doblado de ingeniero, en cuyo empirismo, heredado en parte y en parte adquirido à cambio de duras experiencias, entra la superstición más que el razonamiento y la teoría; y, por fin, los mineros propiamente dichos, apegados con un amor filial y desinteresado a la entraña de la tierra; y las *palliris,* machacadoras del metal en los ingenios pobres; y los *chivatos,* aprendices en la ardua faena...

Jaime Mendoza, en su novela *En las tierras del Potosí,* ha descrito también, vigorosamente, la vida del hombre de las minas, en un estilo fuerte como las aristas de los cerros heridos brutalmente por la piqueta del minero, y macizo como los bloques de metal que se desprenden de las entrañas profanadas. No son las de ese libro escenas y siluetas que se suceden y se mueven en aquella noche perpetua dantescamente iluminada por ampollas eléctricas o linternas alimentadas con carburo de calcio. Lo que a Mendoza le ha interesado más que nada es la vida del minero al margen de la mina, que es más dramática, si cabe, que la otra. En el fondo de los socavones el esfuerzo continuamente renovado en una lucha de topos que van abriendo camino pulgada tras pulgada, es una especie de anestésico que aduerme los sentidos. El hombre es allí una máquina insensible y nada turba su inconsciente indiferencia ante el destino. Mendoza ha querido mostrarnos la otra fase de la vida del minero, la que se desarrolla fuera de la mina en las horas de descanso, que es, más que descanso, embriaguez y aturdimiento. Cuánta sombría y trágica belleza hay en esas páginas, de una prosa descarnada y seca, amenizada con frecuencia por toques descriptivos de ex-

traordinaria intensidad. En ella el autor no puso otra cosa que el fruto de su aguda y penetrante observación, acusando una recia personalidad de novelista, y la fuerza de una inspiración propensa siempre a descripciones cuyas cualidades más salientes son la naturalidad y la exactitud.

En ese libro el viento se levanta a la vuelta de cada página y se le oye casi, tal es la precisión con que lo evoca el escritor: "¡Cuántos millares de seres ya lo habían oído del mismo modo! El había hablado a los desamparados, con voz preñada de todas las esperanzas muertas y de todos los ideales marchitos. El había hablado, durante siglos, al hombre primitivo. El había hablado al indio, solitario morador de esa agria región. Había sido cruel con él. Le había azotado sin tregua y sin piedad. Pero también le había enseñado a ser sufrido, porfiado, fuerte y bravo. Y aun antes de que nadie alentase allí, él había hablado a la inmensa soledad. Había sido el eterno perturbador de aquel silencio de piedra".

La anónima y sombría epopeya del minero no ha tentado aún a nuestros poetas, y sólo, de vez en vez, se escucha el eco de alguna estrofa saturada de nostalgia:

> Oí de niño la canción minera
> como un hondo conjuro a la fortuna;
> ella me inspira, y al morir quisiera
> oír, estremecida y plañidera,
> esa canción que me arrulló en la cuna...

canta el poeta orureño Antonio José de Sáinz en un poema lleno, como todos los suyos, de un indefinible anhelo y una incurable melancolía. En la obra poética de Sáinz se advierte una sutil correspondencia entre el sedimento de mís-

tica al par que desencantada aspiración que dejaron en su espíritu las brumas de la ciudad universitaria del norte de Europa en que pasó parte de su primera juventud, y la fría transparencia del aire natal en que flota, abrillantado por el sol, el acre polvo de las minas. Fué allí que escribió *Cantos del sendero,* libro de juventud que no ha envejecido, porque la poseía de Sáinz es como los cristales, que no tienen edad.

* * *

Oruro, pueblo minero como Potosí, pero en que la vida febril de los negocios es mucho más intensa y absorbente, es una ciudad cosmopolita en perpetua transformación. Es una encrucijada por la que pasan, apresurados, inquietos, angurriosos, los hombres que *no tienen tiempo.* Allí la meditación se traduce en cifras y cotizaciones. La tradición de ese pueblo está en el desasosiego de la hora que pasa y en la aspiración de porvenir. El ambiente de leyenda que—como la atmósfera en el dominio de Rudorico Usher en el cuento de Poe—forma un todo compacto y casi orgánico con el cerro y la ciudad de Potosí, habría sido imposible en Oruro. Lo habría barrido el viento de la realidad que, mezclado al de la pampa, sopla cambiando incesantemente de dirección y trayendo preocupaciones siempre nuevas.

El panorama montañoso de Oruro "se ha convertido —dice Gustavo Adolfo Otero—en un panorama domesticado al servicio del hombre y de la industria, donde las chimeneas bruñidas empañan con su chorro de vapor o sus volutas de humo la limpidez de la atmósfera". "Oruro

tiene, pues, como las grandes ciudades industriales, su paisaje encadenado, que se estiliza en una contorsión de pintura expresionista, hecho por la espiga de las líneas rectas y la sintética geometría de las usinas. La ciudad se desmigaja sobre una explanada tersa, ligeramente inclinada, obedeciendo a un ritmo de expansión, disciplinada por la cuadrícula de su trazado urbano, que se aprecia en la altura con el viejo símil de un tablero de ajedrez".

En versos entusiastas cantó Bedregal a esta ciudad:

Naciste a las caricias del helado
viento que ruge en la aridez bravía
de áspero pajonal, y que impetuoso,
en los rígidos flancos, noche y día,
de tus colinas ritma pavoroso
su eterna y desolada sinfonía.
...En la vasta eminencia solitaria
donde la nieve luminosa albea,
perfilando el crestón de tus montañas,
arrancas en titánica pelea
el metal que la tierra en sus entrañas
para el empuje de tu esfuerzo crea.

Es Oruro la primera ciudad de Bolivia a que llegó el ferrocarril. El la vinculó, a través de la altiplanicie y del desierto de Atacama, a su antiguo litoral, cuya pérdida, a consecuencia de una guerra que no provocó, ha privado al país de su contacto con el mar, por cuyos innumerables caminos se llega a todas partes... Rememorando ese hecho luctuoso de la historia, dedicó nostálgicamente Chirveches "a todos los bolivianos que no conocen Mejillones", su novela *A la vera del mar*, en la que hay esta evocación de la bahía de Mejillones, "la mejor del Pacífico en la Amé-

rica del Sur y una de las mejores del mundo": "La vista se solaza contemplando el mar casi siempre tranquilo, casi siempre azul, pues el cielo es allí cerúleo, claro, transparente". "Más allá enseñan sus negras moles unos viejos cañones bolivianos de 1860, empotrados en el suelo, apuntando hacia el Océano, ensarrados, eternamente silenciosos, recordando el tiempo en que esa magnífica bahía fué de Bolivia. Como completando esa melancólica añoranza, al frente, en una abrupta colina, se ve el cementerio boliviano, bajo cuyas anónimas cruces de piedra reposan quién sabe cuántos héroes de la guerra del Pacífico..." "En las mañanas se desprenden con frecuencia de la punta de Angamos o de alguno de los recodos próximos, bandadas inmensas de aves.Su desfile constante, uniforme, monótono, manchando el horizonte de puntos oscuros, dura horas enteras. Ellas son las que han cubierto de guano las costas y las islas del Pacífico; ellas son las que acumulando sus deyecciones formaron dilatados depósitos de abonos naturales, colosal riqueza, que ha hecho la fortuna de Chile y ha sido la causa determinante de la guerra del Pacífico y de que Bolivia pierda su costa: Antofagasta, Cobija, Mejillones..."

Oruro tiene una apariencia de puerto, y, en efecto, es como un puerto de tránsito para los viajeros que salen de La Paz o que a ella vuelven de los demás centros principales del país. Es también un refugio, erigido por los españoles de antaño con el católico nombre de Villa de San Felipe de Austria, en medio de la inmensa meseta andina, cuyo aspecto contrasta tan profundamente con el de los valles y las selvas.

* * *

Dos son los grandes grupos raciales, o mejor, ya que nada los diferencia esencialmente, las grandes familias nacidas de un tronco común que habitan la altiplanicie y los valles adyacentes: los aymaras y los quichuas. La población indígena del resto de la república está formada por diversas tribus que muy poco tienen de común con las dos razas cuya civilización llegó en épocas pretéritas a un notable desarrollo. En su libro *El Ayllu,* nombre indígena de la comunidad, el sociólogo Bautista Saavedra ha estudiado el origen remoto y la organización agraria de la misma. De ese estudio puede deducirse que la forma comunitaria por la que se regían los súbditos del populoso imperio del Tahuantinsuyo, era casi perfecta, aunque de esa su relativa perfección se derivaron estancamiento y decadencia.

¿Habría que respetar la tradición del Ayllu, tonificándola con los beneficios de la civilización occidental a fin de conseguir la efectiva participación del indio en la vida nacional? Y el método más apropiado para la iniciación de una cruzada semejante, ¿no estaría tal vez en despertarlo a la conciencia de sí mismo, estimulando sus aptitudes para el arte? "No hay sino un dilema al frente de la realidad—dice Daniel Sánchez Bustamante, maestro de juventudes, de quien habría podido esperarse la definitiva orientación de ese problema si la muerte no hubiera interrumpido su generoso apostolado—: o se eliminan las razas indígenas implacablemente, para situar en su lugar otras de tinte caucásico, o se las educa e incorpora dentro de la civilización afectuosamente." *Afectuosamente,* es decir, acercándose al indio con la voluntad de comprenderlo y de amarlo en lo que es y en lo que puede llegar a ser, sin

tratar de obligarlo à adaptaciones artificiosas y fugaces que estarían reñidas con lo que en él hay de impuesto por la naturaleza y por la raza. Y es el arte lo único que podría, en principio, realizar ese milagro. "Asombra—sigue diciendo Bustamante—su rico expresionismo en símbolos, ideografías y figuras hieráticas, cuyos detalles varían como cánones de una liturgia de líneas que suplen a la escultura". "Parece que un Genio que posee rico lenguaje hablado y no adopta la escritura por letras y palabras (signos muertos y cristalizados) siente un volcánico impulso de expresar gráficamente cosas superiores en signos tomados de la vida, e interpreta con líneas, esquemas, símbolos e imágenes el espíritu, la tradición y la cosmogonía de un pueblo selecto que sabe mucho del misterio y de la realidad". Y al referirse al sentimiento estético del indio, dice Otero: "El indio vive rodeado de un mundo mágico que son sus supersticiones, sus mitos y sus temores. Este mundo esencialmente fantasmagórico, en el que nutre la medula misma de su vida, constituye más de la mitad de sí mismo, pues no sólo es su espiritualidad, sino su vida física". "Todo el mundo mágico del indio, en el fondo, es creación estética; de él surgen, como una flor plural y varia, sus leyendas, sus cantos, su música, sus danzas, su escultura, sus artes de ornamentación, su arte de curar, su arquitectura".

Y ¿cómo dar principio a la empresa nobilísima de redimir al indio de su propia ignorancia, encaminándolo al conocimiento de sí mismo? ¿No habría primero que llevar a las escuelas, de las que el indio está excluído, junto con los rudimentos de la ciencia occidental, la enseñanza de las tradiciones que, supliendo la deficiencia de la historia,

interpreten el pasado del hombre americano, para que, de esas escuelas, surjan mañana los verdaderos educadores compenetrados de la trascendencia de su misión? *Más fuerte que la tierra* se llama un libro de Alfredo Sanjinés que lleva ese propósito. Libros así nos hacen falta: sencillos, amenos, bien escritos; ilustrados acaso por artistas como Guzmán de Rojas, Genaro Ibáñez, Reque Meruvia, Crespo Castelú, Reza, Ramón Katari, Gil Coimbra... Libros así, y también como el de *Jirones kollavinos,* de Gloria Serrano, que nos muestren en pequeños cuadros, amorosamente compuestos, al indio de hoy. Si no son los poetas, los músicos, los pintores, quienes asuman el compromiso de redimir al indio, su redención volverá a esfumarse en el fárrago de las campañas electorales y las lucubraciones de sociólogos criollos.

La lengua de Adán llamó a la aymara en un curioso estudio de filología comparada, así titulado, Emeterio Villamil de Rada, interesante tipo de aventurero y de erudito que ha dejado numerosos escritos inéditos o desaparecidos en sus andanzas por el mundo. La lengua que habló nuestro lejano padre bíblico fué el aymara si ha de creerse a este sabio original, que saca sus deducciones de la remotísima antigüedad de ese idioma, cuyas raíces penetran, al parecer, en lo más hondo de los orígenes del lenguaje humano. Por su parte, Isaac Tamayo o "Thajmara", autor de un libro sugerente y henchido de verdad, al par que de pasión y extravagancia, *Habla Melgarejo,* afirma que el indio boliviano, que según él es uno solo, pues "no es cierto que el territorio de la República esté poblado de diversas razas": "es el mismo indio que construyó Tihuanacu, el mismo que formó la más rica, la más

noble, la más expresiva, la más portentosa lengua: el *Aymara.*"

La lengua quichua o keswa es más armoniosa que la aymara, aunque menos rica que ésta, cuya variedad en las formas verbales sobre todo asombra y desconcierta a los filólogos. El quichua es más propio para la poesía y para el canto, y existen composiciones antiguas y modernas que son un verdadero regalo para los entendidos, como aquella *Despedida* de Hualparrimachi, poeta de estirpe principesca, que nació en Potosí y murió guerrillero de la Independencia.

El indio aymara es hombre de la gleba, cultivador del árido suelo de la altiplanicie y del suelo, más generoso, de los valles; es cazador y pastor en las montañas y pescador en el Titicaca. El indio quichua es minero en las tierras del Potosí y Oruro y agricultor en las campiñas de Chuquisaca y Cochabamba. La supuesta superioridad de una raza sobre la otra está, más que en la realidad, en la suspicaz imaginación de los que, enfermos del prejuicio regional, encuentran en el tópico asidero a sus rencillas de campanario.

En tanto que los escritores nacidos en La Paz, por vivir en inmediato contacto con el indio aymara, han podido estudiarlo más de cerca, el autor de *Rosario de leyendas,* Alberto Ostria Gutiérrez, chuquisaqueño, ha hecho del indio quichua, como Arguedas del aymara el personaje central de su obra literaria. "Como Arguedas conoce a *su* indio —dice Ostria—conozco yo a *mi* indio, el indio quichua". Pero mucho de lo que dice de su indio puede aplicarse en idéntica medida al de Arguedas. Así, el rancho del quichua no difiere en gran cosa del rancho de aymara: "Pie-

dras encajadas unas en otras forman las paredes; el techo, unos palos de algarrobo o de *tipa,* y lo demás, paja y barro. He ahí todo. No tiene ventanas el rancho. A veces, sí, una puertecita de madera que no se cierra nunca. ¿Para qué había de cerrarse la puerta del rancho? El indio no posee nada; el indio no guarda nada que valga dinero. Sus viejos cueros de oveja, sus *pullus* de lana y sus ponchos, o sus cántaros, sus ollas y sus platos de barro, ¿a quién habían de interesarle?..." "Al centro del rancho está la cocina, que sólo se compone de cuatro piedras grandes destinadas a sostener las ollas de barro. Apagado el fuego, después de la cena, en torno a la cocina, duerme formando un solo montón humano toda la familia". "Generalmente, el rancho se alza solo, aislado, a gran distancia de los otros ranchos. En las noches de luna, dormidos sus moradores, el rancho sólo parece una sombra grande, a la cual ladran incesantemente los perros de los otros ranchos..." La alimentación del quichua "se reduce a la *lagua,* al *mote* y al *tostado",* como la del aymara al *chuño,* a la *caya,* a la *quinua,* o, cuando más, a la *chalona.* "El indio no come pan. No se hizo para él la dulce plegaria del padrenuestro" —se enternece Ostria en estos apuntes sobre el quichua, angustiosamente glosados por Eugenio d'Ors—. "¡Ah, si no tuviera el indio el consuelo de la coca! Masticando las verdes hojas de la coca el indio adormece su estómago y su cerebro". En pocos y certeros rasgos traza Ostria las siluetas de la siniestra trinidad esquilmadora del indio: el cura, el corregidor, el patrón... Pero ¿acaso no habría que agregar un cuarto personaje, tan funesto como los otros tres: el tinterillo?

El quichua es de carácter más dulce y menos recon-

centrado que el aymara, como que, por lo general, habita el quichua en regiones de clima benigno y en medio de una naturaleza menos hostil. Sin embargo, "estos paralelos —advierte Sánchez Bustamante—que pueden aplicarse a las razas mestizas correlativas, no son absolutos; porque así como parte de los aymaras goza de los incomparables valles de Sorata, Challana, Yungas, Cotaña, etc., hay muchas ramas quichuas que viven bajo las penurias del altiplano en los departamentos de Potosí y Oruro. Entonces una y otra raza cambian y confunden sus caracteres y sólo queda para diferenciarlos el idioma".

La sufrida humildad del indio quichua, habituado desde la infancia, lo mismo que el aymara, al pastoreo y a la dura labor del campo, halló eco en estos versos de Reynolds que cito de memoria:

Indiecita que llevas tus andrajos
por los zarzales y las rutas viejas,
has aprendido a sofocar las quejas
sin que claudique tu alma en los trabajos.
Sigues, medrosa, con los ojos bajos
y las facciones tristes y perplejas,
la lenta procesión de tus ovejas
en su blando ondular por los atajos...

* * *

Diríase que la altiplanicie impone a la creación artística cierto sello de sobriedad en la forma y en el fondo. Suele ocurrir que escritores nacidos y educados en las provincias del oriente, al ponerse en relación con la sierra, sufren la influencia de ésta sobre su temperamento y su mentalidad.

"Es que la sierra—dice Medinaceli—es más espíritu que el valle y la selva. En ellos el alma se adormece en el sueño nirvánico. La sierra despierta, aviva, urge la energía creadora." "Ha de ser el espíritu del Ande el que dé a nuestras letras un relieve característico, la anhelante inquietud de cumbre y la ansiedad infinita de pampa." "Ese fundamental estoicismo y desdén del sufrimiento, propios del indio". "La comprensión de que la vida es esfuerzo y dolor, nostalgia y saudade de un bien desconocido, sentimientos que ya encontramos en algunas poesías aymaras y algunos poemas keswas, como los de Walparrimachi. Además, una profunda compenetración con la *madre tierra*—la Pachamama—, la consubstancialización panteísta con el cosmos, con una percepción tan aguileña del paisaje, de la transparencia ambiental y un admirable sentido del color; el todo dicho con gran economía de expresión, con tiwanacota sintetismo estilístico."

Es ésa la región que da a Bolivia un carácter, una fisonomía que, con rasgos bien marcados que no admiten confusión, la distinguen de las otras repúblicas sudamericanas. Y si bien el verdadero porvenir de la nación se encuentra tal vez en los llanos y las selvas que miran hacia el lejano Atlántico, donde se levantarán mañana ciudades florecientes y se crearán nuevos centros de cultura, es en la región andina que se concentran las fuerzas de su actividad moral, intelectual y material. Ella es la más abierta a las corrientes exteriores y ella representa la mayor fuente de su economía y su riqueza actuales. Esta circunstancia explica, sin justificarla, la denominación de "república del altiplano" con que, no siempre inocentemente, se alude a Bolivia en los países vecinos.

A la generación que le ha tocado vivir estos instantes de durísima prueba para Bolivia—la guerra y la postguerra—; a esa generación que ha hecho suya la dramática responsabilidad que pesa sobre la hora presente, y que aprestóse con espartana entereza a defender la integridad del patrio territorio, le está también encomendada la misión de continuar, haciéndola más sólida y depurándola de ciertas influencias extrañas, perniciosas casi siempre por lo superficiales, la obra emprendida por los escritores de generaciones anteriores a la suya. En esa tarea de sano y consciente nacionalismo, de compenetración con el propio suelo y la tradición vernacular, en lo que ésta tiene de trascendental e imperecedero, la juventud de hoy está empeñosamente comprometida. A esa juventud que abandonó unánimemente universidades y academias para ir a cumplir su deber en compañía de su hermano el indio, al cual esa circunstancia dolorosa ha debido acercarla definitivamente, le cupo el privilegio de aprender en la escuela del sacrificio supremo lo que significan y lo que valen los dictados del suelo en que ha nacido. Y está comprendiendo que si Bolivia es un país que posee, dentro de lo relativo, todos los elementos materiales para bastarse a sí mismo, los tiene también en el orden espiritual para dotarse de una cultura propia que cuente como esenciales atributos los legados por la naturaleza y por la raza, sin renegar, por cierto, pues eso sería una muestra de jactanciosa puerilidad, de la cultura de todos los tiempos y países, cuyos valores nos es imprescindible conocer si queremos afianzar nuestra personalidad y ensanchar nuestra visión del universo.

LA SELVA

LÁMINA NÚMERO 4

EL GRAN PAITITI

EL GRAN PAITITI

El panorama que se abre ahora ante nuestros ojos tiene una grandeza muy distinta. No son ya los yermos desolados ni las vertiginosas alturas. A la austeridad de la naturaleza y a la señera originalidad de las ciudades de la altiplanicie, han sucedido las feraces llanuras y las selvas vírgenes. Tierras cuya fecundidad desconcierta y abruma, tal es su profusión de flores y de plantas monstruosas propias para ilustrar las más exasperadas concepciones de un arte decadente... Y sin embargo—afirman los viajeros—, la soledad de los bosques es más terrible que la de los áridos desiertos. Es la suya una soledad inquieta, preñada de amenazas. Es aquel un "infierno verde" en el que los demonios acechan de todas partes, asumiendo las más variadas formas. En la selva es tanto más grande el desamparo cuanto más fantástica la belleza de la vegetación. La selva, como las arenas del desierto, tiene también sus espejismos; sólo que en la selva el más alucinante de los espejismos es el *auditivo*. Los oídos del viajero, convertidos por la fiebre y la quinina, en cajas de resonancia, oyen constantemente, ya lejano, ya próximo, el rumor acompasado y amplio de las aguas de un río o el de una cascada que se precipita desde lo alto de una montaña inverosímil.

En su poema *Selva profunda*, Gregorio Reynolds consi-

gue dar una visión, acaso un poco recargada y prolija —como la selva misma—de ese mundo en que la naturaleza parece entregarse à una desenfrenada orgía de colores, de formas, de sonidos, de perfumes, y hasta de sabores. Es la del bosque una sinfonía en contrapunto ante la que la capacidad de captación de los sentidos se embotà o se exacerba.

Mediodía. Un sol tórrido
propicio a la pereza,
a la quietud,
al abandono indefinido...
...Selva de pesadilla,
trasminada de mórbidos perfumes
y emanaciones nauseabundas,
con su opulencia fatigosa,
con su tremendo encanto voluptuoso,
los sentidos subyuga y los enerva.
...Se siente la nostalgia de los trinos,
y sólo hay aves silenciosas,
hieráticas. Se ansía
beber a grandes sorbos, y no hay agua
que fluya y se deslice. Es necesario
respirar aire fresco
y no hay brisa que avente la congoja.
... Musgo fofo y lianas en los árboles
frondosamente enmarañados,
de invasora raigambre y destrenzadas,
luengas y grises cabelleras.
En torno, el predominio
de la flora silvestre
disforme, multiforme, purulenta,
indescriptible casi
en la promiscuidad de sus especies
y en su feraz exaltación polícroma...

... Todo es desasosiego en el boscaje:
en su temblor imperceptible,
de contagiosa somnolencia,
tiene peligros múltiples y arcanos.
... Entre los matorrales
se oye gruñir, se oye silbar, y se sospecha
el brusco brinco incontenible,
el ágil salto del felino
y la embestida rápida del áspid...
... Se frisan nuestros nervios
al evocar entre la fronda
las pupilas eléctricas
y el desperezo elástico
del jaguar y del puma...

Esta misma sensación de abandono y de temeroso desasosiego produce la lectura de ciertos capítulos de la novela *Páginas bárbaras* de Jaime Mendoza, apasionante relación de la vida y las costumbres de los *siringueros* en el mal llamado Territorio Nacional de Colonias, contiguo al departamento de El Beni, que tuvo, hace de treinta a cuarenta años, su era de fantástica prosperidad. Mendoza, el infatigable huroneador en la intrincada maraña de los problemas nacionales, se sintió un día atraído por el grandioso al par que trágico misterio que envuelve aquel territorio comprendido en lo que se conoce con el nombre de "Oriente Boliviano", una de las tres regiones—la puna, la selva y el valle—en que se divide el suelo de Bolivia para el estudio de su geografía, de su geografía pintoresca por lo menos. Ellas constituyen la estructura física del país que, por ser el corazón del continente (y no es ésta, por lo manida, una vacua figura de retórica, pues hasta su ubicación geográfica hacia el oeste da un sentido cabal a la

metáfora), es el centro del que parte y en el que converge el doble sistema de ríos y montañas—las venas y los músculos—del cuerpo armoniosa y perfectamente articulado que es la América del Sur. Mendoza vivió allí un tiempo, en contacto con la vida azarosa y sufrida del cauchero—especie de mitayo sepultado en el fondo de los bosques como su hermano, el de las minas, en las entrañas de la tierra—; se extasió su espíritu ante el espectáculo tremendo de la selva; meditó sobre el significado de aquella vida primitiva y violenta; y, con sus observaciones de viajero, sus emociones de artista y sus meditaciones de filósofo, compuso las *páginas bárbaras* de un libro fuerte, directo, sincero, y que, no obstante sus muchas imperfecciones, tiene pasajes cuya intensidad no ha sido superada todavía por ningún otro escritor que haya visitado aquellos parajes apartados.

En la introducción a su novela dice Mendoza que el Territorio de Colonias "es el término opuesto a esa otra región enorme sin árboles: el altiplano". "Ved aquí—agrega—dos de los más grandes contrastes entre los muchos que ofrece el suelo caprichoso de Bolivia. Dos inmensidades extrañas, grandiosas, imponentes, aunque monótonas como todo lo que es desmesuradamente grande y uniforme. Es una un llano a más de tres mil metros de altura sobre el nivel del mar, con fríos que llegan a 60° bajo cero, sin más que una vegetación misérrima a trechos, amurallada por un marco de piedra y nieve; torva, implacablemente hostil, sin ofrecer al hombre más lecho que la pampa desnuda y pétrea, abierta a todos los vientos, ni más techo que el domo inconmensurable de un cielo de sorprendente belleza glacial. La otra, un llano también, mas un llano cubierto de vegetación gigantesca que forma magníficos

palacios bajo cuyas arcadas verdes se puede estar caminando meses enteros sin salir a plena luz, región admirablemente rica, poblada de infinitos seres desde el microbio al antropoide, con calores que llegan a 40° sobre cero". "Ciertos puntos del altiplano como el Illampu, hacen pensar en la región polar; otros como el Territorio de Colonias, llevan la imaginación hacia el seno misterioso del Africa negra. La una cansa por su pobreza de vida; la otra por el derroche de la misma. La una es el imperio de la piedra; la otra el imperio del árbol".

¡El árbol y la piedra! He ahí polarizado, en términos escuetos pero preñados de expresión, el símbolo de la plural riqueza del suelo boliviano. Sus sendos atributos esenciales serían: el *oro negro* de la goma, cuyo jugo—lácteo y denso al brotar de la corteza diestramente picada por el punzón del siringuero—se convertía instantáneamente en flamantes libras esterlinas; y la plata nativa, el *oro blanco,* al que no había más que estamparle la efigie codiciada y echarlo a rodar por los mercados del mundo... Pasaron esos tiempos felices cuando las plantaciones de goma hechas en gran escala en otros puntos del globo que cuentan con fáciles medios de trasporte, cegaron esas inagotables fuentes de riqueza; y pasaron también aquellos otros en que el Cerro de Potosí era el "asombro del universo"... Pero si a la plata han reemplazado, y con ventaja, otros metales, el Territorio de Colonias espera todavía la llegada de esforzados trabajadores que lo despierten una vez más de su modorra tropical.

En *Páginas bárbaras,* Jorge Verdugo, médico de la guarnición militar transitoriamente establecida en una *barraca* gomera, es un montañés, un *colla* civilizado en medio

de los *bárbaros* caucheros araonas, con quienes fraterniza sin reserva, impulsado por misteriosa simpatía que habrá de traducirse à la larga en un llamado irresistible de la selva, en la cual irá resueltamente a sumergirse para siempre. Se lo "tragó la selva" como a Arturo Cova en *La Vorágine* de Eustacio Rivera, libro cuya publicación es posterior en varios años a la de *Páginas bárbaras*. He ahí, reducido a su máxima simplicidad, el sencillo argumento de la obra; mas en torno de éste ¡cuántas descripciones que fuerzan a la contemplación admirativa de esa naturaleza de ensueño y pesadilla al mismo tiempo! "A entreambas márgenes del río, la ilimitada llanura cubierta de árboles colosales formaba un disco verde, sobre el cual estaba volcada la cúpula del cielo, formando otro disco azul, en cuyo centro relumbraba aún un tercer disco áureo, al parecer más pequeño que los otros, y, sin embargo, infinitamente grande: el disco solar". "El bosque, lleno de rumores y movilidad en otros momentos, yacía ahora recogido y mudo. Una de esas calmas profundas durante las cuales parece detenerse la vida en el Universo, había sobrevenido en todos los seres y cosas sumiéndolos en una inercia letal"... "El bosque despierta. Se oye salir de su seno rumores vagos que ora suenan aislados, ora se contestan como gritos de alerta, ora se reúnen y confunden formando insólitas sinfonías. Hay trinos, graznidos, silbos clamores repentinos, como apóstrofes, escalas de notas como carcajadas, modulaciones como lloros"...

En *Páginas bárbaras* muchos pasajes muestran las costumbres y el carácter de los caucheros, pero sólo incidentalmente aparecen éstos dedicados a las faenas de su oficio. Tampoco se refiere Mendoza, sino muy de pasada, a esos

actos de crueldad conque sobre los desdichados *fregueces* se ensañaban capataces y patrones, y que, mucho más que en Bolivia, asumieron caracteres de inconcebible ferocidad en otras regiones gomeras de la hoya amazónica. En cambio, son frecuentes las escenas pintorescas que revelan al hombre de los bosques entregado, en sus momentos de regocijo, a la triple embriaguez de la danza, la música y el alcohol. "El bosque ahora resonaba con las voces y músicas de los bárbaros. Dos flautas de cañas dejaban escapar tonos dolientes y monótonos que iban a perderse en la selva callada como una queja prolongada y salvaje. Marcaba el compás un bombo descomunal y dos tambores que eran tocados con gran brío. Los músicos estaban sentados en fila sobre rústicos troncos cubiertos de esteras". "Unos bailaban el *tiritiri*. Colocados frente a frente y a algunos pasos de distancia, hombres y mujeres se movían con aire grave y solemne, dando, de rato en rato, una vuelta pausada y levantando apenas los pies al són de la música. Otros formaban grupos, hablando en dialecto araona y produciendo un guirigay confuso y estentóreo. Los hombres estaban vestidos de calzones de leve tela y del sencillo *chambalé*. Las mujeres llevaban sus *tipoys* multicolores, con los brazos al descubierto. Ellas eran las que invitaban a bailar a los hombres". "Varias mujeres bailaban llevando sus criaturas en los brazos. Entre la muchedumbre circulaban *canecos* y *tutumas* rebosantes de *chicha*. Veíase también vasitos con *cachaza* o vino que los bárbaros paladeaban con fruición".

No todo es bochorno y desasosiego en esas tierras que los poetas bolivianos han cantado raras veces, pues, como anota Díez Canedo, "la naturaleza de Bolivia se ve en los

prosistas mejor que en los poetas". Fabián Vaca Chávez, poeta y periodista oriental, escribió un poema que es hoy pieza de antología, celebrando en versos que tienen el blando vaivén de las hamacas, la belleza morena y sensual de las mujeres y la molicie de la vida en esas tierras pródigas:

Sobre tu cadera recia y prominente
caen tus cabellos con sensualidad,
semejando un río de rauda corriente
hecho de perfumes y de obscuridad.
La brisa que corre por los naranjales
y agita las hojas del cacaotal,
al cantar sus leves trovas pasionales
juega con tus rizos de oscuro espiral.
Nadie hay que supere tu gracia divina
cuando vas tendida sobre un carretón,
o cuando contemplas el sol que declina
desde el camarote de una embarcación.

Los innumerables ríos que riegan las llanuras ensanchan los horizontes en frescas lejanías azules, librando al espíritu de la obsesión del verde y de la opresora fronda de los árboles poblados de pájaros burlones y de rumores misteriosos. Allí los ríos, esos "caminos que andan", son la providencia del viajero. El río es a la selva lo que el oasis al desierto. La vida humana en la una y en el otro sería imposible sin la sombra acogedora del oasis y la sedante frescura de los ríos. Las ciudades de El Beni y del Territorio de Colonias son oasis en un desierto de verdura, al borde de los ríos que guardan una "imagen anticipada del mar", según la feliz expresión de Gustavo Adolfo Otero. Pequeñas ciudades pintorescas que son las grandes urbes del futuro: Trinidad, Cobija, Riberalta, Villa Bella...

El Madre de Dios, el Mamoré, el Beni, el Orton, el Iténez... ríos de nombres sonoros desde cuyas umbrosas márgenes acechan los misterios de la selva; ríos de aguas anchas y remansadas como lagos, que despaciosamente siguen su curso hacia el océano, cruzados por amplios batelones y lanchas automóviles, o estrechos y veloces que se precipitan en saltos vertiginosos, y sobre cuyas crestas retorcidas hacen prodigios de equilibrio—auténticos maromeros sobre abismos de espuma—los *callapus* de los indígenas.

Trinidad, la capital de El Beni, "ciudad fluvial y mediterránea, según las estaciones—escribe Vaca Chávez—camina hacia el porvenir *alegre y confiada,* en medio de la riqueza de sus campos y la opulencia de numerosos ríos navegables. Durante medio año, cuando las aguas de las grandes arterias crecen y salen de cauce, Trinidad se convierte en una isla y, en las tibias tardes de febrero, de marzo y de abril, se puebla de navegantes y bañistas, que dan una pintoresca y riente animación a la pequeña urbe, transformada en una auténtica Venecia criolla. Pasa la época de las crecientes y entonces los alrededores de Trinidad se visten de gala. En los numerosos charcos que dejan las aguas brota lujuriante el nenúfar de exquisita fragancia. Cada árbol es un ramo rosa, lila o amarillo. A veces una enorme bandada de garzas reales cubre con la albura de su plumaje vastas extensiones de la selva". "Después, en el bochorno de los meses de agosto, de septiembre y de octubre, cuando Trinidad cesa de ser una ciudad fluvial, los pobladores la abandonan en busca de los ríos y de las llanuras próximas. A la rauda canoa sucede el carretón de ruedas macizas y lento rodar, tirado por bueyes".

* * *

¡El Beni! Esta palabra mágica resuena con imperioso acento de reclamo en los corazones sedientos de aventura y abre un horizonte de posibilidades infinitas a los hombres de pro.

Mucho antes de la venida de los hombres blancos, el Inca Tupaj Yupanqui—"Príncipe resplandeciente"—había realizado la empresa estupenda de llevar sus huestes hasta las profundidades de la selva después de haberlas hecho pasear en són de triunfo por las eminencias de los Andes..

Si ha de creerse a Garcilaso de la Vega, fué Diego Alemán el primer español que—mediando el siglo XVI—penetró por tierras de Charcas en el país de los Moxos, o Gran Paititi, como le llamaron sus primitivos habitantes. El Gran Paititi, con el que la alucinación de los conquistadores indentificaba al quimérico Eldorado, no fué, sin embargo, sino objeto de algunas tentativas fracasadas de conquista. Y sólo los jesuítas lograron, con ejemplar perseverancia, lo que no consiguió el hierro toledano de los soldados de su Majestad Católica.

Refiriéndose al Moxos de la época de los jesuítas dice René Moreno: "Horizonte sin límites aquél, planicie espléndida y terrible, vida contrastadísima la de sus pobladores así bárbaros como civilizados. La inestabilidad de la naturaleza, de la gran naturaleza, derrama aquí con profusión indescriptible sus dones más exquisitos y magníficos, y un instante después los arrebata con torvo ceño y brazo destructor. Porque las lluvias torrenciales del estío convierten las repuestas y pacidas campañas en un solo mar inmenso y navegable en todas direcciones". "Las

aguas decrecen en el cauce de los ríos y se secan afuera de los cauces; nunca, empero, se seca y se retira el verdor de cien matices, persistente en los bosques y enramadas que gironan y salpican la llanura. Y sucede que cuando temprano se retiran las lluvias o cuando han sido escasas, los soles de la estación estiva, unidos a los de otoño y de invierno, rajan consecutivamente con sus rayos verticales el suelo recién desecado, lo tuestan, lo trituran, lo pulverizan y lo aventan entre bocanadas de vapores sofocantes, como es fama que pasa en los arrabeles del infierno. No hay otro respiro bajo la pesadez abrumadora de la atmósfera, en estos años terribles, que algunas borrascas fugitivas y violentas de agua, rayos, viento sur y de un frío intensísimo y cortante que causa estragos mortales en la fauna de los bosques. Pero vengan a su oficio las ordinarias lluvias torrenciales, y sobrevengan, como suelen, en los apacibles meses intermedios, y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, he aquí que se muda el escenario en Moxos". "Un manto inmenso de juventud brillante envuelve hasta a las especies que sobrevivieron del último cataclismo; ráfagas de vida impetuosa lanzan al raudo crecimiento reproductivo y a la lucha por la existencia nuevos seres animales y vegetales. Los primeros soles de mayo y los postreros de octubre abren y cierran esta larga primavera de fecundidad y lozanía". "En esta misma temporada más que nunca el pez exquisito se arremolina en las lagunas y en los ríos, como brindándose a la red y a los anzuelos. Variedad de patos, de palomas, de perdices, de pavos, de faisanes, con más otras aves para admiración de la vista y del oído como son estas dichas para regalo del paladar, revolotean en las florestas mismas que pueblan a porfía las antas, los jaba-

líes, los venados, las liebres, más también aquellos que no se comen y que comen y son los chacales y las serpientes".

En Moxos, "no menos de siete lenguas diferentes, al parecer sin parentesco, eran habladas allí por otras tantas naciones. Entre éstas descollaban por sus peculiares rasgos distintivos de casta, el rapaz y tímido y supersticioso *itonama* con su dulce decir, el rudo y esforzado *canichana* de belicosos antecedentes el sensible y hospitalario *mojo* proselitista, el *cayubaba* nobilísimo, que bien resumía en su índole las más bellas prendas nacionales de aquella confederación".

Hacia 1832 estuvo en Moxos el ilustre viajero francés Alcides d'Orvigny, quien escribió una obra fundamental para el estudio de la región: *Descripción histórica, geográfica y estadística de Bolivia.* Poco después, en tiempos del dinámico presidente José Ballivián, se realizó la primera exploración de El Beni, encomendada a un boliviano. José Agustín Palacios emprende animosamente el viaje desde La Paz, llevando un diario en el que "abundan—dice Arguedas—las descripciones llenas de colorido e intención". Después de un largo recorrido, fecundo en peripecias y provechosas experiencias para el conocimiento de esas regiones, llega Palacios a la confluencia del Beni y el Mamoré, donde funda Villa Bella. A Palacios siguen otros exploradores más o menos audaces y afortunados: el doctor Heath, el Padre Armentia, el general Pando. Pero el que realmente sacudió la modorra de los bosques poblándola con los rumores del progreso, fué el "padre de la industria gomera" Antonio Vaca Díez. Impulsado por una confianza inquebrantable en el futuro de aquellos territorios y des-

plegando una actividad que no desmayó en un punto, Vaca Díez exploró, colonizó, fundó innumerables barracas al borde de los ríos que reflejaron durante largos años su silueta andariega.

* * *

Muchos han sido los viajeros, tanto extranjeros como nacionales, que han relatado las impresiones, más o menos literarias y las aventuras, más o menos auténticas, de sus correrías por las selvas del Oriente. La mayor parte de esos relatos presentan un real interés documental, pero pocos los que saben comunicarnos la emoción de esa naturaleza en perpetuo orgasmo. Uno de esos viajeros, el español Ciro Bayo, a quien tentó un día el demonio de la aventura, publicó algunos libros curiosamente vividos. En estos últimos años, otros dos "viajeros sentimentales": un boliviano, José Salmón Ballivián, y un vizcaíno, cuyo gran corazón vibra con rudo y franco bolivianismo, Formerio González de là Iglesia, ha logrado trasmitirnos—el primero en dos libros escritos con amena llaneza, *Por tierras calientes* y *El hombre de los bosques*, y el segundo en artículos proféticos—un eco de la palpitación enorme de la selva.

"Cuando el hombre extraño a estas tierras—dice Salmón Ballivián—ingresa en la selva virgen, que vive una vida de pleno período carbonífero, se establece una lucha en que el hombre vence al bosque o éste lo mata". "El bosque se defiende oponiéndose al ingreso del hombre en sus dominios por medio de sus bichos, de sus zarzas, de sus fieras, de sus venenosos frutos. Dispone de otro recurso: extraviar al sacrílego". O de matarlo con

la nostalgia como al soldadito Reno, o de "tragárselo" como a Jorge Verdugo, en *Páginas bárbaras*. Y como a Roque Santos, en uno de los *Cuentos de dos climas*—del bosque y de la sierra—escritos por Porfirio Díaz Machicao, una de las figuras más originales de la nueva literatura boliviana: "Porque el bosque impresiona primero, luego cierra sus brazos verdes con una extraña cordialidad y ya no suelta más la presa... La educa para sí, la mima". "Le da su abundancia, le entrega la fácil mujer de su clima, le obsequia sus aromas". "No importa la prisión si en ella el goce es salvaje y desbordante. Los hombres traicionados por el bosque, se hacen, inclusive, amigos de las serpientes...". En otro cuento de Díaz Machicao, un "picador" del árbol del caucho refiere otra forma en que el bosque se tragaba a sus desventurados huéspedes: "Toda una generación de hombres entramos, por entonces, en las marañas verdes. ¡Y cuán pocos nos restituímos al hogar que había quedado abandonado...!" "La Vida del hombre era manjar para el hambre extraña de la selva, voraz e implacable. Y con la maldad del bosque había hecho nupcia la maldad del poderoso para atar "picadores" y no soltarlos más".

Quizá entre las mejores descripciones de la selva están las debidas a expedicionarios y viajeros llevados allí por los azares de la vida o en cumplimiento de misiones oficiales. Ese es el caso de Emilio Fernández Molina que escribió el relato de un naufragio durante la campaña del Acre —episodio heroico y sombrío que habría de dar lugar a una nueva desmembración del territorio: "El silencio era profundo; ni un murmullo en el río, pero de los bosques se elevaban rumores confusos junto con el canto de las ranas

y el fúnebre graznido de las aves nocturnas. La balsa, medio sumergida, me sostenía a flote; las aguas turbias, bañándome hasta la cintura, me llevaban a su capricho junto con los objetos informes que flotaban a mi lado, restos vegetales, ramas de árboles que arrastra y amontona la corriente y a cuyo contacto me estremecía, temiendo fueran anguilas eléctricas o los terribles caimanes que abundan en el río". "La noche se me hacía interminable y los rumores del bosque, semejando pasos y voces humanas, me inquietaban con el temor de ser perseguido. Luego me tranquilicé, comprendiendo que era el rocío del alba sobre el follaje o los seres animados que se agitaban al aproximarse el día. El cielo empezó a clarear, las sombras huyeron lentamentte, siendo reemplazadas por una tenue neblina, un vapor blanquecino que se alzaba de la superficie del río y flotaba en la atmósfera como un velo blanco"...

No obstante el espacioso escenario que ofrece la naturaleza virgen de la América del Sur para la novela de aventuras, ésta ha sido muy poco cultivada por los escritores hispanoamericanos. La mayor parte de las narraciones de esta índole pertenecen a reportistas europeos que han fantaseado a su antojo, sin cuidarse mucho de la verdad histórica y geográfica... De ahí que la novela de Diómedes de Pereyra *El Valle del Sol*, tenga, a parte de sus méritos intrínsecos, el de ser la primera que responda en todo a las exigencias del género. Su atractivo principal está en la sorprendente fidelidad de las pinturas que dejan una profunda impresión de realidad. Y digo sorprendente porque Pereyra no parece haber visitado las regiones que describe. Su poderosa fantasía auxiliada sin duda por una rica

y minuciosa documentación y un temperamento prendado apasionadamente de la belleza salvaje de los trópicos, han contribuído a hacer de esa *novela de la Naturaleza,* una obra de indiscutible valor literario. Hojeando el libro al azar se tropieza con movidas descripciones, como las de Matto Grosso, en el alto Paraguay, región que, antes del monstruoso tratado de 1867, celebrado entre el Brasil y Melgarejo, perteneció a Bolivia. Escenas de un vivísimo interés se suceden unas a otras en este libro cuya trama novelesca está llevada con naturalidad y habilidad. La lucha entre la boa y el jaguar es una de ellas:

"...Un haz de luz en abanico acababa de infiltrarse por una brecha abierta arriba en el follaje, y al punto una rauda pincelada de sol titiló por un instante en la mole del monstruo. Vagamente los exploradores discernieron a aquella fugaz claridad algo que acrecentó su emoción, al mismo tiempo que vieron aparecer, allá donde poco antes había estado la boa, un soberbio jaguar del porte de un león africano. Paso a paso, los ojos clavados en el reptil, azotándose ora despacio, ora con precipitación los flancos con su encrespada cola, avanzaba a medida que la serpiente retrocedía". "El jaguar se echó a tierra y, sin desviar los ojos de la ladrona que le había robado su prole, bostezó quejumbrosamente y se puso a esperar". "Un ruido pesado y presuroso llegó desde afuera y, seguidamente, desembocaba en el claro un tapir. Sin vacilar se dirigió a la laguna; de golpe y sin reparo la serpiente se abatió sobre él. Por un instante el pesado paquidermo desapareció entre sus anillos, pero de súbito se sintió libre e, inconsciente de la presencia misma de su otro enemigo, el jaguar, partió como un relámpago..." "Era que el felino,

aprovechándose del momento preciso en que el reptil había arrollado al intruso, se había arrojado sobre aquel cilindro estrangulador y, desgarrándolo cuanto pudo, retirádose con intento de repetir su hazaña". "Un sopor repentino se apoderó en aquel instante del reptil y, apesar de que su herida le incitaba a aceptar el duelo, se apresuró a buscar asilo. Valiéndose de la estratagema de hacer como que se disponía a presentar batalla, se arrastró de un solo desliz hasta el pie de un árbol, al que iba a izarse, cuando su tenaz contrincante se le arrojó nuevamente encima..." "Los esfuerzos del tigre se concentraron entonces a abatir la cabeza de la serpiente, pero no pudo. Sus garras traseras resbalaron, abriendo tremendos surcos en la escamosa piel del reptil. Un momento después, el valeroso animal apareció colgado en el aire, manteniéndose apenas con los dientes. Fué su fin. En un abrir y cerrar de ojos la boa lo precipitó entre sus anillos..." "Rugidos espantosos hicieron vibrar por un momento el aire y, luego, en medio de siseos de una disonancia inconcebible, se oyó el siniestro crujir de huesos y un ronquido cada vez más apagado y doliente."

Los dos protagonistas, un español y un boliviano, exploradores al servicio de una empresa poderosa, se proponen descubrir unos ricos yacimientos de oro de que se tiene vagas aunque fidedignas noticias. Después de largo y accidentado viaje, llegan al Valle del Sol, refugio de los descendientes de los Incas... La presencia de *Caépora*, el genio de la selva, impregna las páginas del libro de un supersticioso sentimiento de terror.

Como Costa du Rels, en francés, Pereyra ha escrito sus novelas en inglés, siendo *El Valle del Sol* la única que, has-

ta ahora y traducida por su propio autor, ha visto la luz en español. Empero, el caso de Costa du Rels no es idéntico al de Pereyra; el autor de *La hantise de l'or* se educó en Francia y fué en francés que aprendió a pensar y a escribir; el de *El Valle del Sol* marchóse, ya odolescente a los Estados Unidos y es allí que se inició en la literatura sensacionalista, para las grandes masas de lectores. Pero reaccionó a tiempo, por fortuna, demostrando que, además de autor de relatos para magazines ilustrados, es un escritor intencionado.

Lámina número 5

SANTA CRUZ DE LA SIERRA

SANTA CRUZ DE LA SIERRA

En Santa Cruz de la Sierra, la selva se humaniza. A medida que, viniendo de El Beni y acercándose a la capital del Oriente Boliviano, se gana en grados geográficos hacia el Sur, remontando el curso de los ríos o abriéndose paso entre los bosques, el panorama se amplifica y se desdobla en perspectivas que ya no obstruye la espesura de la selva. Diríase que un soplo de las lejanas cordilleras purifica la atmósfera y serena la frente de la naturaleza que va volviendo poco a poco al sentido de la proporción y la mesura.

Santa Cruz de la Sierra, al conservar hasta hoy su nombre primitivo, que es todo un símbolo permanente cargado de significaciones históricas, está expresando que entre esa ciudad y las del Macizo Andino existe un nexo indisoluble: Santa Cruz de la Sierra se llamó la erigida por el insigne capitán Ñuflo de Chávez al pie de la serranía de San José, avanzada del Ande hacia el Oriente, y *de la Sierra* se siguió llamando, como para reafirmar la inquebrantable voluntad de su destino, al ser trasladada pocos años más tarde a los ubérimos llanos de Güelgorigotá...

Cochabamba es el punto de tránsito para el viajero que, viniendo de la puna, se dirige a Santa Cruz de la Sierra. Hasta hace pocos años el viaje, por caminos de herradura,

era largo y penoso. Hoy en unas horas queda salvada la distancia. Es el avión que, trasmontando primero escarpadas serranías y volando luego sobre un mar inmensurable de verdura, renueva día a día ese milagro. Y es quién sabe una pena que se haya producido tan pronto este prodigio, porque, como dice el ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide, "no comprende a América quien no la haya transitado a caballo, por caminos tales", igual que en los tiempos no lejanos en que así se viajaba por buena parte del continente, y como se sigue viajando todavía en muchas comarcas de Bolivia... El alma de América hay que conquistarla sentimiento a sentimiento, como el indio y el soldado español conquistaron su suelo palmo a palmo. Los hombres que van a ella para explotarla febrilmente y a ritmo acelerado, no podrán nunca comprenderla y sólo sabrán calumniarla... o adularla, que es lo mismo.

En el departamento de Santa Cruz las haciendas se miden por centenares de kilómetros cuadrados y los hacendados ignoran el número de cabezas de los cuantiosos rebaños diseminados en sus vastos dominios. "Estamos en Santa Cruz, en una hacienda—cuenta Salmón Ballivián, viajero *colla*—. Al amanecer, después de una noche tibia y tranquila, se oye el ir y venir de mozos y sirvientes en un patio tan grande como una plaza que sirve para secar el arroz y el café." "Nos hallamos dentro de un patriarcado. El primer pensamiento del patriarca consiste en ver si está listo el desayuno, o más propiamente el almuerzo del centenar de familias que trabajan con él. Aquello parece una reviviscencia de las bodas de Camacho; una serie de ollas enormes en las que hierve el *tujuré* o *tojori* colectivo", preparado con grandes cantidades de maíz y la leche de

"cuarenta vacas"... En otro lugar de la casa de hacienda, "*cambas* de ojos vivos y penetrantes" descargan la caña destinada al trapiche...

Aparte de una que otra nota de industrial modernidad, lo que cuenta Salmón Ballivián trae à la memoria las páginas escritas por René Moreno sobre la Santa Cruz de los tiempos de la expulsión de los jesuítas: "El cercado se denominaba *Afueraelpueblo*. En él residían conforme a la costumbre originaria no pocas familias principales, dejando para ello cerradas gran parte del año sus obligatorias casas del *Pueblo*. Este mismo era una especie de Afueraelpueblo en compendio"... "Santa Cruz, antes que una población urbana, era un enorme conjunto de granjas y alquerías, sembradas frondosamente por naranjos, tamarindos, *cosoriões* y *cupesíes*. Senderos abovedados por enramadas floridas y fragantes separaban unas de otras las casas. Y eran éstas unas verdaderas cabañas espaciosas, de dos maneras techadas, fresca pero rústicamente, ya con la hoja entretejida o ya con el tronco acanalado de la palma. Dicen que anacreóntica y epucúreamente se vivía allí a la de Dios, sin que a nadie le importara un *guapomó* o un *pitajaya* lo que en el mundo pasaba. La plaza principal y algunas de las once calles arenosas estaban edificadas de adobe y teja; pero sólo a trechos y dejando intermedios solares, que eran otras tantas dehesas o florestas. Y sucedía que estas praderas y matorrales urbanos estaban cruzados de senderos estrechos, misteriosos, que guiaban a sitios visitados por el amor o a cabañas plebeyas. Apenas había una o dos manzanas cuya parte central no estuviera dispuesta o habitada en esta forma por guitarristas, hilanderas, lavanderas, costureras... Y estas mujeres eran otras

tantas andaluzas decidoras por el habla y el tipo de raza, bien que predominando casi siempre en sus facciones rasgos estremeños para todos los gustos. *Anda por los caminitos, está perdido entre las casitas,* quería en aquel tiempo decir que alguno saboreaba las *ambaibas, ocorós, pitones, quitachiyús,* del amor sensual, sesteando en las hamacas que allí colgaban, bajo el ardor primaveral de las pasiones en las verdes orillas del lago de la vida". "Visitábase a caballo; lloviendo, se iba a misa en zancos y en carretón; uno se quedaba a comer o a cenar allá donde le sonó la hora; sólo cuatro zapateros bastaban al pueblo; muchos bautizos y poquísimos matrimonios; las frutas más delicadas reventadas para el paladar de los prebendados; y ¡ay! de aquel que no fuera blanco de pura raza, pues ése solo y sólo ése debía trabajar y a sus horas divertirse, mientras que los demás debían divertirse y ociarse al modo de señores nacidos para eso únicamente."

¿Han cambiado desde entonces en Santa Cruz de la Sierra el aspecto de la ciudad y el carácter de sus gentes? Dígalo Vaca Chávez: "Aunque en los últimos tiempos ha mejorado notablemente la construcción de sus edificios públicos y particulares, Santa Cruz es una ciudad singular que conserva sus amplias viviendas coloniales, con sus blancos patios de arcadas moriscas, en los cuales no falta el aljibe de agua cristalina y fresca. Vistas desde una eminencia, las casas desaparecen bajo la tupida fronda de los naranjos que al final del invierno envuelven la población en un embriagante perfume". "Y no sólo es Santa Cruz la patria de las mujeres de ojos azules y árabe esbeltez; no es sólo el país de los naranjos, del jazmín del Cabo, de las palmeras y de los pavos reales. Es, ante todo, la ciudad

alegre, la ciudad musical, por excelencia. Lo primero que el viajero percibe, al aproximarse a Santa Cruz, junto con las altas y macizas torres de la catedral, son los acordes de una banda de música, que celebran un cumpleaños, un examen o cualquier otro acontecimiento social o particulas. La música es el alma de ese pueblo. Por eso es que con música celebra las alegrías del hogar, con música deja a los difuntos en el silencio del cementerio, con música rinde culto a sus santos y a las glorias de la patria, y con música los políticos ahogan el rumor de sus disputas electorales".

* * *

En esa idílica ciudad de Santa Cruz, puesta hoy bruscamente en contacto con el resto del mundo, en esa ciudad vecina de las selvas insondables cuyos habitantes de raza española casi pura hablan un castellano lleno de pintorescos arcaísmos y localismos expresivos, modulados con voluptuosa y cantarina lentitud, nació el más ilustre de los escritores bolivianos: Gabriel René Moreno.

La ocasión del centenario de ese nacimiento ha dado lugar a que se revisen, con carácter definitivo, los juicios corrientes que vinieron emitiéndose hasta entonces, no ya sobre su obra de escritor, sino respecto a su actuación pública en determinados momentos de la vida internacional de Bolivia. Se le había llamado antipatriota y difamador de su país, sambenito que cuelgan casi siempre los profesionales del patriotismo a los hombres de ese temple. Moreno tuvo, ante todo, una visión clara y precisa de la realidad y sus juicios, acerbos con frecuencia sobre hom-

bres y hechos, rara, muy rara vez carecieron de fundamento. Pero un hombre que no siente en lo más hondo el amor de su país no se expresará jamás, sinceramente, como lo hace Moreno en este pasaje de uno de sus libros, recordando al compañero de universidad que había avivado en él el amor al pasado histórico de América: "Y cuando dejando en 1871 y 1874 las florecientes poblaciones de la costa y subiendo los Andes penetraba en la inolvidable tierra boliviana y tornaba a ver, el corazón palpitante de emoción, sus mediterráneas y estacionarias ciudades llevando todavía, con majestad secular, impreso en sus frentes el sello de la dominación española, recordé más bien que nunca las transfiguraciones retroactivas del amado condiscípulo y comprendí la verdad profunda de esa poesía añeja de los ensueños coloniales, que él tomaba acaso por estricta realidad histórica."

Notable por la concisión, la aristocracia y lo rico y sustancioso de su estilo, Moreno fué el tipo perfecto del hombre de letras; el único en su tiempo y su país, consagrado, con exclusión de toda otra actividad—salvo incidentalmente o como consecuencia de su vocación—al oficio de pensar y de escribir. No es difícil adivinar el dramático conflicto existente entre esa poderosa inteligencia —nutrida por selectas lecturas, afinada por severas disciplinas estéticas y filosóficas, que lo invitaban más bien a los ejercicios contemplativos del espíritu—y las exigencias de un temperamento disconforme y ansioso de verdad que lo empujaba a bucear en nuestra historia para sacar de ella advertencias y lecciones, tanto más saludables cuanto más amargas.

Fué en la "señora de las provincias altoperuanas", la

docta capital de la República, que Moreno se sintió definitivamente empujado hacia la historia. "Alucinado—dice —por la magia de esta impresión dominante, la cabeza llena de imágenes antiguas y sombras de otro tiempo, uno recorre las calles, plazuelas, templos, claustros y sitios señalados con fijeza en las crónicas; y ve levantarse al paso hombres y cosas de esa época como diciendo "aquí estoy" al solitario interrogante. La atmósfera colonial circunda de todos lados al viajero porque nada hay que turbe, en la continuidad exterior del pasado y del presente, la inevitable armonía entre los objetos y sus recuerdos. Se buscan y se encuentran idénticamente las casas señoriales, los patios de los oidores, las esculturas milagrosas, las aulas renombradas, las inagotables fuentes públicas, los subterráneos legendarios. Nada aparece expuesto para el contraste; no es un museo donde se penetra; todo se está ahí vigente y se alza contemporáneo y desparramado sin artificio ni ufanía por el atraso reinante. Mi vocación transitoria dentro de la noble ciudad quedó al punto fijada irrevocablemente. Debía ser anticuario de ocasión y lo fuí. Cerré los ojos a la amarga actualidad del tiempo y ya no vi más que los tiempos pasados y sus augustas vislumbres. Así es que, habitando entre vestigios de toda especie, pesquizando desvanes ruinosos, revolviendo caducas testamentarías, allegando manuscritos y pergaminos, me sentí poseído del espíritu local de las edades, ardí en deseos de experimentar las impresiones ausentes, paladeaba con delicia todo lo añejo, rastreaba entre la descendencia y los póstumos renuevos de otra sociedad, moraba en la colonia y hubo momentos en que me consideré un vasallo criollo vuelto a sus lares".

Como historiador ha dejado Moreno obras de un valor inestimable. "El primero de los escritores bolivianos y probablemente el más científico y documentado de los bibliógrafos de Hispano-América", le llama el eminente y erudito escritor colombiano Max Grillo quien dice, además, que *al sabio y torvo historiador* "por uno u otro motivo, así en su patria como en los demás pueblos de Sudamérica, se le mantiene dentro de la conspiración del silencio". La lectura de algunos de sus libros de historia, como el que compuso sobre *Los últimos días coloniales en el Alto Perú,* reserva los mismos goces que la mejor de las novelas históricas, por la fuerza evocadora y la gallardía de su prosa, no obstante, el riguroso método de investigador que empleó para escribirlos. Otros como el *Catálogo del Archivo de Mojos y Chiquitos* y los tres volúmenes de *Notas sobre Bolivia y Perú,* contienen las más vivientes descripciones que se hayan hecho de distintas regiones del país.

Como crítico literario, Moreno estuvo siempre atento a todo lo que se producía en su país. La *Introducción al estudio de los poetas bolivianos,* sus biografías y ensayos críticos de Ricardo José Bustamante, Daniel Calvo, Néstor Galindo, María Josefa Mujía y otros, son documentos de inapreciable utilidad para la historia de la literatura boliviana. Su devoción por las letras hizo que dedicara al estudio de éstas buena parte del tiempo que le dejaron libre sus investigaciones históricas. Fué durante varios años profesor de literatura en el Instituto Nacional de Santiago de Chile y publicó sus lecciones en un grueso tratado de preceptiva literaria, obra reveladora de un gusto depurado y libre de estrechos dogmatismos. Esa misma devoción por la belleza hizo que no guardara miramientos con mu-

chos de sus contemporáneos, oscuros ingenios cuyas producciones tritura en el mortero de una aguda ironía, y de las que sólo se acordarían hoy empecinados rebuscadores de viejos papeles olvidados. Este hombre que tanto amó la exuberante naturaleza que rodea a su pueblo natal (lo prueba el hecho de que sus restos mortales, traídos de tierra extranjera, reposen en él por expresión de su propia voluntad), fué un encarnizado enemigo de los excesos de la imaginación caldeada al sol del trópico, y es esta una de las fases de su recia personalidad que lo emparenta al andinismo.

Un contemporáneo de Moreno, de origen cruceño, Santiago Vaca Guzmán, publicó en 1882 (como años más tarde Abel Alarcón en la *Revue Hispanique)*, una historia de la literatura boliviana, obra hoy inencontrable, como son casi todas las suyas y las de muchos escritores de ese tiempo, incluso las de Moreno. Vaca Guzmán es el fecundo autor de libros y folletos sobre cuestiones internacionales, jurídicas, económicas, territoriales y políticas; pero su prestigio de escritor lo debe a tres novelas que llevan títulos románticos: *Ayes del corazón* (obra de juventud), *Días amargos* y *Sin esperanza,* y a una cuarta de nombre más prosaico: *Su Excelencia y Su Ilustrísima* (caricatura de las costumbres y preocupaciones coloniales del siglo XVI en Asunción del Paraguay). Vaca Guzmán vivió los últimos lustros de su vida en Buenos Aires y allí compuso y publicó casi todos sus libros. Tuvo el mismo destino que otros dos grandes expatriados: Moreno y Jaimes Freyre; sólo que la expatriación de Vaca Guzmán fué definitiva, hasta después de la muerte.

Rafael Ballivián—el poeta juvenil de *La senda ilumi-*

nada, poemas agradables, encantadores muchos de ellos y que en *Comentarios marginales* se muestra como analista perspicaz, ya que esa obra equivale a una revisión certera de ciertos valores de la literatura boliviana que comenzaban a olvidarse—emite este juicio sobre el autor de *Sin esperanza:* "El que no ha tenido en sus manos un libro de Vaca Guzmán ignora a uno de los más grandes escritores bolivianos, sólo comparable en su valimento a René Moreno". "Nunca parece un escritor de otro tiempo. No es sólo la oportunidad perenne de su ideología lo que seduce, sino también sus cualidades temperamentales que resultan fuera de su época". La predilección de Vaca Guzmán por los temas de carácter social y psicológico se manifiesta en dos de sus novelas: *Días amargos* y *Sin esperanza,* en las que el interés se sostiene sin desfallecimientos, a través del dramatismo de la intriga y la transparencia del estilo. Vaca Guzmán no se propuso dar un definido color local a sus novelas. La acción de *Días amargos,* que se desarrolla en el Buenos Aires de su tiempo, pudo colocarse en cualquiera de las capitales de Hispanoamérica, y un anónimo pueblecito, perdido en los valles bolivianos, es el vago escenario de *Sin esperanza.* Esta última novela contiene, sin embargo, algunos toques descriptivos que retratan el abandono en que vejetan todavía algunos de esos villorrios: "¡Qué triste, qué horrible era aquel estrecho cementerio de aldea! En el recinto de su pequeño cuadrilátero de tierra rodeado de muros grises, rotos por aquí y acullá, entreabiertos como la dentadura irregular de una calavera, se alzaban algunas cruces de madera pintadas de negro." "Sepulcros vacíos, recién abiertos, que parecían bocas hambrientas esperando recibir su presa

para engullirla y deshacerla en las entrañas de la tierra". "Por doquiera una vegetación negruzca, áspera, salpicada de flores amarillas, sustentada por la humedad del suelo y la grasa de los despojos humanos, se erguía formando isletas diminutas o se arrastraba al borde de huecos cerrados hacía poco tiempo. Los gorriones y las tórtolas se posaban sobre las ramas endebles, columpiándose sobre algún cráneo blanqueado por el sol y la lluvia, medio oculto entre la maraña de las hierbas". "Hacia el poniente, sobre el fondo azulado de las montañas, se dibujaba la forma pesada de la capilla; una capilla chata, con su techo de aleros extendidos, cubierto de tejas, de un color rojo amoratado; con sus paredes macizas, verdosas, cubiertas de agujeros abiertos por los murciélagos; con su portal ancho, cruzado de rendijas y tachonado de gruesos clavos y con su torrecilla en el fondo, sobre cuyos chapiteles medio destruídos crecía una ramazón raquítica y amarillenta".

Fuera de Moreno y Vaca Guzmán, que frecuentaron en el extranjero bibliotecas copiosamente abastecidas, la crítica—en su acepción más alta—no tuvo en Bolivia durante el siglo XIX otros cultivadores dignos de mención. La cultura de los escritores bolivianos era, forzosamente, en esos tiempos, de formación autodidacta. El de Agustín Aspiazu es de ello un caso típico. Este hombre que sintió de manera irrenunciable la vocación de maestro, echó mano de todos los medios que podían proporcionarle las paupérrimas bibliotecas de su país, para dictar lecciones y aun componer libros de texto destinados a la gazuza intelectual de sus alumnos. De ahí que a ese meritorio ciudadano le hayan dado sus contemporáneos el título de sabio, no habiendo sido, en el fondo, otra cosa que un apreciable es-

critor frustrado por sus veleidades científicas... Hoy día, las cosas han cambiado. En diarios y revistas aparecen, con frecuencia inusitada en otros tiempos, firmas enteramente nuevas que discuten temas filosóficos, comentan libros e ideas que van surgiendo en el horizonte de la cultura universal. Es éste un síntoma inequívoco de que se han acrecentado en Bolivia sensiblemente los medios para la difusión del pensamiento y de que las generaciones novísimas están animadas de una firme voluntad de renovación.

En cuanto al ensayo estético y filosófico, tiene éste en Franz Tamayo, autor de *Horacio y el arte lírico* y de *Proverbios*, a un representante de valía; y su obra habría sido más fecunda si, perseverando en el campo en que realmente estaba llamado a ejercitar—como en el de la poesía—sus facultades excepcionales, no se hubiese desviado por otras sendas que, en vez de conducirlo a la realización de posibles obras maestras, no guardan ni una sola huella duradera y fecunda de su talento incuestionable. El nombre de Tamayo—en cuyo libro *Creación de la pedagogía nacional*, los problemas patrios son estudiados con detenimiento—es un nombre que no puede pasarse en silencio cuando se alude al proceso de la cultura en Bolivia.

La influencia de René Moreno ha sido decisiva en algunos escritores y no sería difícil descubrir puntos de contacto entre su manera de escribir la historia y la de Alberto Gutiérrez, por ejemplo. El estilo, correcto y en ocasiones elegante del autor de *La Guerra de 1879, El melgaregismo, Hombres y cosas de ayer* y otras obras de mérito, es también el de un juez severo y, a veces implacable, a lo René Moreno. Esta característica severidad, común a los mejores historiadores bolivianos, probaría que no adolecen de

un nacionalismo cerrado y chauvinista... La influencia se nota también en Arguedas, aunque éste sea, en el fondo, un romántico ("el primero—dice el escritor chileno Rodríguez Mendoza—que ha teñido de color y de emoción la historia boliviana"), y Moreno un clásico. Moreno tiene, además, algo que Arguedas desconoce: el humorismo. La vena humorística del autor de *Los últimos días coloniales* zetea en muchas de sus páginas abriendo fugaces paréntesis de discreta ironía en la sustanciosa gravedad de su prosa. Los rasgos biográficos de Nicomedes Antelo—"un coterráneo sin ninguna actuación sobresaliente", dice Enrique Finot en su *Elogio de Gabriel René Moreno*, pero a quien Arguedas llama "pensador distinguido"—son uno de esos paréntisis en que el autor, burla burlando, gustaba dar desahogo a la intimidad de sus recuerdos personales.

El cultivo de la historia ha ocupado en Bolivia, desde los primeros años de la República, a muchos hombres estudiosos. Hubo quienes, desde Manuel José Cortés a Pedro Krámer y José María Camacho, abordaron la historia general compendiada de Bolivia; otros, como Genaro Sanjinés, la de determinadas administraciones presidenciales; y otros, en fin, el género biográfico, como José María Santiváñez. La obra emprendida por Sabino Pinilla habría sido un monumento inapreciable a juzgar por lo que se ha salvado de un aciago accidente en su *Creación de Bolivia*. Ignacio Prudencio Bustillo, autor de la *Vida y obra de Aniceto Arce* y de otros trabajos de crítica histórica y literaria, notables por la elegante sobriedad de su prosa y la firmeza de su método analítico, fué arrebatado por una muerte prematura a la historiografía y a las letras. Fatalidad que segó también la noble juventud de Alfredo H. Ote-

ro, quien se iniciaba airosamente en el análisis de la historia política de Bolivia. El ensayo histórico, con proyecciones continentales, ha dado una valiosa contribución a la bibliografía boliviana con *Bolívar pacifista,* de Enrique Finot, escritor y diplomático cruceño, autor, entre otros trabajos, de una novela satírico-politica: *El cholo Portales.*

* * *

"La música es el alma de ese pueblo", se ha dicho del de Santa Cruz de la Sierra. La poesía pudo también haberlo sido. La poesía, cálida, desbordante, incontenible, que en cadenas de trinos o en borbotones rítmicos brota de las gargantas de los innumerables ruiseñores del trópico en América. Pero aquel pueblo sensible, sensual, apasionado, afectuoso y expansivo, contó apenas con unos cuantos poetas menores. Ninguno, al menos, que se aproxime, en el verso, a lo que en la prosa representa el gran René Moreno. Rafael Peña el romántico; Plácido Molina, el cantor de *Mi tierra;* Emilio Finot—¡muerto tan joven!—autor de poesías familiares y patrióticas, incansable huroneador de bibliotecas y que tenía—dijo Reynolds—"corazón de paloma como el del Nazareno"; Rómulo Gómez que celebró con gallardo acento a su tierra nativa y murió trágicamente, casi desconocido... Hoy hay uno que se anuncia con más enérgicos perfiles: Raúl Otero Reiche. Plácido Molina es autor de un poema, único en su género que bien valdría la pena reproducir íntegramente:

Entre el ramaje espeso
que un sol de primavera
baña con su esplendente llamarada,

álzase como rey de la floresta
el *cuchi* que al acero
disputará su fuerza...
El *mapojo*, soberbio
gigante de la selva...
Encúmbrase el *tajibo*, que sus bellas
flores y hermoso tinte
ofrece y la madera
con que hace el hombre su campestre casa
y el corral de su hacienda;
el *guayacán* fragante
que en mil variados tintes colorea.
El membrudo *bidosi*, que a la palma
por entero rodea
con tal solicitud, que al fin la ahoga...
Y yergue su soberbio
tallo el *palo-maría* en el que ahueca
el industrioso indígena
la veloz "platanera"
en que vence a los rápidos
raudales...
Como rico presente de los bosques
las frutas dan su cuádruple cosecha...
Las rugosas *ambaibas*
en la humilde apariencia
de encallecidos dedos guardan dulce
más regalado que la miel hiblea...
Del ocoró y *achachairú*, las pulpas
acidulas ansioso paladea,
para el calor refrigerante bálsamo,
el que cansado llega...
De altivo *sumuqué*, la cabellera
con las nubes se roza;
labra el salvaje la temida flecha
con la *chonta* acerada
que perverso envenena;
sus flores bien olientes da el *seyeye*,

y del lago en recóndita ribera
su fibra la valiosa *jipijapa.*
A lo lejos las hojas rumorean
del *totaí,* del *motacú* y del *cuci,*
en cuyos duros cocos se concentra
bálsamo que abrillanta
el luengo pelo a la gentil mojeña
y en los sabrosos gérmenes
escondidos alientan
cucurusíes—lumbre de los bosques...
Mientras que en la ancha ciénaga
crece el árbol fecundo al que denuncia
en el bosque avecilla mensajera:
es el *árbol del oro*
que improvisa, cual mágico, riquezas.
En noche tenebrosa,
y cual solemnes ecos de la selva,
se oye el canto pausado y lastimero
del guajojó, que cuenta
las pasados historias de la raza
del guaraní, guerrera,
y narra de los campos
olvidadas y trágicas leyendas...

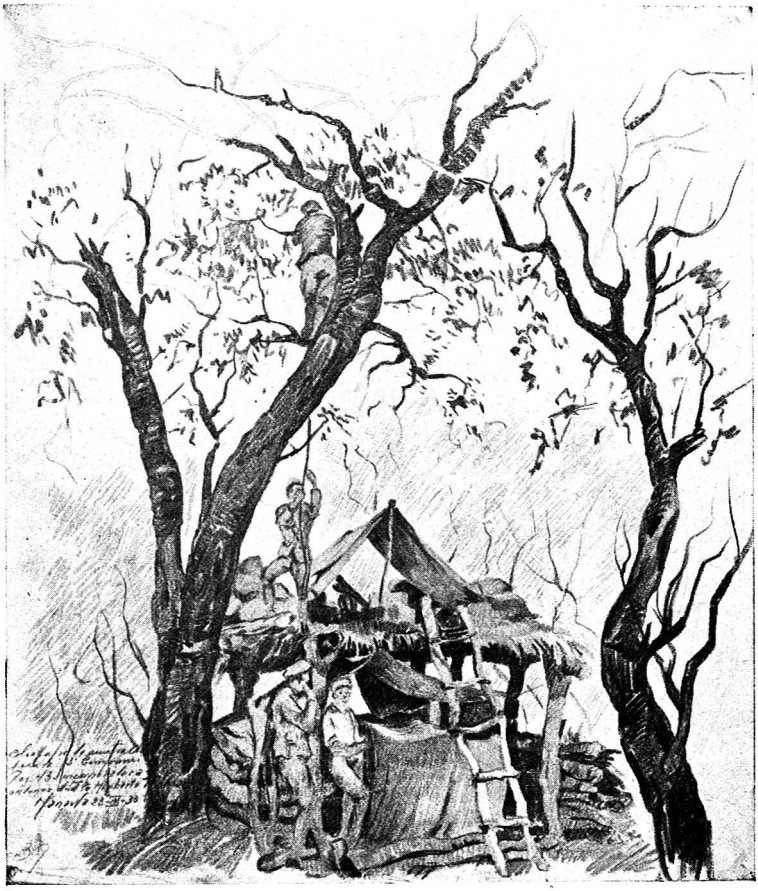
Entre los prosistas, Alfredo Flores ha reunido en *Quietud de pueblo* y *Desierto verde,* algunos "apuntes, tipos y costumbres" de su tierra. Algo más que lo enumerado por su autor contiene el segundo de esos pequeños libros. Si no es larga la lista de novelas de costumbres escritas en Bolivia, tampoco es la de los libros de cuentos inspirados en la observación directa y minuciosa de caracteres, lugares y modalidades regionales. Hay en *Desierto verde* algunos de la más pura extracción vernacular que anuncian en Flores al cuentista magistral y acaso, en germen, al futuro novelista. Las figuras del bandido Hurtado, del

Sargento Charupás, del negro Martín, están trazadas con gran vivacidad. Otros cuadros tienen una gracia y naturalidad que recuerdan a Azorín: "Don David es maestro de escuela en un pequeño pueblito del camino. Este pueblito se llama Motacucito y sus veinte casitas están edificadas sobre una loma verde". "La escuelita se halla al borde del camino. Está edificada sobre un pequeño potrerito, verde como la loma. Una que otra florecilla del campo, pone su manchita roja, amarilla o blanca sobre la grama. La casita pertenece a don David y es limpia, fresca y clara. Una docena de chicuelos rodean al viejo maestro". "La tarde cae lentamente. La loma parece más verde, el potrerito más fresco, las florecillas más erguidas, la casita menos clara. Don David ha despedido a los alumnos y marcha despacio, pausadamente, en dirección de la casita de don Lizardo. Llega, entra y toma asiento como en casa propia". "Don Lizardo le mira y pregunta:

—¿Muy cansado, don David?—Y sin esperar respuesta agrega—: A ver, Rosa, un cafecito para don David.

Don David no responde mira en todas direcciones con sus ojazos de hombre bueno, lanza otro largo suspiro y espera pacientemente el cafecito".

LÁMINA NÚMERO 6



EL CHACO Y TARIJA

EL CHACO Y TARIJA

La naturaleza que en Santa Cruz se despojàra en parte de su selvático atavío para revestirse con el manto de las praderas infinitas, vuelve en la zona del Chaco à prodigar los caprichos de su inagotable fantasía. Pero aquí el paisaje asume un aspecto diferente: àl laberinto inextricable de la selva beniana y a los fastuosos campos cruceños, han sucedido los matorrales erizados de espinas y los bosques ralos de árboles enànos que apenas si proyectan una sombra mezquina sobre el polvo sutil y deleznable del desierto. Es aquella una tierra hostil a los hombres y a las bestias, caldeada por el sol, a través de una atmósfera inflamada, o sacudida en bruscas arremetidas por el *surazo,* viento helado que llega en saltos convulsivos de las pampas de allende el Pilcomayo. Diríase que allí no solamente el hombre, sino la naturaleza misma sufre las violentas alternativas de la fiebre... Arenales resecos, en invierno; llanuras inundadas, en verano. El agua, o falta por completo y una sed espantosa hiende y esponja la lengua de hombres y animales, o cae del cielo en abundancia tàl, que lo arrasa y lo sepulta todo, formando grandes sábanas verdosas como los tremedales sobre las que flota el velo espeso y móvil de miriadas de insectos...

El curso de los ríos, mucho menos numerosos y cauda-

losos que en El Beni, sigue una opuesta dirección a los de aquel departamento y va a engrosar el caudal de esas dos grandes arterias de la cuenca del Plata: el Paraguay y el Pilcomayo. "El Pilcomayo, o río de los pájaros, se desliza perezosamente, trazando infinitos meandros cuyas sinuosidades son la desesperación de los hidrógrafos; y si muchos exploradores corrían riesgo de ahogarse en sus ondas no pocos estuvieron a punto de morir de sed en las vecindadas de sus inciertas orillas", escribió Francisco Iraizós, personaje que gozó de gran reputación de erudito en lenguas muertas y literaturas antiguas, pero que no ha dejado otra cosa que un folleto publicado en 1901, *El Sudeste de Bolivia,*

En *Tierras ardientes,* Costa du Rels describe las peripecias de un intenso drama de amor, de odio y de brutalidad que tiene por escenario una región limítrofe del Gran Chaco, rica en yacimientos petrolíferos, en las inmediaciones del río Parapetí. Costa du Rels sufrió a su vez la atracción del bosque y escribió *Tierras ardientes,* que es algo así como el embrujo del petróleo. Es ésta una novela psicológica en que los caracteres se acusan con singular relieve, al mismo tiempo que una pintura vigorosa de la naturaleza y las costumbres casi feudales de esas apartadas comarcas. Entre las figuras centrales de la obra, la de don Pedro Vidal, señor de vidas y haciendas, es realmente la de un personaje inconfundible. Brutal, egoísta y lujurioso—en contraste con el de doña María, encarnación de las virtudes de abnegación, lealtad y dulzura de la mujer boliviana—es el del senador Pedro Vidal un temperamento en el que todos los instintos primitivos de la selva se mezclan, sin disminuir de intensidad,

con los bastardos apetitos del hombre de la ciudad acostumbrado a mangonear sin escrúpulos en los corrillos de una funesta politiquería. Un tipo, en fin, de cacique criollo, fauna de la que no han sido aún libertadas del todo las naciones de la América Española.

Algunos párrafos de *Terres embrasées,* que es también una novela de aventuras, en la que la ficción se funde con la realidad, sin disonancias ni situaciones forzadas, impuestas por una intriga artificiosa, y que traduzco de mala manera, darán una idea del aspecto de esas regiones que Costa du Rels ha recorrido, poniendo en las impresiones recogidas la magia de su estilo: "Llegamos sin incidentes al importante pueblo de Monteagudo, capital de la provincia del Azero. Es aquí que comenzamos a darnos cuenta del inmenso poder de don Pedro Vidal. Las cuatro quintas partes del lugar le pertenecían. El suprefecto era su sobrino. El jefe de policía, el maestro de escuela y el juez de paz, sus ahijados. En cuanto a los puestos de menor importancia, estaban todos en manos de hombres ligados a él por una lealtad varias veces comprobada. El cura, su hermano, había muerto, y no se lo había reemplazado en espera de que uno de los bastardos de este santo varón, alumno en el Seminario de Sucre, recibiera la investidura sacerdotal..." "A medida que avanzábamos, se hacía más robusta la vegetación; el paisaje, después de la aspereza brutal de las altas mesetas, era un alivio para los ojos. Los Andes, que habíamos dejado detrás de nosotros, parecían aún pisarnos los talones, viniendo a expirar en pequeñas cordilleras onduladas en que silbaban mirlos invisibles." "De trecho en trecho, algunas cabañas acurrucadas bajo el signo de interrogación del humo de las chi-

meneas. Y luego, a pérdida de vista, grandes plantaciones de maíz cuyos tallos esbeltos parecían cercar de verde el cielo, al horizonte. Silencio de los campos lacerado por un vuelo de ave o mecido por el murmullo de arroyos parladores... Nos cruzábamos a menudo en el camino con caravanas que venían del Oriente, cargadas de canela, de azúcar, de vainilla. Los hombres llevaban en el rostro la marca de la anemia de las canículas y el aire grave y distante. Los veíamos venir, luego alejarse al paso lento de sus mulas, y nos embriagaban, al cruzarnos con ellos, sus perfumes de reyes magos." "De lo alto de una colina que escalamos penosamente a causa de la inextricable vegetación, divisamos El Mataral. Un valle inmenso, tornasolado por innumerables matices verdes, con toda la insondable floresta tropical en torno suyo, se extendía por las pendientes de la cordillera del Iñao. Un río, cuyo rumor percibíamos apenas, describía un semicírculo, y luego, desembarazándose de un tumulto de arbustos que parecían haber acudido allí para verlo pasar, se escapaba hacia el Norte por una especie de estrecho corredor. Los últimos rayos del sol posaban sobre la cresta de las cumbres una ligera bruma dorada. Y allá, en el fondo, en medio de los campos, tímida y como esfumada, la mancha blanca de un edificio: la casa de hacienda." "Al frente, a pérdida de vista, más allá de la garganta luminosa por la cual el río y la floresta, como dos cómplices, parecían escaparse en comandita, estaba el Gran Chaco con sus misterios y sus maleficios."

Con un conocimiento profundo de las características geográficas de su patria y de los fenómenos históricos a que dieron lugar, y con ese don de extraordinaria lucidez

que ha informado siempre la elección de sus temas de preferencia, Jaime Mendoza nos enseña en *La tesis andinista* cómo lo que se llama el Macizo Andino ha gravitado desde muy antiguo, y cual si obedeciera a una ley inexcusable, con su aporte de hombres y civilizaciones sucesivas, sobre la región de los inmensos llanos que se extienden entre los ríos Paraguay y Pilcomayo; y cómo esa fuerza expansiva de la "estupenda masa orográfica", transformándose, o, mejor, desdoblándose en fuerza de atracción, determinó también, en la época de los descubrimientos, una impetuosa corriente de ambiciones humanas que subía de la hoya platense y de la mesopotamia paraguaya, hacia lo que los conquistadores llamaron codiciosamente la "Sierra de la plata". Y he aquí cómo Mendoza explica por qué el Chaco Boreal no es sino "la simple prolongación hacia el sureste de las postreras derivaciones del Macizo Boliviano, sobre la ribera oriental del Pilcomayo": "El Pilcomayo lo hizo desde hace milenios, y lo sigue haciendo todavía. El fué el gran vehículo que, bajando desde las nevadas cumbres del Macizo hasta la oquedad que dejaron a sus plantas en descubierto los mares silurianos al retirarse en remotas épocas geológicas, la fué rellenando con los múltiples materiales que arrastraba a su paso. Y él fué, y es hoy mismo, el mensajero eterno entre la nieve que corona la testa del Macizo y las tierras candentes que cabrillean a sus plantas; entre la morada del cóndor y la del puma; entre la yareta que cubre las rocas a cinco mil metros de altura y el quebracho que hunde sus fuertes raíces en la arena chaquense, apenas a un centenar de metros sobre el mar. Impetuoso o sereno, furibundo o manso, el noble río ha hecho su obra como un verdadero

artista. El arrancó desde las canteras del pórfido las rocas duras, las quebrantó impertérrito y paciente, las redujo después a menuda granza y, por fin, a ésta misma, la transformó en la fina arena que cubre la mayor parte del Chaco. Y él, ahora mismo, va prosiguiendo su obra milenaria. Por eso decimos que el Chaco es hijo del Pilcomayo. Y puesto que el Pilcomayo es uno de los grandes ríos que en el Macizo Andino descienden desde sus mayores alturas al Chaco, se puede decir, igualmente, que el Chaco es hijo de los Andes."

La obra de la naturaleza debía ser continuada por el hombre, y esa misión estuvo encomendada, primero, a Tihuanacu. Luego, pasadas centurias y centurias sumidas hasta hoy en una oscuridad que las ciencias históricas no han podido disipar, sobre los cuatro ámbitos del Tahuantinsuyo—que significa los cuatro Antis correspondientes a los cuatro puntos cardinales—surgió el imperio fundado por el primer Inca: Manco Kápajh. Irradiando de su capital, el Cuzco, la autoridad y la cultura de los Hijos del Sol se extendieron hacia las "cuencas amazónica y platense, dejando en ellas, hasta distancias enormes del núcleo central, los rastros inconfundibles de su paso, tal como nos lo revelan allí los hallazgos que se hacen de objetos de alfarería y cerámica, herramientas metálicas, inscripciones en las rocas.,." Y cuando a su vez el Imperio del Sol fué sojuzgado por los hombres blancos, la "Sierra de la plata"—cuyo núcleo era esta vez, no ya Tihuanacu ni el Cuzco, sino el "Monte Excelso" o Potosí—volvía a irradiar hasta los confines más lejanos, tentando a algunos aventureros que, al subir por el Paraná y el Paraguay, mueren a manos de los bárbaros sin haber entrevisto si-

quiera aquel Macizo cuya fuerza de atracción les fué funesta... Uno solo, el más aguerrido y tenaz, Ñuflo de Chávez, penetra muy adentro en el desierto, camino del Macizo. Mas he aquí que en lo mejor de sus andanzas tropieza con otro conquistador no menos decidido, Andrés Manso, quien, dando la espalda a la "Sierra de la plata", salió de Charcas para recorrer el Chaco... Pero a ninguno de ambos heroicos capitanes fué por largo tiempo propicia la fortuna: Manso, el fundador de la Villa de Santo Domingo de la Nueva Rioja, sobre el Parapetí, y Chávez, de la primera Santa Cruz de la Sierra, mueren al cabo asesinados por los bárbaros. Y cae sobre esa parte de América la modorra colonial. Ya no hubo capitanes que igualaran las empresas de Chávez y de Manso. Las rutas abiertas por el esfuerzo de sus brazos y de sus corazones animosos, se vuelven a cerrar, extranguladas por la selva.

Y vino luego la República. Alcides d'Orvigny, que había estudiado concienzudamente las tierras del alto Paraguay, "señalaba a los altoperuanos esa arteria fluvial como el mejor canal de salida al Atlántico", en esa dirección. Y empieza entonces la serie de expediciones que a lo largo del siglo XIX ha ido dejando en los desiertos del Chaco la huella del esfuerzo boliviano. La de Daniel Campos, en 1883, es una de las más dramáticas. Hijo de la Villa Imperial de Potosí, poeta romántico, cantor apasionado del amor en cuyo fuerte corazón prendió también la llama del heroísmo, Campos renueva, a la inversa, la hazaña de Chávez que, siglos antes, había ido a Potosí desde Asunción. Bajando el poeta expedicionario a lo largo del Pilcomayo, llega, "con un puñado de soldados andinos", a los Esteros de Patiño. Y es aquí donde comienza el dra-

ma... Pero dejemos a Campos que lo refiera él mismo, sin cambiar un punto a su relato de sencillez patética: "...a las cinco horas se precipitaba ya la catástrofe. Se hinchó la garganta de algunos, la lengua de otros se esponjaba hasta privarles del habla. Dos o tres se habían desplomado exánimes pidiendo se les matara ahí porque les era imposible continuar. Los caracteres más firmes empezaban a doblegarse. Un expedicionario traía consigo a un niño de trece a catorce años; ambos iban juntos, a retaguardia, como temiendo que la muerte los sorprendiera separados." "A pocos pasos del grupo conmovedor se halló a un soldado rendido en el suelo. Quiere incorporarse ayudado de su su fusil; interpreto mal su intención que considero hostil, y cuando trato de precipitarme adelante, "agua, señor, agua por Dios", exclama y cae desfallecido. ¿Quién podría pesar la agonía de mi alma en esas horas? Yo había determinado esta expedición y cada mirada de esos mártires de su deber, caía sobre mi corazón como un remordimiento..." Con un esfuerzo sobrehumano, hecho de desesperación, los expedicionarios prosiguen la ruta hacia la capital del Paraguay. Otra de las expediciones memorables, pero que no tuvo la feliz coronación de la de Campos, fué la encabezada por el francés Thouar que llevaba como segundo a un hijo de Santa Cruz de la Sierra, el doctor Nicolás Ortiz y entre cuyos compañeros iba su compatriota Teófilo Novis, posteriormente profesor de dibujo en el Colegio Azul, de Sucre, que dirigió el ferviente bolivianista Adhémar Géhain. Novis publicó, ilustrados por él, divertidos relatos novelescos de sus aventuras en el Chaco.

"Andinismo" y "Orientalismo" son dos corrientes de

energía que, partiendo de opuestas aunque convergentes direcciones, tienden a realizar la unidad geográfica, étnica y política de Bolivia. Está unidad se impone, no por conveniencias o necesidades más o menos transitorias, sino porque la geografía es una realidad que no puede contrariarse impunemente. La montaña no podrá vivir sin el aliento de la selva y ésta permanecerá en su salvaje estado de naturaleza sin el impulso de aquélla. En la era preincaica, con Tihuanacu, en la precolombina con el Imperio de Tahuantinsuyo, durante la conquista y la colonia con la Sierra de la plata, esa unidad fué un hecho. La República con el esfuerzo de sus estadistas—no siempre bien orientado por desgracia—, con el heroísmo de sus exploradores, con la paciencia y complacencia de sus diplomáticos, se empeñó en que se siguiera dando cumplimiento a ese mandato geográfico refrendado por títulos jurídicos... Pero el hechizo de la plata (que fué hechizo de la goma en el Acre y del salitre en la costa del Pacífico), y que tanto alucinó durante la Conquista a los paupérrimos pobladores del Paraguay, se trocó, en estos últimos tiempos, en el del petróleo, en cuyas espesas linfas, yacentes al pie de las últimas estribaciones del Macizo, pusieron el ojo de la concupiscencia los capitalistas extranjeros, quienes, armando luego el brazo del hombre de los bosques de más allá del río Paraguay, lo lanzaron en una lucha fratricida contra el hombre del Macizo... Y ni la geografía, ni la historia, ni el derecho sirvieron para nada, y se confió a la victoria de las armas la solución de lo que sólo por la razón y las mutuas conveniencias podrá lograrse se convierta en fecunda realidad para los dos pueblos que se desangraron en el Chaco inútilmente.

* * *

La guerra del Chaco, de infinita crueldad, más que contra el hombre, contra una naturaleza despiadada, ha revelado a un poeta: Raúl Otero Reiche. En sus *Poemas de sangre y lejanía,* Otero Reiche traduce el dramatismo de la guerra, sin alardes de un patriotismo que no está en las palabras, sin gritos de odio, sin convencionales alabanzas a los bravos que trabajaron en la faena espantosa. Esos poemas nos dan una visión directa del monstruo que se tragó, entre los mejores, al escritor Alberto de Villegas. En el libro del poeta-soldado hay fuertes descripciones de esa "Tierra sedienta":

Tierra seca y salobre, retostada de ocasos
que atormentan las fiebres y enrojecen las savias
de los bosques enjutos, retorcidos de angustia;
silenciosos y tristes quebrachales obscuros.
Sed profunda, insaciable, de las pampas estériles,
sin senderos, sin huellas, sin un surco de agua,
desoladas, inmóviles, grandes sábanas grises
que atirantan los vientos trasmontados del sur.
Torturada y quemada, pobre tierra sufrida
que ahora gimes y tiemblas bajo el rudo dominio
del dolor, de la ira, de la envidia, del odio
y ante el rojo deshiele de las lunas de sangre.
Al final, cuando el grito de amenaza se rompa
y el silencio derrame sus caudales de estrellas,
tus boscajes, que hoy arden en el trágico incendio,
quedarán para siempre con sus ramas en cruz.

Notas de una inmensa ternura, como en *Inri*:

Laureles rojos floreció tu cuerpo
¿y qué más por la patria?
Un nombre, el de tu madre
dicho sencillamente,
desfalleció en tus labios fríos.
Lejos al panorama atormentado
de la tierra podrida de cadáveres,
sudorosa de lágrimas y sangre.

Aguafuertes de gran intensidad, como en *La retirada*:

Caravanas de sombras
cargadas de silencio,
surgían jadeantes del seno de la tierra
y se iban alejando bajo la media luna
por las ásperas grietas
del gran bosque de acero...

O en los versos de

Eramos veintisiete:
tres escuadrones en una interrogación.
En los labios silencio,
y en el pecho explosión.
Crepitaban los bosques deshojados en llamas
y en la noche rugiente ya éramos veintidós.
Como una hoja de acero
blandía nuestra voz.
Latigazos sonoros
fustigaban la selva en un solo temblor
y la bestia salvaje
rugía de dolor.
Desangraba la noche

como una hoja vibrante de un filoso puñal
y éramos entre el humo del fantástico incendio
la visión pavorosa de una mente infernal.
Estampido incesante,
pulsaciones isócronas de la fusilería,
y como puñaladas
los gritos de otro nuevo valiente que caía.
Eramos veintisiete
bajo la indiferencia de las constelaciones
y, al resplandor purpúreo del nuevo amanecer,
tan sólo se escucharon cinco detonaciones.

La guerra del Chaco que ha producido una copiosa literatura, dispersa aún, en gran parte, en las hojas efímeras de la gacetería, dió ya asunto, en 1933, a "Nolo Beaz" (Gustavo Adolfo Otero) para su novela *Horizontes incendiados*, en la que el autor, dejándose llevar por su indignado patriotismo, recarga contra el adversario la nota satírica, restando así intensidad a la gravedad del motivo. Cesados ya los fuegos, han ido apareciendo algunos libros: *El martirio de un civilizado* de Eduardo Anze Matienzo, *Aluvión de fuego* de Oscar Cerruto, *Sangre de mestizos* de Augusto Céspedes. La crítica, al ocuparse del primero y el último, ha invocado el nombre de Remarque, estableciendo, más o menos de pasada, analogías y diferencias. En efecto, Anze Matienzo y Céspedes pusieron en ellos su experiencia personal de la tragiedia. Pero los episodios de la guerra del Chaco son mucho más terribles que los referidos por Remarque, porque "¿qué tienen que ver esos soldados del Chaco—se pregunta Anze Matienzo—con los guerreros del resto de la humanidad?" A los del Chaco, después de la victoria o la derrota, sólo les espera el cansancio, el hambre, la sed, la fiebre, los mosquitos, los

piojos y la mugre... El infierno en vida. Pero el martirio del civilizado, ante la estúpida inutilidad de la matanza, es, más que de la carne, del espíritu: "Por ese mar de árboles enfermos, navegaban unos cuantos miles de soldados locos. Atravesaban el desierto: se movían sin agua ni alimentos, realizando proezas, a fin de vencer la naturaleza y dominar las distancias. ¿Con qué objeto? Simplemente con el de destruirse."

En *El martirio de un civilizado*—pasados los primeros capítulos, débiles e innecesarios—se suceden, descritas en lenguaje crudo y preciso, dejando un estremecimiento de horror en el espíritu, escenas de crueldad, de odio, de salvajismo, de desesperación y de locura. El civilizado Mario Orgaz que sobrevive a la tragedia, ha visto a cuántos compañeros suyos caer, uno tras otro: el pobre Max, tímido y sensible prefirió el suicidio al suplicio del miedo; Juan Rod que la sed y la insolación enloquecieron, murió bajo las balas compasivas de su amigo; el indiecito Liquitay, humilde y servicial, "cayó de espaldas, con la cara sonriente vuelta al sol, mirando su luz profunda, que fué la única de su vida." Ya de regreso a su ciudad natal, Mario ve todas las noches a una vieja demente que, agarrada a las rejas del atrio de una iglesia, pide al Jesús del Gran Poder la vuelta de su hijo... "Mario, taciturno y vencido, inscribió esa imploración en el *gran total* del balance de la guerra..." A despecho de esta conclusión desoladora, el libro de Anze Matienzo no es un libro *derrotista.* Ausentes están de él tanto el chauvinismo como la vaga ideología negadora del concepto de patria que propugnan algunos como Tristán Maroff (autor de *El ingenuo continente americano,* libro interesante bajo ciertos aspectos), y que

está reñida con la de un socialismo no extremista, verdadero régimen del porvenir para países que, como Bolivia, tienen problemas cuya solución no se han propuesto los sistemas de gobierno puestos en práctica hasta ahora.

Aluvión de fuego de Oscar Cerruto, uno de los escritores más brillantes de la actual generación, "no es la guerra misma"—como observa el crítico chileno Mariano Latorre—sino "el reflejo de la guerra en un hombre inteligente y sensible. Aparece el indio colectivamente y la masa que se subleva contra sus jefes militares no es sino la profecía de un socialista convencido..."

Augusto Céspedes, que ya había empezado a fijar la atención con crónicas y artículos personalísimos sobre temas diversos, ha obtenido un gran éxito con *Sangre de mestizos,* "relatos de la guerra del Chaco" de dramática y palpitante realidad, y de los que un escritor chileno notable por la valiente independencia de sus juicios, Joaquín Edwards Bello, ha dicho: "... ninguna obra de *réclame* comercial o turístico podrá encender tanto amor a Bolivia como las páginas de Céspedes", y agrega: "Céspedes acrecienta el drama universal y nos interesa enormemente por Bolivia". "El libro es algo vivo, crepitante; no decae jamás." En el primero de esos relatos, un puñado de espectros acuciados por la sed perforan las entrañas de la tierra y "avanzan por aquel camino nocturno, por esa caverna vertical, obedeciendo a una lóbrega atracción, a un mandato inexorable que les condena a desligarse de la luz, invirtiendo el sentido de sus existencias de seres humanos." Después de varios meses de esfuerzo alucinante aquel "pozo maldito" sólo sirvió de sepultura a los mismos que lo abrieron... En *El milagro,* otro càravana de

espectros "bajo la lluvia de alfileres de sol que atravesaban el ramaje desnudo", "imitaba una cadena de forzados, hollando la tierra con monótono paso de bueyes". Cruzan el bosque en el que son "el centro de una infinita semiesfera, cuyo plano lo formaba el monte lento que roncaba, bajo la curva sinfónica del chirrido plenario de las cigarras unánimes", hasta que una lluvia milagrosa los devuelve a la vida. En *Seis muertos en campaña,* un ex hombre, prisionero de los paraguayos, al contar algo de lo que ha visto en la guerra, escribe: "...generalmente me olvido de lo que quiero decir y ahuyento las palabras para quedarme mudo, por dentro y por fuera, siendo así que lo único que ya vive en mi cuerpo son mis palabras y mis piojos." Estas son quizá las páginas más intensas del libro. En él figuran también dos historias de amor, *La coronela* y *La paraguaya,* en las que se ve cómo los horrores de la guerra no anulan en el hombre los violentos impulsos de la carne ni la inefable aspiración sentimental...

La nota que con una persistencia de pesadilla interminable predomina en estos libros así como en esos intensos *Cuentos chaqueños* con que G. Pacheco enriquece la serie—es la de la sed. Y no sólo los escritores, sino también los pintores que han estado en el Chaco—Reque Meruvia, Guzmán de Rojas, Raúl G. Prada—han descrito en sus cuadros el suplicio de la sed. Reque Meruvia y Guzmán de Rojas en sus escenas de la guerra y Prada en sus paisajes, en los que ya no es el hombre el que la sufre, sino los árboles leprosos, la tierra enferma y hasta el aire mismo que pesa con pesadez de plomo sobre el suelo maldito, víctima de la "tragedia geológica" que allí se desarrolla, como puntualiza ese magnífico ensayista tarijeño que es Federico

Avila, al comentar en un ensayo admirable los paisajes de Prada: "Geológicamente es, en efecto, el Chaco, un problema. Vale decir, una tragedia. Terrible tragedia, ya que estas tierras avaras, de sol calcinante, de árboles dantescamente retorcidos por el martirio, de un conjunto de inmensidad hostil que contagia al hombre su angustia cósmica, no tienen, como en otras regiones del planeta, una fisonomía propia, un acento uniforme, una regular constitución geológica." "Y si a tales inmensidades hostiles y avaras, agregamos la presencia de esos árboles dislocados por el martirio, de esos zarzales *que se debaten en su propia ruindad,* de esa objetivación perfecta del arenal, del polvo menudo que se incrusta por todos los intersticios, secando la garganta, tapando los orificios nasales, endureciendo la vista, tendremos, al final, la opresora sensación de la sed, la patética lucha de la naturaleza, torturada y retorcida en su porfiado empeño de vivir. En suma, la visión de lo orgánico agonizando macabra y epilépticamente, por subsistir." Pero el espectáculo de aquella naturaleza repulsiva, tiene también su compensación en ese "cielo espléndido, diáfano, puro; esas maravillosas noches, esos crepúsculos de sangre, esa atmósfera única del Chaco." En cuanto al hombre que vive en aquellas tierras (Chanes, Tobas, Chiriguanos, Chulupis y otros más), siendo allí "todo agresivo y violento", "convencido de que vive en un desierto infernal, sólo piensa en zafar, en huir deseseperadamente de él. Y esto es revelador. Nos da la clave del por qué del nomadismo de las tribus que lo habitan; del por qué de esas habitaciones provisionales y momentáneas; del por qué del aguzado instinto guerrero de esos hombres y, sobre todo, del por qué de su desafecto

para la agricultura, de su instinto cazador y su encanto por la pesca como recursos primordiales de subsistencia."

* * *

La provincia del Gran Chaco está administrativamente comprendida en el departamento de Tarija, región intertropical como la de Santa Cruz, pero de clima más dulce y de vegetación menos exuberante. Tarija es un valle cuyo aspecto semejante al del sur de España, indujo a sus descubridores a dar el nombre de Guadalquivir al río que lo riega. Tiene como capital una pequeña ciudad circundada de jardines que acentúan el parecido con las vegas y praderas andaluzas. Desde antes de la fundación de la República, este valle ha sido frecuentado por sabios paleontólogos, atraídos por el señuelo de ser aquélla una de las regiones más ricas de América en fósiles de gigantescos mastodontes y otros dignos representantes de la "fauna mamalógica de la época pliocena".

A Tarija—cuna de una familia de prosistas y poetas: Tomás, Adhémar y Amable O'Connor d'Arlach—se desciende desde la aridez del altiplano para proseguir la ruta hacia las llanuras del Gran Chaco. Ya sea que se baje de las frígidas mesetas o se suba de las tórridas sabanas, Tarija es la posada acogedora que brinda el regazo de su campiña inmarcesible al viajero que trae el vértigo de la altura o la sed ardorosa del desierto.

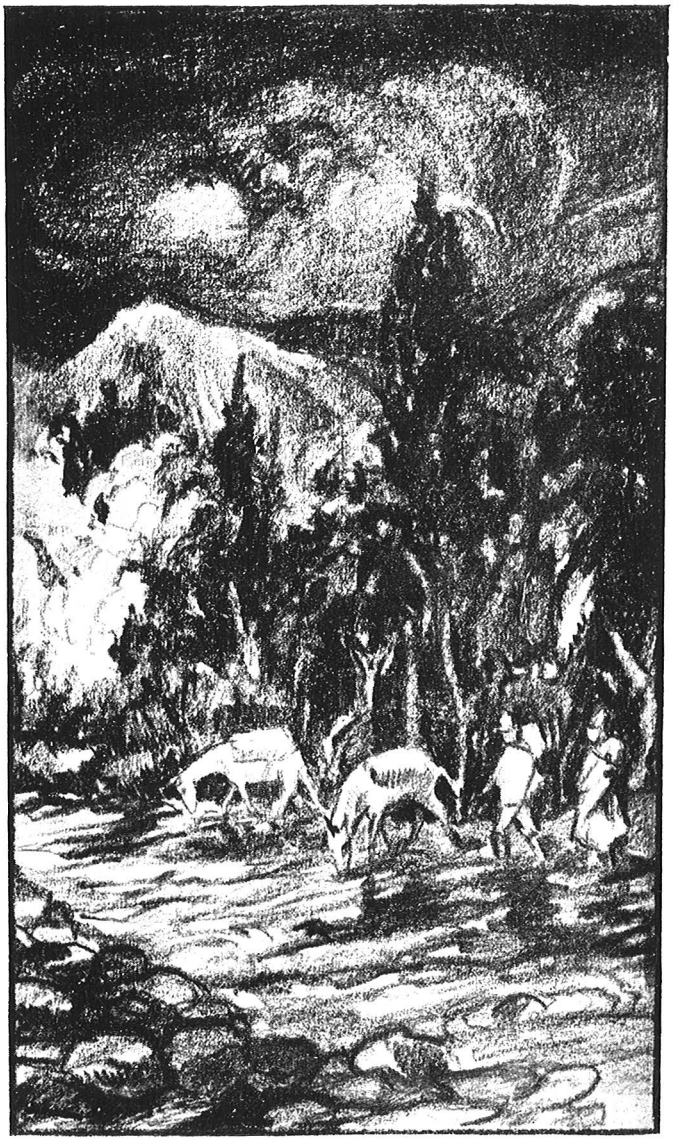
En un estudio biográfico del Presidente Aniceto Arce, de Ignacio Prudencio Bustillo, hay una pintura de lo que era, en los primeros tiempos de la República, esa ciudad, "uno de los pueblos donde la colonia ha dejado hasta hoy

hondas huellas": "Las casas de adobes, chatas, sin refinamientos arquitectónicos, aspiraban a la comodidad y no a la elegancia, y detrás de cada fachada había casi siempre un huerto bien cuidado, alegre, oloroso, grande como una hacienda... Sólo al centro de la ciudad apretujábase el caserío en torno de la casa de justicia y los edificios ocupados por las reparticiones administrativas". Y luego esta evocación de la vida colonial, aplicable aun hoy, con mayor a menor exactitud, a todas las ciudades del Alto Perú, pero, especialmente, a las de clima blando, acurrucadas en el fondo de los valles o adormiladas en mitad de las llanuras praderosas: Chuquisaca, Cochabamba, Tarija, Santa Cruz... "La vida colonial, quieta y ordenada, deslizábase sin sacudones bajo la doble coyunda del Estado y de la Iglesia. Nada, aquí, de esa agitación que encendía las almas de los levantiscos chuquisaqueños; nada de esos vaivenes bruscos de la fortuna que en el altiplano, junto a las montañas de plata, hacía nacer ciudades de la noche a la mañana y con la misma presteza las hundía en el olvido. Tarija debía su vida a la agricultura y a la ganadería. Año tras año recogía el campesino abundantes cosechas de la riente y fértil campiña que circunda la ciudad, mientras a su vista se multiplicaba el ganado en las mesetas ondulosas que, desprendidas de las enhiestas cumbres de la cordillera, se visten desde la entrada de la primavera hasta bien avanzado el otoño con el verde de sus pastales altos y salitrosos." Y era el hombre de aquellos campos, el *chapaco,* un "agricultor sedentario, pacífico y dócil, con mucha sangre blanca en las venas, como lo atestiguan todavía su barba abundante y sus claros ojos..." "Perpetuábase la colonia en las costumbres

—sigue diciendo Prudencio Bustillo—. Al toque de maitines, el vecindario acudía a misa a San Francisco; durante el día, era el vacar a las ocupaciones habituales, sin mucha premura ni empeño, el parloteo comadrero en las esquinas o delante de un mostrador, el correveidiles de las noticias políticas, siempre abultadas, el tinterillaje enredador junto a los estrados de la justicia... Por la noche, el rosario y el chocolate en casa de algún vecino notable, donde los jóvenes tejían sus redes de amor bajo la discreta vigilancia de los padres. Vida patriarcal, vida sosegada de las regiones agrícolas que, teniendo asegurado el cotidiano pan, no se agitan con la fiebre de los negocios ni se sienten espoleadas por la ambición."

EL VALLE

Lámina número 7



COCHABAMBA

COCHABAMBA

Los valles marcan la transición entre la puna y la selva. Son las zonas intermedias entre la desolación de las llanuras vecinas de las nieves eternas y la exuberancia inaudita de las regiones tropicales en que reina un verano sempiterno. Los valles son como fajas en declive que van de uno a otro de esos planos paralelos, situados a un desnivel de mil a dos mil metros. En veces se extienden libremente, formando amplios horizontes que, aquí y allí, rompen las cordilleras difuminadas por la lejanía; otras veces se desarrollan como cintas verdes entre montes pelados, a la doble vera de torrentosos ríos; otras, en fin, se encaraman por los flancos de las montañas, menguando gradualmente en lozanía hasta topar con el lindero de las punas, y descienden hacia las vegas ardientes.

En los valles la vida se desliza muellemente acariciada por un clima que apenas sufre variación con el curso de las estaciones. Un clima que ignora la melancolía de los otoños septentrionales y los bruscos y alegres desperezos de la naturaleza después del sueño blanco del invierno. El otoño que han cantado los poetas de esos valles, es un otoño convencional y puramente literario. Allí los árboles no llegan nunca a despojarse enteramente de la pompa de sus hojas, y la dorada paradoja de la "eterna primavera" es casi una realidad...

En uno de esos valles — extensa planice, verdadero jardín considerado como el "granero de Bolivia"—se alza la ciudad de Cochabamba. Los valles de Cochabamba representan la mayor densidad de población de toda la República, pues en ellos la vida es fácil gracias a la prodigalidad de la naturaleza, rica en los más variados y sustanciosos frutos... Y, sin embargo, nadie como el cochabambino tiene metidas en la sangre la impaciencia emigratoria y el ansia de aventura... Cuando se recorre esas provincias "puede verse—escribe Bedregal—a uno y a otro lado del camino, sin solución de continuidad, quintas, ranchos de campesinos, casas de hacienda. De rato en rato aparece la señal llamativa de una venta de *chicha,* la bebida cochabambina por excelencia. Ante el largo carrizo del cual pende la muñeca anunciadora, son raros los jinetes y peatones que resisten a la tentación de pararse, atraídos por la dorada y clásica bebida." La clásica bebida en cuya calidad rivalizan, como en punto de honor, las distintas provincias cochabambinas...

Famosa sobre todo por las heroínas que dió a la causa en los tiempos homéricos de la lucha por la independencia, la ciudad de Oropesa de Cochabamba conserva la fisonomía común a todas las ciudades de la América española no entregadas todavía a un febril mercantilismo. De la espaciosa plaza mayor, de amplios y acogedores soportales, parten en simétricas direcciones las calles rectilíneas. Las casas ostentan su arquitectura semicolonial, realzada por anchas puertas cocheras y balcones enfarolados o enrejadas ventanas. Bien poco diferente, en efecto, de cómo debió ser en los últimos días coloniales, según René Moreno: "Una ciudad espaciosa y de agradable temple, con

calles rectas y empedradas, gran caserío de adobes y teja, de dos pisos y balconaje de madera en los barrios centrales, aquí y allá abovedados templos de piedra o ladrillo, muros monásticos al cuadro de algunas manzanas, arrabales de huertas y planteles casi siempre en fruto, alfalfares de abundante riego en una gran extensión circunvecina." Por un costado, las goteras de la ciudad van a morir al borde del manso río Rocha, pasada cuya linde se extienden los nemerosos refugios veraniegos de Calacala y Queruqueru. Los nevados picos del Tunari, erguidos a lo lejos sobre un horizonte en que la gama del verde tiene tonalidades infinitas, son los vigías avanzados de la gran Cordillera temerosa de que esta ciudad, engreída por las solicitaciones del trópico, olvide la tradición espiritual que la une a sus hermanas de la sierra.

* * *

Cochabamba ha dado la más valiosa contribución a la novela histórica en Bolivia con un libro reputado, al mismo tiempo, por ecuánimes críticos americanos, como una de las obras maestras de la literatura hispanoamericana en el siglo XIX: *Juan de la Rosa,* de Nataniel Aguirre. La muerte prematura de su autor, ocurrida en 1888, dejó sin terminar—ya que sólo abarca, el tomo escrito, la niñez del protagonista—esta obra inspirada en ciertos episodios del comienzo de la guerra de emancipación en el Alto-Perú. El subtítulo que lleva, "Memorias del último soldado de la independencia", justifica la sencillez de esa prosa que va fluyendo con naturalidad y sin los sobresaltos oratorios a que tan aficionados solían mostrarse los escritores de

entonces. Nataniel Aguirre era un narrador ameno y un fino observador, y *Juan de la Rosa,* que es su obra literaria de más aliento, puede también ser considerada como una de las mejores novelas de costumbres escritas en Bolivia. Es en ella excelente la pintura de los tipos, sobre un fondo inequívoco de lugar y de tiempo, y el diálogo tiene una frescura y espontaneidad encantadoras. Aguirre escribió además, rivalizando con su contemporáneo Brocha Gorda, una leyenda colonial de ambiente potosino, *La bellísima Floriana,* y dos dramas en verso sobre temas históricos de América.

Aguirre, o, mejor, Juan de la Rosa, describe así, visto desde "el primer escalón de la cordillera", el valle de Cochabamba: "El sol brillaba en medio de un cielo tan límpido como sólo se puede contemplar desde allí en la estación seca del invierno; ni la más ligera exhalación se elevaba de la tierra por el aire sereno y transparente; mis ansiosas miradas podían esparcirse libremente en un semicírculo de más de quince leguas." "El fondo de los valles, las faldas más bajas de los montes debían ofrecer a la vista, en la estación lluviosa del verano, todos los matices del verde desde el más sombrío hasta el amarillento, con los huertos, los bosques de sauces, los sembrados de toda especie." "En el invierno, presentaban grandes manchas de verde oscuro en las partes pobladas de árboles vivaces, entre los que se distinguían los rojos tejados y campanarios de las aldeas. El resto cubierto de rastrojales, o ya enteramente despojado de toda vegetación, presentaba los matices más variados de musgo y amarillo, desde el opaco hasta el blanco de las eras." "La reina de aquellos valles, la ciudad de Oropesa de Co-

chabamba, se extendía al confín del valle de su nombre, a los pies de la cadena de cerros que separan éste del de Sacaba. Uno de esos barrios, el del sud, se perdía entre las graciosas colinas de Alalai y San Sebastián; el del oeste llegaba hasta las barrancas del Rocha; los del norte y del oriente desaparecían en medio de huertas y jardines. Entre las altas columnas de los sauces llamados de Castilla, sobre las copas de los más bellos sauces indígenas y de los árboles frutales, se levantaban sus blancas torres, los rojos tejados de sus numerosas casas."

Desde el austero maestro de René Moreno, Manuel María Caballero, que escribió la primera novela boliviana, titulada *La isla,* cuyo trágico argumento se desarrolla en el misterioso lago Poopó, los escritores nacionales—entre los que los cochabambinos, sobre todo, parecían estar suficientemente dotados para la novela: Aguirre, Terrazas, Oblitas, la Zamudio y Canelas, promesa que hoy renuevan Pereyra, Guzmán, Anze Matienzo y Céspedes—han mostrado por lo común parquedad en el cultivo de ese género, aunque, por lo demás, tampoco se muestran menos parcos en los otros... Y es que en Bolivia sólo se es escritor en los "ratos perdidos". No existe allí el *profesional* de las letras, y cuando escribir no es un mero entretenimiento o desahogo, es un lujo costoso... En lo que a la novela, concretamente, se refiere, ya se ha visto cómo Arguedas la abandona para escribir la historia; Mendoza para consagrarse a otros estudios; la diplomacia no da respiro a Costa du Rels; el combativo periodista Demetrio Canelas—cuya única novela, *Aguas estancadas,* produjo hace un cuarto de siglo un gran revuelo en su campanario—se entrega de lleno a la política... Entre los de antaño,

Mariano Ricardo Terrazas, prosista brillante y atildado, se limita a una novela de costumbres limeñas de la época de los virreyes, *Misterios del corazón;* Adela Zamudio a *Intimas,* compuesta de dos episodios sentimentales sin ilación alguna; Arturo Oblitas a *Marina*...

Félix A. del Granado, que con bastante asiduidad se dedicó a la crítica, dice, refiriéndose a *Marina,* que "si bien hay riqueza de colores en la paleta de Oblitas, y sobre todo, gusto para combinarlos, en cambio el amaneramiento que se nota en la ejecución, revela que el poeta no ha vivido en el campo". Véase si estos párrafos del galano prosista que fué Oblitas justifican la opinión de Granado: "El bosque de algarrobos estaba aún sombrío, bajo un cielo mate, en que brillaba el solitario lucero del alba sobre la luna, apenas visible ya. Los rebaños empezaban a despertarse. Las ovejas desperezándose sacudían sus vellones cubiertos de pequeñas hojas secas, dando al aire fresco un balido breve, trémulo, ligeramente vaporoso." "A poco, tenues vislumbres se dejaban ver en el oriente, y luego aquello convertíase en una inmensa ola de pudor, que venía inundando la faz del mundo todavía dormido. Después aquel polvillo róseo y luminoso se encendía en haces resplandecientes." "Una vaharada llena de aromas desprendiéndose del monte, se esparcía de un extremo a otro, en la vasta extensión del valle."

"Como soy de aquellos para quienes el arte es universal —sigue diciendo Granado— no he de censurar, por falta de carácter nacional, la obra de Oblitas, "estudio psicológico en el que las costumbres juegan un rol secundario". Si el asunto que constituye la médula y la intención de una novela, no es privativo de un medio ambiente

físico y social determinado, huelga, efectivamente, la descripción de paisajes, tipos y costumbres. La obra así concebida será una novela de tipo *universal*, cuyo mérito podrá difícilmente imponerse fuera de las fronteras patrias, y, más aún, de las del idioma. Pero si el escritor produce algo que sea trasunto de un medio que él siente y comprende mejor, habrá contribuído a incorporar una región, una sociedad, una raza, a la literatura de una nación o grupo de naciones, cuya naturaleza, hábitos e idiosincracia populares son pocos conocidos. De ahí la superioridad que, en América, tienen respecto de otras tal vez mejor estructuradas y más ceñidas a la sintaxis y a las leyes de la composición, las novelas auténticamente regionales.

La sima fecunda de Augusto Guzmán es una de ellas, aunque de novela propiamente dicha, tenga poco. Es en realidad el relato de un viaje a los *yungas* cochabambinos. Guzmán es un autor novel que, con una obra primeriza, entra en la literatura de su país a ocupar un sitio de importancia. No se nota esfuerzo alguno de pulimento y selección de vocablos en este libro que Guzmán ha compuesto al parecer de un tirón, dejándose llevar por un seguro instinto de artista que encuentra, en todo lo que ven sus ojos ávidos, motivos para embriagarse de naturaleza. Las descripciones, muy bien logradas por lo general, abundan en *La sima fecunda* que es, antes que nada, un libro descriptivo. Datos y observaciones oportunas sobre la región atemperan el tono predominante, un tanto lírico, de la obra.

Costa du Rels nos reveló el embrujo del *oro* (vale decir de la plata y del estaño); Mendoza el de la goma;

La sima fecunda es el embrujo de la coca, la inmensa riqueza de los *yungas* de La Paz y Cochabamba, y con la que "se amasa la fortuna del yungueño, cuya vida es siempre un sendero de esperanza en que acecha el fantasma blanco de la anemia, semejante a un demonio exangüe y sardónico, vengador de la virginidad ofendida de estas tierras". A la coca consagra Guzmán una de las mejores páginas de su libro: "Arbusto milagroso que retoñas en hojas tres y cuatro veces al año". "Humilde símbolo de la fuerza germinatriz de la montaña, en ti se concentra con modestia campesina, la potencia salvaje y milenaria de estos bosques espesos, desbordantes de orgullo vegetal". "Tu estatura es mezquina, tu tronco delgado, tu flor insignificante y sin aroma. Te ensucian desde la juventud obscuras y antipáticas lanas parasitarias. Semejas una planta plebeya y mendiga, cubierta de calandrajos, pero tus hojas en cada mita te frondosean y hermosean al punto que comparada con tus vecinos del bosque, eres un enano arrogante de opulencia". "Mitigas la sensibilidad dolorosa, apagas el ardor de la sed y distraes el tormento del hambre". "Apenas tus hojas toman su tamaño entero en el *mato* verde obscuro, te recogen las *palliris* de pies sarnosos y pesados; duermes entre la sombra de la matera, bajo el tablado; te secas cara al sol, sobre los toldos, en el tendal; te vuelcan y revuelcan los tendaleros armados de escobas; te escogen, te limpian, te empaquetan en cestos, en tambores hechos con la corteza del plátano, y te despachan cuesta arriba, fuera del yunga, hacia la corriente de las transacciones". "Conoces todos los climas, todos los países". "Te usa el mestizo labrador en los valles, el quechua, el aymara, el minero, el médico, el enfermo. Prestas vitalidad al peregri-

no, y exhausta del jugo, eres arrojada con desprecio en los descansos de las jornadas, en los *despegos*". "Yo he visto en la sombra indecisa de la primera hora nocturnal, pálidos hombres descalzos, sentados en hilera, frente al bosque, junto a las chozas, masticar tus hojas con deleite silencioso, entre chupones de un tabaco infame". "Te has infiltrado desde las entrañas silvestres de la vega, hasta el corazón enloquecido de las civilizaciones, que ya no marchan sin excitantes".

El indio encontró en Arguedas al devoto intérprete de sus costumbres y tribulaciones. El blanco, educado a la europea, que no presenta características que lo diferencien radicalmente del de otros países indoespañoles, es sujeto principal en varias novelas bolivianas. En cambio el mestizo, elemento tan importante en la vida nacional, ese ser complicado y contradictorio, tan discutido y vilipendiado y que se impondrá, empero, como tipo racial definitivo, apenas si ha merecido esbozos pasajeros e incompletos. El joven pensador Guillermo Francovich, autor de *Supay* —diálogos filosóficos, uno de los cuales interpreta con gran sagacidad el mito del demonio familiar de los indígenas que da nombre al volumen— pone en boca de uno de los interlocutores en las amenas y sustanciosas pláticas, estas palabras que traduzco literalmente del portugués, idioma en que *Supay* ha sido publicado: "Entre nosotros el indio es una especie de insecto de nuestras sierras. Un tronco de árbol que camina. Como tipo no existe, sin embargo; no tiene belleza ni perfil espiritual. Su silueta se confunde con la de las llamas, con el recorte de las chozas y de las rocas calvas. Y lo mismo sucede con el cholo, cuya silueta es un borrón que no se diferencia de las otras

manchas que vemos por las calles de nuestras ciudades. Desde el día, no obstante, en que el artista llegue a *crear* al indio o al cholo, esos tipos crecerán a nuestros ojos y su personalidad, ya llena de belleza, se destacará en los silenciosos paisajes andinos o en nuestras calles bulliciosas".

En efecto. Si *Raza de bronce* ha *creado* el *clima* en que el indio vive, no aparece allí el *tipo sintético* que lo fije para siempre. En cuanto al cholo, la observación de Francovich es aun más justa. El mismo Arguedas habla de él con frecuencia y en *Pueblo enfermo* lo presenta en ciertos rasgos esenciales que serían suficientes para forjar con ellos la concreción de su figura: "O cree en todo o no cree en nada". "Soñador en el primer caso, irreflexivo, apasionado, su fe en los dogmas es incontenible. Todo lo encuentra bueno y en estado de perfección". "En caso contrario es la desconfianza agresiva, la tristeza huraña, el enorme egoísmo de los seres insociables". "Fuerte, audaz corajudo, sus facultades se exaltan cuando se ve en medio de los suyos, así como disminuyen en el aislamiento". "En el cholo, más que en ningún otro ser, se observa esa propensión ovejuna que tiene más defectos que cualidades". "Los fuertes o los audaces se apoderan de su voluntad y la guían según sus aspiraciones; y él sigue sin oponerse, sin protestar, y a veces con viril entusiasmo, porque, hecho curiosísimo de anotarse, las clases populares en Bolivia, poco o nada conscientes, se apasionan sucesivamente por principios en contradicción, por caudillos que encarnan opuestas tendencias, y ésto con brío incontenible, con fe, con abnegación".

El cholo que, como el indio, es un habilísimo artesano

y un soldado admirable, tiene en su compañera, la chola, un auxiliar imprescindible para su vida de trabajo, así como para sus actos de sacrificio o de venganza. En ella se exaltan, muchas veces, las cualidades del varón y se atenúan los defectos. Más propensa que él a los arranques generosos, suele ser también más firme y apasionada en sus rencores. El trágico claroscuro que es la historia militar y política de Bolivia en el siglo XIX, está con frecuencia iluminado por actos de indecible heroísmo, realizados por las mujeres del pueblo que, en Cochabamba por ejemplo, llevaron su abnegación y su coraje hasta la inmolación suprema durante la guerra de quince años. Ese capítulo de la historia de América llenó de admiración a historiadores extranjeros tan exigentes como Mitre, y es uno de los mejores en *Juan de la Rosa.*

Hasta hace treinta o cuarenta años, la *rabona* —esposa o barragana del soldado— desempeñó en las luchas internacionales e intestinas que ensangrentaron a Bolivia, una función que, no obstante su importancia, han pasado por alto historiadores y folkloristas, con excepción de Joaquín de Lemoine, quien, desde el extranjero, donde vivió larguísimos años, no cesó un instante de vibrar con el alma de su pueblo. "Joaquín de Lemoine ha escrito muchos libros en prosa y en verso; pero, sobre todo, ha escrito dos capítulos que se refieren a la rabona y al postillón" —dice Rafael Ballivián, y agrega—: "¡La rabona! Se la ha visto a través de todas las vicisitudes nacionales, llenando las páginas de la historia. Heroína anónima de mil jornadas bélicas fué siempre el complemento del ejército. Figura indispensable en los cuarteles, campamentos, marchas y acciones de armas, constituyó un factor necesario, en la

misma condición que los fusiles y las municiones". "En la desolación de los yermos de la altiplanicie, la rabona ponía su nota piadosa cuando había un herido que curar o un muerto que rescatar del abandono". En los yermos de la altipampa, lo mismo que en el regazo de los valles o en las espesuras de los bosques, estaba la providencia del soldado, encarnada en la rabona. Lemoine pinta de este modo la salida de la rabonería, precediendo la marcha del ejército: "Comienza a alborear una lluviosa mañana de verano. El ruido bélico de trompetas y tambores atruena el aire. Las muchedumbres en algazara acuden por las calles, como torrentes caudalosos, a la plaza pública, en la que el ejército hace sus evoluciones preliminares para levantar el campo. —¿Qué sucede? —¡Qué ha de ser! ¿No veis aquella cabalgata de mujeres que abandona a aprisa la ciudad, levantando tras sí una nube de polvo, hasta que se pierde de vista a lo largo de aquel camino? Allá van cabalgadas en acémilas y asnos, llevando pendientes, —tanto por detrás y por delante— como por uno y otro costado— útiles de cocina, comestibles, arreos harapientos de viaje, un niño de pechos a la espalda, un kepí a la cabeza, un fusil en la maleta..."

El postillón es motivo del otro capítulo de Lemoine. Arrollado hace ya tiempo por la locomotora y desterrado de las carreteras en que chirriaban, dando tumbos, los armatostes de las diligencias, ha pasado también el postillón a la galería de los recuerdos anecdóticos. Incansable devorador de leguas, precedía a pie desnudo y a paso de *huanacu,* el tambaleante carromato. Ululando en su *pututu,* prevenía desde lejos a los pueblos del trayecto la llegada de los viajeros. Y leía "a primera vista en el firmamento,

como en una página escrita, si la tempestad vendrá para precaverse de ella o si se alejará para continuar la marcha".

El postillón, por instantánea asociación de recuerdos, sugiere el de la posta. Ballivián la evoca así: "La pascana clásica era como el reducto a que se acoge hoy mismo el impenitente cateador de minas: frío, solitario, miserable... Un poyo de barro para dormir, mientras un cabo de vela se apagaba pegado a la pared sin estucar. Afuera los ladridos de los perros, el patalear de las mulas de remuda y el tintineo de sus arreos. Al día siguiente, venciendo al sol madrugador, la diligencia partía una vez más".

* * *

El encanto de los valles de Cochabamba se refleja en ciertos poemas y páginas en prosa de Adela Zamudio, la más grande escritora que ha tenido Bolivia. Algunos de sus versos entrañan un hondo sentimiento de la naturaleza, que ella supo cantar con acento inolvidable, y un sagaz conocimiento del corazón humano. Su seudónimo de *Soledad* la hizo ya popular en la época de sus primeros ensayos; popularidad hecha de admiración y de respeto que no han menguado con los años ni con las nuevas modas literarias. El desconsuelo que encierran varias de las composiciones de Adela Zamudio, nace, más de la angustia filosófica de un espíritu en pugna con la chatura del ambiente y la injusticia social, que del prurito sentimental y lacrimoso que aquejaba por lo común a los poetas del pasado siglo, aunque ellos fueran denodados y altivos en las luchas políticas, como el caballeroso Néstor Galindo,

brutalmente sacrificado por el absurdo Melgarejo. Los poemas de la Zamudio se distinguen casi siempre por la sencillez de ritmo y la desenvoltura en la versificación, cualidades poco frecuentes en los poetas que la precedieron. De uno de ellos, titulado *En el campo,* son estas estrofas:

¡Qué noche! El techo que escuda
mi solitario aposento,
cruje al soplo que lo abate;
y desde mi asiento, muda,
oigo del agua y el viento
el prolongado combate.
Contra los vientos, afuera,
presa en la peña musgosa
que forma rústico banco,
la débil enredadera
tiembla empapada y llorosa
sobre el oscuro barranco.
En la fragosa quebrada
hondos murmullos sombríos
van ya cediendo en violencia,
y la lluvia sosegada
se escurre por los bajíos
con monótona cadencia.
Mañana, cuando la aurora
con su luz brillante y pura
bañe la vega lozana,
llena de horror, como ahora,
me oprimirá la negrura
de mi noche sin mañana!

Muy superior a la poetisa ciega María Josefa Mujía, cuyos versos traducen pobremente la irremediable melancolía de una vida sumida en las tinieblas, la Zamudio no es la única mujer que ha honrado a las letras bolivianas.

Esa misma ciudad de Cochabamba se enorgullece de otros nombres femeninos que ilustran el proceso de la evolución espiritual de la mujer, ideal por el que la Zamudio combatió gallardamente.

El poema en prosa, género bastante raro en Bolivia, perdió hace algunos años a uno de sus airosos paladines con la muerte de Manuel Céspedes, o Man Césped, como él gustaba firmar lo que escribía. Fué autor de *Símbolos profanos* y *Sol y horizontes,* obras ambas, sobre todo la primera, en que la probable influencia de Tagore se tamiza a través de un temperamento que halló su mejor estímulo emocional en las campiñas de Cochabamba. "Antes de ingresar al ritmo de la calma esencial de *Símbolos profanos* —dice el fino comentarista Humberto Palza— Man Césped fué un ávido explorador de lejanías geográficas". En un pequeño libro de impresiones de viaje, *Al Chimoré,* varios de cuyos breves capítulos son también como poemas en prosa realista y objetiva, hay una *Visión del porvenir,* que sigue siendo una visión... Anticipación de una realidad en potencia que no se ha hecho presente todavía en aquellas regiones. El poeta imagina que "la tierra despertó del sueño de mórbida odalisca, a la pulcra actividad de la obrera"; que "donde la hosca barbarie recogió el andrajo de su egoísta miseria, la civilización extendió el manto real de la gran metrópoli, ceñida por broches de acero y orlado por el plateado festón del ancho río..."

Los frutos de "La imaginación en Cochabamba" (título de un artículo de Unamuno, sugerido por cierto pasaje de *Pueblo enfermo*), hay que buscarlos, mejor que en los poetas, que no son ni numerosos ni fecundos, en los oradores, que sí lo fueron y lo son todavía... Si la música es

el alma de Santa Cruz de la Sierra, el alma de Cochabamba es la palabra. En esta ciudad —aunque no en mucho desmerezcan a su lado sus hermanas del valle, del bosque y de la puna— abundan oradores políticos y civiles, lo mismo para las grandes que para las pequeñas ocasiones. Según cuenta René Moreno en uno de sus más donosos comentarios bibliográficos —el dedicado a las *Coronas fúnebres*— dió Cochabamba nutridas muestras en el género, hasta el punto de justificar la anónima y fisgona redondilla:

—Temo, ¡ay! amigo Morales,
morirme aquí en Cochabamba.
—Pero ¿qué temes? ¡Caramba!
los discursos funerales.

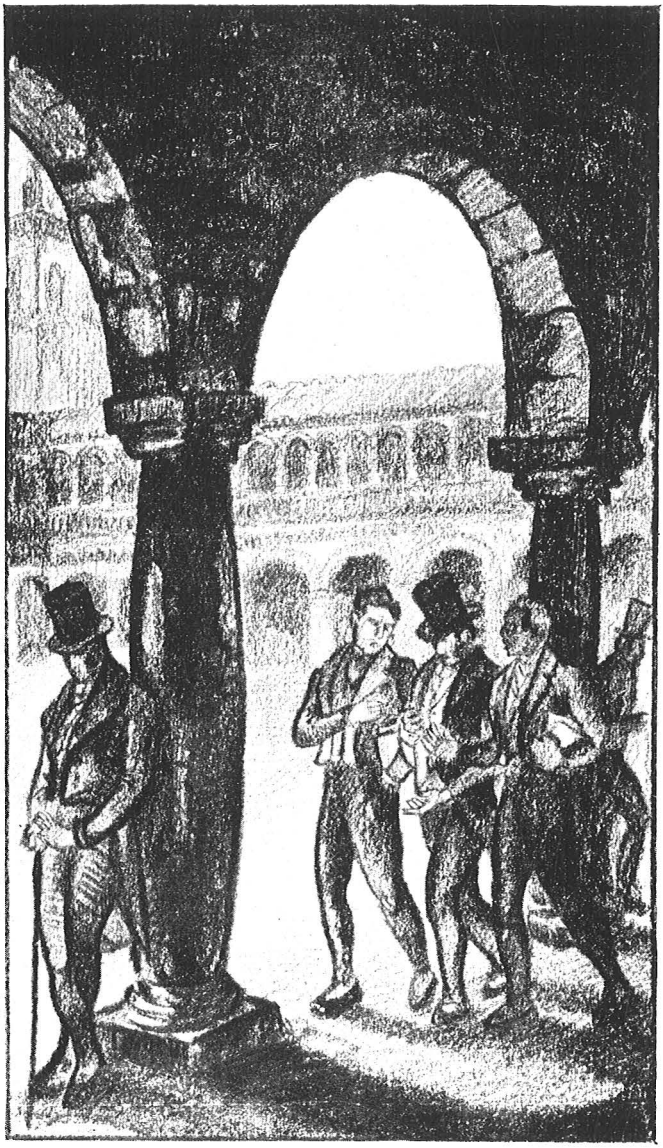
La historia de la oratoria política boliviana sería voluminosa por cierto; pero al desbrozarla sin contemplaciones, tropezaríamos con algunas figuras del pasado que le dan lustre y prestigio. Oradores, contagiados, sin duda, de castelarismo y de ímpetu romántico, achaques de la época que duran hasta hoy apenas atenuados: Casimiro Olañeta, fogoso en la palabra y voluble en las actitudes, mas cuya enorme personalidad histórica sigue siendo motivo de lamentable incomprensión aún para los historiadores más avisados e imparciales; Evaristo Valle, de ideas y palabras firmes como sus convicciones; Adolfo Ballivián, músico y poeta, cuyos discursos son todavía y lo serán siempre, enseñanzas de civismo; Nataniel Aguirre, y tantos otros. En lo que va de siglo se distinguieron, como parlamentario, Daniel Salamanca, por la concisión de su palabra, y en la cátedra —en la cátedra libre especialmente— Daniel Sánchez Bustamente, cuyos discursos y programas políticos

constituyeron un precioso conjunto de lecciones morales para la juventud.

Pero el que llenó con mágica resonancia, cuyo eco perdura aún en los oídos de las generaciones nuevas, los ámbitos de la República, fué Mariano Baptista, llamado por antonomasia el *Tribuno*. Las obras completas de este hombre prodigioso, nacido en Cochabamba, abarcan siete gruesos volúmenes de discursos, biografías, cartas, artículos de prensa y documentos oficiales, producidos durante cincuenta años de una vida política agitada y combatida. La historia de Bolivia, en sus pasajes más culminantes y en sus hombres más representativos desde el advenimiento al poder del insigne Linares hasta la caída del régimen conservador, está reflejada en la palabra arrebatadora y en los escritos de este varón que, fué al mismo tiempo que un artista un hombre de acción, un pensador al par que un conductor de multitudes. Luchó al lado del venerable Tomás Frías, de Adolfo Ballivián, del general Narciso Campero, del poeta Daniel Calvo, de Evaristo Valle, por el civilismo, en pugna constante con el caudillaje militar. La prosa de Baptista, lo mismo en sus discursos que en sus otros escritos, está hecha de frases casi siempre breves, concisas a menudo, a veces oscuras a fuerza de sintéticas. Hay pasajes en su obra que sorprenden por la modernidad de la factura, y, o no la han leído o no han podido sacudirse ese prejuicio, los que afirman que ya sólo puede halagar el sentimentalismo de las turbas y la sensiblería patriótica. En un ensayo histórico de las ideas en Bolivia, que está por escribirse, se verá hasta qué punto el pensamiento europeo influyó en la mentalidad y en la conducta de los políticos bolivianos, entre los cuales Baptista fué

sin disputa el más letrado. Por grande que haya sido su sectarismo ultramontano e infecunda su labor en la Presidencia de la República, la figura de Baptista pertenece, con iguales títulos, a la historia y a la literatura bolivianas.

Lámina número 8



LA CIUDAD DE LOS CUATRO NOMBRES

LA CIUDAD DE LOS CUATRO NOMBRES

En Bolivia las ciudades del valle y de la puna, cuando no son, como La Paz, de valle y puna, siguiendo la misma ley que establece la interdependencia entre el Oriente y el Macizo, se completan y se reintegran mutuamente en una armonía etnográfica que da un sentido vital a su existencia. Así, y en idéntica medida que Oruro a Cochabamba, es Potosí respecto a Sucre.

No lejos de la Villa Imperial, unida a ésta por caminos que descienden hacia el valle bordeando profundos precipicios, se encuentra la Ciudad de los Cuatro Nombres. *Charcas* se denominó para significar el asiento de la Audiencia durante la Colonia, conservando el de sus primitivos pobladores, los Charcas, cantados así por Ricardo Jaimes Freyre:

El golpe centelleante del castellano acero
extinguió en la cruz blanca su resplandor mortal
y como un nido de águilas alzó el aventurero
la ciudad del reposo, hidalga y conventual.
La vió desde las cumbres el indio torvo y fiero;
vió su altar y su toga, su espada y su puñal,
y acaso, entre las sombras, el fulgurar postrero
del astro que alumbraba la fortuna imperial.
No dió la raza mártir su cuello a la cuchilla;
mil veces escucharon las huestes de Castilla

el silbar de sus flechas y el rugir de su voz,
y turbaron sus sueños en las noches de plata
el semblante de bronce, la diadema escarlata,
la mirada terrible y el ademán feroz.

Chuquisaca es el nombre del departamento a que pertenece. De Chuquisaca, y también de Charcas, se llamó y se sigue llamando su Universidad, famosa en todo América y de la que salieron tantos doctores revolucionarios a fines del siglo XVIII y principios del XIX. "Chuquisaca en aquellos tiempos —dice Arguedas— era uno de los centros más intelectuales del continente hispanoamericano y su Universidad de San Xavier, célebre en los países del contorno, ejercía poderosa atracción en los estudiantes de Lima, Cuzco, Córdoba o Buenos Aires..." Y René Moreno: "En Chuquisaca se disertaba en el pro y en el contra de palabra y por escrito todos los días; se argüía y redargüía de grado o por fuerza entre sustentantes y replicantes, a lo largo de los corredores, dentro del aula, en torno a la cátedra solemne, ante las mesas examinadoras y desde los bancos semi-parlamentarios de la Academia Carolina. Disputar y disputar. Donde quiera que se juntaran dos o tres estudiantes, se armaba al punto la controversia por activa y pasiva en todas las formas de la argumentación escolástica". ¡Peligroso afán de discutirlo todo el de aquellos doctores para el apacible estancamiento del régimen colonial, hasta entonces casi nunca turbado!

La Plata designa la sede del Arzobispado. Y si fué temida la Audiencia por la severa inflexibilidad de sus Oidores y admirada la Universidad por la sapiencia y elocuencia de sus turbulentos bachilleres, no fueron menos temidos y admirados por su autoridad y su sabiduría los

dignatarios del Arzobispado. El autor de *Los últimos días coloniales en el Alto Perú* hace esta relación de la entrada en La Plata, hacia 1807, de Su Ilustrísima el Doctor Don Benito María Moxó y de Francolí, varón virtuoso y fino, docto en letras humanas y divinas: "El día de la entrada solemne del Arzobispo, amanecieron empavesados los balcones y azoteas de la ciudad. Los campanarios, las torres y las cúpulas se alzaban con gallardetes, oriflamas y pendones. La cohorte veterana y los milicianos urbanos fueron de gran parada al són de músicas y trompetas. El pavimento de las calles destinadas a la solemnidad estaba cubierto, desde el arrabal hasta la plaza mayor, de una alfombra muelle y fraganta de ramajes y flores. A lo largo de las aceras el indio rústico había levantado sobre postes arcadas y festones de molle, ese crespo arbusto que con verde persistente matiza gotas de sangre en racimos olorosos. De trecho en trecho los gremios menores habían construído arcos triunfales en mitad de la calle, y tendido cuerdas trasversales donde entre cintas, colgaduras y ropajes, pendían relucientes espejos de acero, candelabros, zahumadoras, pescaderas, jícaras, mancerinas, aguamaniles, escupideras y otras no nada nobles vasijas de plata bruñida. Los ricos criollos no perdieron la ocasión de lucir en las puertas, ventanas y balcones de sus casas las colchas y tapices de damasco y brocado, que eran entonces tan de su gusto". "Se le aguardó en morada dispuesta al uso de la época, con lo más regio de la colonia, entre el lujo de artefactos especiales de tierras adentro: vajilla de Potosí, petates de Mojos, vaqueta cochabambina, tejidos finísimos de chinchilla y vicuña, bujías en cera colorida de Chiquitos, alfombras de Cliza, ramilletes de plu-

mas tropicales de Santa Cruz, cazoleta de las monjas carmelitas de la ciudad".

Un cuarto nombre, el más glorioso de todos, le reservaba todavía el destino a la antigua capital de los Charcas, cuyo "verdadero y nunca deslustrado escudo —dice Moreno— está en su gloria, y su gloria en aquel famoso grito de libertad, cuando en 25 de mayo de 1809, América entera dormía el sueño profundo de la servidumbre; grito al que días después respondió temerariamente La Paz con la guerra y los martirios primeros de la emancipación continental"... *Sucre* se llamó desde 1826 en homenaje al Gran Mariscal de Ayacucho y Primer Presidente de Bolivia.

"Bolívar, que era estadista y poeta, pugnó contra mil obstáculos por visitarla y la visitó. Entró enemigo de la autonomía y salió jurándola" —escribió el citado autor hacia fines del pasado siglo, agregando en seguida—: "Ahí se está sin dar un paso. Envejeciendo, algo de noble se cierne y se posa sobre ella. Parece que cierta vislumbre de lo pasado se levanta como una aureola sobre la masa vetusta de sus edificios. Cesó la bulla de sus aulas, pero queda la vocinglería de sus campanas. Bóvedas, torres, cúpulas y obeliscos bizantinos; puertas, ventanas, balcones y aleros como de celdas trapenses. Todavía algunas pompas majestuosas en el rito metropolitano. Ociosidad en las calles. Aquí y allá vestigios de una que otra grandeza señorial. Por donde quiera cierto sello característico, el sello de la antigua corte del Alto Perú, que mantiene indeleble su timbre de cultura y refinamiento en el trato y costumbres de todos sus habitantes".

Y aún en estos días silenciosa y aristocrática, Sucre es una ciudad cuyas casas espaciosas, con grandes patios,

llenos de flores y de sol, evocan las mansiones señoriales de las viejas ciudades españolas. Toda pintada de blanco, sugeriendo la visión de una ciudad de Oriente, se extiende en blando declive al pie de sus dos cerros legendarios, "como la anciana que implora de las esfinges del destino un oráculo favorable a su descendencia".

Su clima incomparable ha sido en todo tiempo objeto de alabanza, y ya Fray Antonio de la Calancha, cronista altoperuano que vivió en la primera mitad del siglo XVIII, encarecía sus bondades y la influencia que ejercía sobre los habitantes de tan venturosa villa: "El clima de esta ciudad y su provincia es soberbio, y experiméntase en hombres, en animales y en pájaros. Los hombres aunque sean de nacimiento humilde, se truecan en levantado espíritu, debiéndoles sus corazones más al clima que a la naturaleza. Todos quieren ser parejos, y pocos o ninguno quiere reconocer superioridad en otro. Los hidalgos suben a caballeros, y los que lo son crecen a deudos de títulos y grandes; todos se precian de valientes, y los más se hacen magnánimos. Esto procede solamente del clima, que éste, como hace en la tierra tan excelentes creaciones de metales, lo hace también en los ánimos de los hombres".

Pocas ciudades americanas conservan como Sucre el lustre casi intacto de su abolengo hispano. La tradición ha arraigado allí más profundamente que en otros centros también de marcado tipo español, como Potosí. En Potosí lo que queda de español en la tradición es casi una requisitoria contra España: la montaña de plata fué la manzana de la discordia entre peninsulares codiciosos que crearon la sombría institución de los mitayos. En cambio en Chuquisaca los jardines que rodeaban a la Universidad

fueron los jardines de Academus, en los que se platicaba sosegada o acalorada, pero sapientemente. A la Casa de Moneda, en Potosí, se opone la Academia Carolina, en Chuquisaca. La tradición española en Potosí subsiste en las piedras historiadas de sus palacios y de sus templos, pero se ha borrado en las almas, en las que sólo queda la superstición que, más que un legado de Castilla, es una herencia de los indios. En Chuquisaca, la cortesanía, el buen decir y el gusto por el cultivo del ingenio, son monedas cuyo valor intrínseco no corre riesgo con las fluctuaciones del estaño, metal plebeyo que, para colmo de desdichas, ha desplazado al de la plata. El desmedido afán de cosmopolitismo y de modernización mal entendidos no ha embadurnado aún en Chuquisaca la venerable pureza de las piedras.

La inclinación sentimental y estética por las cosas de España, latente en muchos escritores y artistas bolivianos, se puso de manifiesto hace algunos años en *La Casa de la Abuela* de Ostria Gutiérrez, guía de Madrid para el americano sensitivo que, en lo que la capital española tiene de sugerente casticismo, sabe encontrar un algo que le da la ilusión de que al dejar el terruño, es decir —según Ostria— la "casa de la madre", para visitar la de la abuela, sólo ha cambiado de barrio, sin trasponer los muros de la gran ciudad hispanoamericana...

El hispanismo en el terreno de la historia tiene también en Bolivia animosos propagandistas. Alfredo Jáuregui Rosquellas, caballero cruzado de la causa, arremete briosamente en su libro *La España heroica en el Nuevo Mundo* contra la leyenda negra, haciendo la apología de la conquista y la colonia, pero sin que el ardor de sus convic-

ciones llegue a privarlo de la lucidez que se requiere para reconocer lealmente lo que, en esas dos largas jornadas de la historia de América, hubo de imperfecto y reprobable. Libro es éste que, por su sinceridad, nada tiene que ver con eso que llaman hispanoamericanismo... Y más recientemente, Enrique Finot, en una conferencia pronunciada en Washington sobre *La cultura colonial española en el Alto Perú*, hace cumplido elogio del esfuerzo realizado por la Metrópoli para que fructificaran en aquellas breñas de los Andes las semillas de su asombrosa cultura artística. Esfuerzo que no fué estéril, pues muchos monumentos, testimonio de la concepción de eternidad que dió España a la conquista, están allí, en su lenguaje de piedra, pregonándolo. Y no sólo la arquitectura, suprema expresión de la espiritualidad de un pueblo, sino también cuadros de grandes maestros europeos —Rubens, Murillo, Ribera— y aun otros nacidos allí mismo, como Melchor Pérez de Holguín; esculturas en piedra, o en madera como esa incomparable sillería coral de la humilde Recoleta, sacrílegamente fraccionada por un caudillo de la plebe, en esta ciudad de Chiquisaca; y luego los primorosos cincelados y repujados en plata y oro que "existen todavía en gran cantidad, diseminados en todas las poblaciones de Bolivia..." Todo lo que se ha salvado, que es poco en relación a lo que había, de la rapiña internacional amparada por la ignorante complicidad de autoridades y particulares. Otro vínculo entre los escritores bolivianos —los poetas, cuando menos— y España, es el culto a la pureza del idioma. Díez Canedo así lo ha advertido y reconocido: "Encuentro —dice— en los poetas bolivianos, hablando en general, una sencillez de ritmo y una pureza de lengua que me

dan la sensación de España; y ello en los más influídos por extraños poetas y en los más refinados de expresión".

* * *

La generación llamada post-romántica, que en Bolivia abarca un período de unos doce años a la redonda de 1890, contó entre sus campeones a Ricardo Mujía, quien compartió con Villalobos y la Zamudio el aplauso y las predilecciones de la época, al lado de otros menos favorecidos por la fama: Sixto López Ballesteros, Angel Díez de Medina, Manuel Paz Arauco...

Hasta entonces los poetas, en atestación de su flaqueza creadora, habían seguido, con señaladas excepciones, imitando y repitiendo los gastados motivos de un elegíaco y ramplón romanticismo. ¿No fueron parte acaso para aquella pobreza los continuos sobresaltos de una vida política convulsionada, en la que intervenían los estudiosos, jugando casi siempre a toda pérdida? Así lo asevera Manuel María Pinto, en una prosa, no por lo arcaicamente culterana menos convincente, aunque olvidando quizá que el propio doctorismo altoperuano, herencia de la universidad de Chuquisaca, al degenerar con frecuencia en demagogia de rábulas instigadores de caudillos bárbaros, agravaba la gran penuria intelectual del medio: "Con el fervor de independencia llegó a su colmo la incivilidad: medra la espada, pues a ella mientras cría orín la pluma. En el imperio de la fuerza, ¿dónde encontraría su Tebaida el pensamiento? El antiguo birrete doctoral con la ancha borla de gusanillo de oro y las palmas bordadas en el recogimiento del claustro por manos virginales, como que debían

cobijar alumbramientos de finas razones, sutiles pensamientos e inefables ensueños místicos, fué substituído por las blancas o rojas plumas de los tres picos pretensiosos, simbolizantes de la codicia, la mentira y la ignorancia". "Los caciques se multiplicaban alimañescamente y allí unos contra otros, y éste contra aquél, a hurto de la sensatez, con fenomenal denuedo se acometían; mientras seminarios e institutos veían desertar a los soldados de la Cartilla para al son de las charangas jugar a la guerra de veras, y tanto duró el juego que bebieron vientos las energías y todo espíritu de trabajo con ellas, asustando las artes que se acogieron a sagrado como malhechores huyendo de tan extrañas gentes que parecían haber perdido del todo el juicio". "Y entonces la poesía no supo sino plañir..."

Terminada la guerra del Pacífico, y con ella la era de los caudillos bárbaros, renace en Bolivia el civilismo. Los cuartelazos y los pronunciamientos se hacen más raros y menos propicia la fortuna a los agitadores pobremente ambiciosos. En ese ambiente de mayor estabilidad política y social, son ya posibles las tranquilas actividades del espíritu.

Poeta y diplomático, Ricardo Mujía será más recordado —y aunque esa segunda fase de su personalidad pase con algún relieve a la historia cancilleresca de Bolivia— como el gallardo autor y recitador de muchos poemas que arrebataron de entusiasmo a públicos letrados frecuentadores de justas y concursos. Poeta civil, enamorado de los grandes ideales —Patria, Humanidad, Progreso, Raza, Libertad— sendos poemas suyos los traducen en un lirismo menos ponderado que el de Villalobos y de más "aliento oratorio" que el de la Zamudio.

El lirismo de Mujía se restringe o se depura en otros poetas posteriores que nacieron y produjeron en Sucre la mayor parte de su obra. El de Claudio Peñaranda, fervorosa y entusiasta contribución al modernismo rubendariano —más que al de Jaimes Freyre— es un lirismo de pura cepa sucrense que se prolonga, poniéndose más a tono con las inquietudes de hoy, en los poemas de Luis Felipe Lira y en los de la primera manera de Roberto Guzmán Téllez. Descontados el autor de *Castalia bárbara* y Manuel María Pinto, y antes del advenimiento de Reynolds, es a Claudio Peñaranda a quien corresponde el honor de haber mantenido en alto, con mayor devoción y convicción, las banderas de la escuela modernista. Peñaranda, a través de la agitada vida de periodista que llevaba en Sucre, no cesó un instante de rendir culto a las musas. El grueso volumen de sus poesías completas, *Cancionero vivido,* contiene algunas piezas que cuentan entre lo mejor que ha producido la lírica en Bolivia.

Al grupo de Peñaranda, famoso en Sucre y en toda la República, por el anecdotario de cáustica y espiritual malignidad que se elavoraba en las *tenidas* de esa bohemia modernista, que no respetaba otra tradición que la del proverbial ingenio chuquisaqueño, pertenecieron el fino cuentista Osvaldo Molina, el poeta Jorge Mendieta y el más joven y mordaz de todos ellos, Nicolás Ortiz Pacheco, algunos de cuyos poemas son de una vivaz originalidad en la expresión y en la metáfora.

El futuro autor de *Redención,* en la época de su tardía iniciación literaria, concurría también, silencioso y reconcentrado, a las bulliciosas tertulias de dudosa templanza en el beber y el murmurar que encabezaba Peñaranda,

hasta que un día de 1913 supieron con asombro sus contertulios que había sido premiado en un concurso de La Paz, pasando así del más completo anonimato al súbito apogeo del renombre... Con *El mendigo* se mostraba Reynolds avezado a todos los secretos de la métrica y a los de un lenguaje rico, sustancioso, incisivo y preciso. Llena de figuras vivas, audaces, temerarias, su técnica anunciaba al artista ejercitado en largas disciplinas estéticas y al letrado nutrido de lecturas métodica y cuidadosamente asimiladas. Por la primera vez, en un ambiente extrictamente boliviano, aparecía un poeta de raza... Años después se publicaba *El cofre de Psiquis,* cien sonetos de impecable factura los más de ellos. Para portada de ese libro compuso Juan Capriles un retrato muy expresivo del poeta:

> ...y en la boca sensual de frase breve
> una sonrisa imperceptible mueve
> el haz de sus mostachos trovadores...

En su segundo libro *Horas turbias,* rompiendo el círculo de "catorce aristas" del soneto, el arte reinoldiano vuelve a ejercitarse en formas complejas y arriesgadas. Al mismo tiempo, su eclecticismo se acentúa, pasando, del más puro panteísmo pagano a los ceráficos arrobos franciscanos o a las fastuosas concepciones de un catolicismo decorativo y decadente; la nostalgia del pasado se traduce, o en el recuerdo íntimo de una vida infantilmente tarambana, o en la evocación de épocas en que privaba el sentido heroico de la vida; su humanitarismo es a veces enternecedor y a veces indignado; y, en fin, el erotismo de algunos de los sonetos de *El cofre de Psiquis* se muda en sentimiento tranquilo y familiar.

Este poeta múltiple, profundo, solicitado por todas las inquietudes del presente, los prestigios del pasado y los enigmas del mañana, sorprende sobre todo por la fuerza intuitiva de su sensibilidad en perpetua exaltación. "El gran poeta boliviano —dice el noble escritor de Colombia Armando Solano— no tuvo una iniciación precoz y esa es tal vez la razón por la cual, desde sus primeras producciones, fué señalado como uno de los valores definitivos y reales de la literatura americana". Y luego añade: "Hay por lo general en la literatura boliviana una cierta discreción, una mesura, un gusto bien equilibrado, que no son siempre apreciados en el bullicioso trópico. El caso de Reynolds acentúa extraordinariamente esas características". En efecto, la frondosidad es rara en los escritores bolivianos. El fenómeno del tropicalismo ha hecho allí pocos estragos. Aun en aquellos que han producido una obra más copiosa, se advierte una tendencia instintiva, aunque consciente, a ser precisos y lacónicos. En Reynolds, por ejemplo, cuyos poemas abarcan a menudo una extensión que a primera vista probaría lo contrario, se ve un afán de síntesis que no excluye el detalle necesario ni el matiz diferencial. Y es que Reynolds, como Jaimes Freyre, como Arguedas, como Mendoza, como Costa du Rels, como Tamayo, como el mismísimo René Moreno, es ante todo un escritor andino... Ninguno, entre los poetas, ha sabido, con idéntica maestría, describir el paisaje natal, ya que sentirlo con igual o mayor intensidad lo sabe otro poeta, el de más compleja personalidad entre los escritores bolivianos: Jaime Mendoza.

Redención es un vasto poema épico cuyo primer tomo —único publicado hasta la fecha— abarca la historia y la

leyenda desde los orígenes más remotos de América, pasando por el Imperio Incásico, hasta la conquista y la dominación españolas. Con él Reynolds muestra una vez más su pujanza creadora y comprueba la verdad que encierra esta modesta al par que orgullosa confesión suya:

> Yo no me inspiro; me propongo y venzo,
> me venzo mejor dicho...

En *Redención* no ha querido el poeta olvidarse un poco de sus viejas aficiones a la mitología helénica. Si así se lo hubiera propuesto, su poema habría ganado en espontaneidad, en sabor nativo, en intención.

Las generaciones novísimas dan muestra de tener en poca estima —achaque muy natural en juventudes impacientes e iconoclastas— la obra y la personalidad de Reynolds; lo que no estorba ciertamente a que esa obra y esa personalidad representen a uno de los más grandes valores entre los que cuenta hoy la poesía hispanoamericana. Díez Canedo afirma que "aunque Jaimes y Reynolds estuvieran solos, ya podía Bolivia enorgullecerse de sus poetas".

* * *

En la famosa propensión a la maledicencia de los literatos chuquisaqueños, ¿no habrá algo como un resabio de aquellos *caramillos* y *vocabularios* de que con tanto donaire nos cuenta Moreno en los *Ultimos días coloniales?* La maledicencia, pasatiempo más o menos ofensivo que el implacable censor de los vicios altoperuanos atribuye, otorgándoles patente de exclusiva, a los malhadados pueblos

de la sierra, ¿no es, por ventura, achaque tan chuquisaqueño como altoperuano, tan altoperuano como español e hispanoamericano? Vocabularios y caramillos, términos traducibles en los de enredadores y chismógrafos, se encargaban de turbar el pacato recogimiento de la ciudad de los oidores y de los togados, llevando la zozobra a los hogares y provocando un resquemor indefinible en el ánimo puntilloso de señorones encumbrados.

"Difícilmente hubo entre estas colonias de América, pueblos, como los de la sierra en ambos Perú, donde se respetara más lo ageno, donde fuese tan sagrada la seguridad personal, donde los caminos públicos y parajes despoblados estuvieran menos expuestos a peligros para el transeunte" —dice Moreno haciendo justicia a esos pueblos serranos de Bolivia, en los que aun hoy en día (no sé si los sociólogos y los maniáticos de las estadísticas se han dignado advertirlo), la criminalidad es mucho menos frecuente que en los demás países, y donde la afectuosa acogida que se presta al extranjero ha sido, y sigue siendo, una de las preciadas prendas que adornan a sus habitantes. Así lo hace notar Alberto Gutiérrez, escritor siempre parco en la alabanza de nuestras cualidades como poco complaciente con nuestros defectos, cuando dice, refiriéndose a tiempos muy posteriores a los de la colonia: "Aun en medio de las condiciones deficientes que en aquella época alcanzaba nuestra cultura social, un singular privilegio la acompañaba. Sabían tan bien, las gentes de entonces, mostrar su liberalidad y su sinceridad hacia el extranjero y sabían con tanta obsequiosidad compartir con él el pan negro de su hospitalidad modesta, que aun en medio de la gran masa de indiferentes o desagradecidos,

los espíritus superiores que visitaban este suelo quedaban cautivados por la ingenuidad y espontaneidad de nuestro afecto". La "masa de desagradecidos" se apropió del mote "los dos caras", inventado, parece, por un misántropo suspicaz y sarcástico, para aplicarlo indistintamente a todos los bolivianos, pero, con preferencia, a los "doctores de la altiplanicie"...

"El cercado de la confianza y familiaridad era allí florido, fructífero y amenísimo —sigue diciendo Moreno— pero también muy resbaladizo y lleno de alacranes y culebras. Con una palabra imprudente ò de pasadera malicia solía trenzarse a las veces, en un abrir o cerrar de ojos, madeja de hablillas y tergiversaciones que remataban en un embrollo de los infiernos". Y es que allí habíase metido la lengua de caramillos y vocabularios. Si las reyertas eran de "clase fina y distinguida" que usaba para ello "con gracia incomparable de la murmuración", reducíanse ellas "casi siempre a una gran papelada que iba a parar a los estrados forenses o a la real cámara". "Las clases inferiores preferían llanamente para desahogarse la luz del sol. Tan pronto como estallaba entre ellas un altercado, los mestizos abrían con violencia las puertas y salían a gritarse abominaciones en la calle. Usaban entonces con igual presteza tres idiomas a la vez: aymara, quichua y castellano. La pendencia solía encresparse con la intervención de aparceros o parientes, y con alzamiento del barrio cuando uno de los contrincantes o los que venían en su ayuda eran de otro barrio. Las contiendas de barrio a barrio eran formidables, porque luego al punto asumían la importancia de una verdadera campaña entre ejércitos beligerantes"... Personas maduras y circunspectas de las ciudades

andinas se acuerdan de haber presenciado todavía, ya casi octogenaria la República, esas batallas campales en que, à piedra y a palo, se ventilaba la honrilla de barrios adversarios... Derivativo o sucedáneo de rivalidades provincialistas que en España y América no han encontrado aún la manera de encausarse.

El humorismo derrochado en la tertulia del café o en la redacción del periódico, no se encuentra, sin embargo, en la obra de unos y otros escritores bolivianos decidores y chispeantes en la conversación familiar. La ironía escrita no es un arma que se maneja con mucho éxito en Bolivia y pocos son los que la han esgrimido con acierto en sus prosas o en sus versos. El humorismo es propio de los pueblos viejos y escépticos, y los nuestros, más que escépticos y viejos, son ingenuos y envejecidos. (Envejecimiento del que sólo saldremos rejuvenecidos cuando renunciemos a seguir viviendo artificiosamente, sujetos a normas de orden político y social contrarias à nuestra idiosincracia, y con desconocimiento de las energías vivas del país que permanecen inactivas). La alegría es en nosotros epidérmica o ficticia y por eso pasamos —¡con cuánta facilidad y prontitud!— de las más ruidosas manifestaciones de regocijo a un estado de taciturna postración y desencanto. No conocemos el sano equilibrio de las pasiones que se resuelve en otras partes en el sereno goce de vivir. El pueblo de Bolivia —otra vez la herencia indígena— es fatalista y melancólico, y cuando quiere sonreír, su sonrisa se hace mueca o degenera en carcajada. "El panorama uniforme del alma nacional —dice Federico Avila en uno de sus mejores ensayos, *La tristeza y el dolor bolivianos*— puede sintetizarse en una frase: *somos un pueblo grave,*

triste y trágico. Un pueblo en el que el Dolor se hace carne y la tristeza se personifica en todos sus sentidos. Más que un "pueblo enfermo", como pretende un sociólogo ochocentista; más que un "pueblo agónico y decadente", como creen algunos pesimistas sin fundamento; y todo menos que un "pueblo niño" como dijera Rodó, Bolivia es, por excelencia y antonomasia, "un pueblo sufrido y resignado", en el que la más férrea y diaria disciplina del dolor, ha creado en el alma de la raza, no sólo la costumbre, sino también la necesidad del sufrimiento". "Y como Bolivia, cual ninguna nación de América, por cósmicos destinos y étnicos procesos conserva mejor que sus vecinos ese acerbo indígena preterital, resulta que, por obra constante de la raza y del medio, los bolivianos de ayer, de hoy, y de todos los tiempos, somos un pueblo grave y apesadumbrado, un pueblo dolorido y trágico, como el que más". "Esa melancolía nativa, esa ingénita pesadumbre, esa espontánea y alada suavidad ojerosa que suele reflejarse magistral y a veces sublime en nuestras miradas elocuentes, y que por más empeño que se ejercite, no puede engañar a nadie; esa inseparable morriña nuestra que se cierne en todos nuestros actos y pensamientos; ese inconfundible mirar nuestro, tan nuestro, que es casi *nacional;* ese ensimismamiento taciturno y desgarrador, no se crea que es resultado, como en otros pueblos que hoy viven la tragedia contemporánea, de las hondas y convulsas agitaciones político-económicas. ¡No!". "Es que la tristeza que se exhala en ráfagas perdidas sobre un fondo de insensibilidad y como de hechizamiento, es el pozo del alma del Indio". "Esto fué de todos los tiempos, y la mezcla con el hispano no hizo sino acentuar esta monacal austeridad y esta grá-

vida y señera tristeza matricia; el implacable dolor, el oprobio secular, la incomprensión de los vecinos y la superficialidad con que nos tratan los extranjeros la aumentan cada día más..."

Casi todos los poetas bolivianos de la pasada centuria alternaban un lamento con una bufonada. Fueron elegíacos y festivos o, cuando más, satíricos. Algunos como Cortés, Luis Zalles, Benjamín Blanco el viejo, compusieron epigramas alusivos a la política y a las costumbres de su tiempo; epigramas en los cuales apuntan con más frecuencia el sarcasmo y la mordacidad —proclividad a lo procaz que llegó a hacer estragos desde los periódicos— que la verdadera ironía. O bien, como en las más celebradas composiciones de Benjamín Blanco el joven, abundan términos extraños y alusiones incomprensibles para el vulgo de lectores. Entre los que vinieron después, la Zamudio revela ya poseer una comprensión más neta del humorismo auténtico. Entre los contemporáneos, Bedregal tiene versos muy festejados, además de apólogos y parábolas en prosa, impregnados de ese humorismo que culmina en *La máscara de estuco,* y Raúl Jaimes Freyre sonetos caricaturescos de escritores y de artistas; Reynolds en *Los gatos* hace gala de un humorismo de gran estilo que no vuelve a repetirse sino muy rara vez en el conjunto de su obra. En cuanto a los prosistas, ya se ha visto que en los libros de Moreno saltan arranques de la más fina ironía; y también en los de Brocha Gorda, Aguirre y Vaca Guzmán. Entre los costumbristas de hace alrededor de treinta años, ciertos artículos de Julio César Valdez que fué un observador sagaz, conocedor profundo de su medio, han quedado como piezas notables en el género. El ponderado escritor que

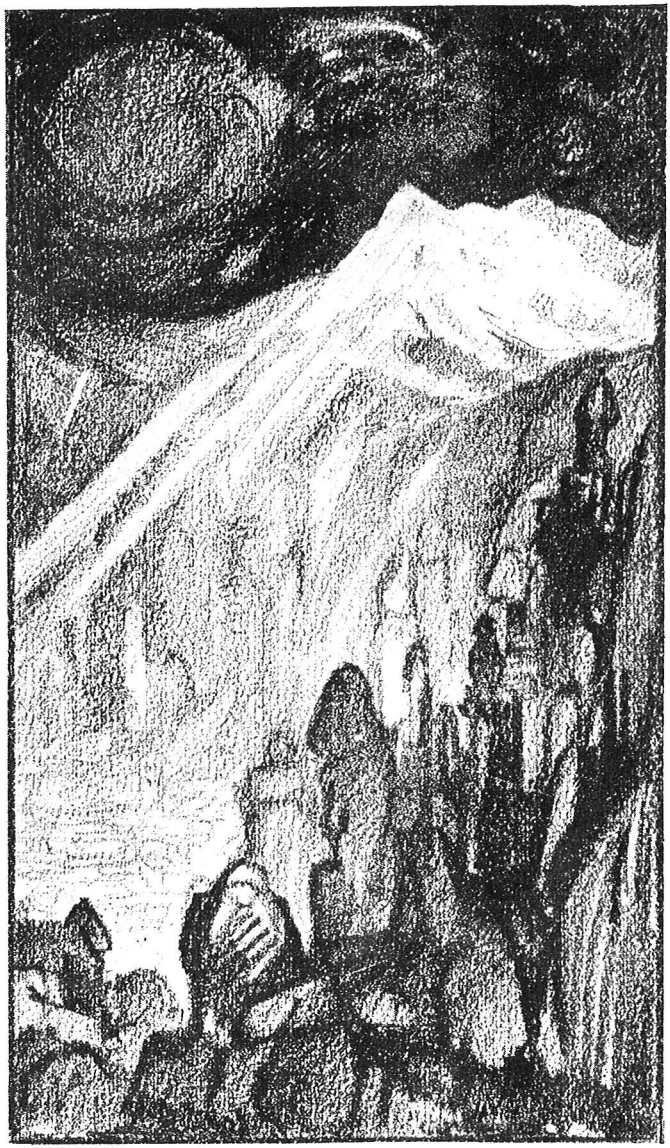
es hoy Gustavo Adolfo Otero, ha dejado páginas que no se olvidarán en mucho tiempo, gracias a su ironía certeramente intencionada.

* * *

La historia de la Ciudad de los Cuatro Nombres, sus bellezas naturales y artísticas, la labor de sus hombres eminentes, y, en fin, todo lo que hay allí de interesante, está amorosa y circunstanciadamente tratado en un libro de Jáuregui Rosquellas. El ambiente de esa ciudad, cuya población "conserva—según Jáuregui—los hábitos místicos de antaño, las rígidas costumbres de la España católica y las fórmulas de vida apacible, austera y meditativa de cuando fué la docta entre las doctas", es el que sirve de fondo a la novela *Los malos pensamientos*, de Jaime Mendoza. Este libro y *Memorias de un estudiante* que comprende tres novelas cortas, constituyen la parte más débil de la obra del autor de *En las tierras del Potosí* y *Páginas bárbaras*. Los ojos de este escritor, hechos a los inmensos horizontes esteparios y a las sombrías profundidades de los bosques, perdieron, dentro de los estrechos límites de una vida ciudadana, recogida y devota, su don de avizorar la lejanía...

Armando Chirveches, por su parte, escribió una novela de tesis, con marcada tendencia anticlerical, cuya acción se desarrolla en Sucre. Siendo como es una novela bien compuesta y valientemente escrita, *Casa solariega* no invita a una segunda lectura. Nada hay en esta obra que nos haga reconocer, diferenciándola de otras ciudades americanas igualmente tradicionalistas, a la docta capital de la República.

LÁMINA NÚMERO 9



LA PAZ

L A P A Z

El departamento de La Paz es el compendio de la naturaleza de Bolivia, como Bolivia, si no le faltara el mar, sería el compendio de la naturaleza americana. Es la síntesis en que están representados todos los elementos que componen ese paisaje multicolor y multiforme; en ella se suceden los matices con la misma graduación que la de los climas: desde las más frígidas alturas a las vegas más ardientes; desde el blanco azulado de las cumbres de sus montañas, pasando por el gris y el ocre de la puna y el pálido esmeralda de los prados, hasta el verde profundo de los bosques. El agua tiene allí todas las transparencias: desde las claras ondas que bañan las islas del Sol y de la Luna, el lechoso fluir de las cascadas y la turbulencia de los torrentes, hasta el espejo móvil de los ríos que se abren paso entre montes impasibles y llanos estremecidos de rumores. El aire, ese dominio de los pájaros que—según Paul Morand—le cupo a América en el reparto que de los cuatro elementos primarios del cosmos se hiciera entre los continentes, tiene en La Paz todas las densidades: desde la diafanidad que envuelve las alturas y el vaporoso aliento que se desprende del seno de los valles, hasta el capitoso relente, grávido en emanaciones turbadoras, que

exhalan las tórridas llanuras, vecinas ya del Gran Paititi...

La capital del departamento de La Paz se presenta bruscamente a los ojos del viajero, sin que nada le haya hecho prever su proximidad, cuando, al llegar al borde de la elevada meseta, la ve recostada al fondo de un ancho precipicio del que emerge, a lo lejos, el Illimani, la montaña eternamente blanca. La Paz está edificada en la cabecera de un valle que rompe la monotonía de la puna, abriendo en ésta una brecha geológica, que es como una ventana por la que se avisora las campiñas providentes.

El paisaje local, el que circunscribe la ciudad en el fondo de esa hondonada, es un paisaje arisco, casi ascético. Su atormentada topografía ofrece el más singular de los aspectos. Las lluvias han ido esculpiendo en los flancos gredosos de los cerros las más extrañas formas de obeliscos y figuras cabalísticas. Pero no es raro encontrar, al lado de un calvero, la huerta en que florecen los rosales. Juan Capriles, autor de algunos sonetos admirables, compuso esta *Acuarela,* que lo mismo puede estar inspirada en un lienzo primitivo que en un aspecto del paisaje paceño:

Con vuelo blanco la paloma
baja a beber al manantial,
y la vacada, lenta, asoma
como en un cuento pastoral.
Las florecillas de la loma
y el árbol viejo y patriarcal
dan el incienso de su aroma
al pensativo peñascal.
El rosa-lila del celaje
es el ensueño del paisaje
en el silencio vesperal...

La Venus, límpida, fulgura
y se estremece la natura
en la eclosión primaveral.

Gustavo Adolfo Otero describe así la ciudad, vista a vuelo de pájaro mecánico: "Destácase el rojo de las techumbres de teja que forman una inmensa mancha purpurina, animada por el brillo de las calaminas, la esbeltez de las torres eclesiásticas y el verde pardo de la campiña que introduce una nueva nota de contraste en este paisaje polícromo y cambiente. La ciudad se agazapa en los cerros, trepa por las colinas, cruza el río Choqueyapu y repta cautelosamente por las quebradas pendientes." Y Bedregal completa el cuadro: "En la inmensa cuenca palpitaba la vida ciudadana. La diafanidad resplandeciente de la atmósfera quebrantaba las leyes de la perspectiva, abreviaba las distancias y permitía percibir la coloración de las colinas lejanas que decoraban el paisaje, y en las que el crepúsculo vespertino ponía tonos azulados, violetas, anaranjados, rojizos, ocres." "Todo ello—resume Augusto Céspedes—cerrado en la campana de cristal sin mancha de un cielo de añil, del mejor añil del mundo, el secreto de cuya síntesis se halla a una altura de 4.000 metros sobre el mar."

Dentro de lo urbano, La Paz resume también los rasgos fisonómicos de la mayoría de las ciudades de Bolivia. Tiene como Potosí reliquias coloniales en las fachadas de algunas de sus iglesias y en el interior de antiguas y desmanteladas residencias. Tiene como Sucre, cada vez menos ciertamente, la soleada alegría de los patios andaluces. Tiene como Cochabamba, si no la frondosidad de sus jardines, el

fresco retiro de los parques estilizados a la inglesa. Tiene como Oruro, el anhelo de modernidad y la inquietud mercantilista.

* * *

La Paz es hoy por hoy el centro en que repercuten las palpitaciones de la vida espiritual de la República y del que irradian, casi siempre, las vibraciones del pensamiento boliviano. En La Paz están las instituciones intelectuales más importantes del país. Allí está la Sociedad Geográfica, hermana de la Sucre, cuyo animador infatigable, colaborado por Víctor Muñoz Reyes, Paredes, Díaz Romero, fué Manuel Vicente Ballivián. Allí está el Museo Tihuanacu en que Arturo Posnansky recibe y sirve de cicerone a los turistas golosos de curiosidades arqueológicas. Allí está la Academia de Bellas Artes que dirige Guzmán de Rojas. Y allí está, en fin, el Conservatorio de Música, por el que pasaron muchos de los de ese grupo que empieza a crear un arte inspirado en los motivos ricos de expresión de la música indígena: Eduardo Caba, Manuel Sagárnaga, Humberto Viscarra, Eduardo Calderón y otros que sería largo enumerar.

Un índice que mostraría con relativa exactitud cómo es verdad que los intelectuales bolivianos se imponen, desde La Paz, sobre los públicos de las otras ciudades, sería la prensa paceña. Ella ha asentado la fama de periodistas, literatos y artistas venidos de diferentes puntos del país. Los nombres de Casto Rojas, Vaca Chávez, Manuel Carrasco—entre muchos que prestigiaron en La Paz el periodismo nacional y en el que militara el gran pianista y

compositor orureño que fué Waldo Alborta—bastarían para acreditar mi afirmación. Y, sin embargo, ¡cuántas deficiencias muestran todavía los diarios de La Paz, que son los mejores de la República! Angel Salas, periodista él mismo, y de los buenos, que hizo en 1925 una reseña histórica, sustanciosamente comprimida, del diarismo boliviano, se lamentaba de ello sinceramente adolorido. Pero, aunque no hubieran cambiado las cosas desde entonces, reconciliémonos—como pedía René Moreno refiriéndose a los viejos periódicos que de tan precioso auxiliar le sirvieron para componer algunos de sus más admirables capítulos de historia—"reconciliémonos con esos girones del aliento social, que nos llegan animosos como ráfagas calientes, trayéndonos las palpitaciones de la vida que pasó."

Fué de esa ciudad de La Paz que Miguel de Cervantes quiso, en 1590, ser Corregidor... Mas, si el manco ilustre no pudo obtener la gracia, en cambio el Ingenioso Hidalgo sí estuvo, hace poco en la "heroica y denodada ciudad del Illimani". Así al menos cuenta Bedregal en *Don Quixote en La Paz,* cuadro de sabroso anacronismo en que el Manchego insigne y su insigne servidor inician sus ultratumbales aventuras. En él ha puesto Bedregal un tan jugoso arcaísmo en el lenguaje y una tan cordial comprensión del héroe, que acaso podría tenerse a ese cuento como a un bien logrado *pastiche* cervantino, al mismo tiempo que como a uno de los de colorido más auténticamente criollo que haya producido la literatura boliviana. El autor de *Figuras animadas* siente fervorosamente el amor a la pureza del idioma, y sabe que éste es lo suficientemente rico para, sin salir a caza de neologismos y barbarismos inútiles, traducir estados de alma y de naturaleza que, por muy

modernos o exóticos que sean, encontrarán siempre su forma de expresión exacta y animada. Y exactas y animadas son las *figuras* a que este autor—poeta y filósofo—infunde el soplo de su inspiración para presentarlas llenas de una vida, que no por lo irreal es menos verdadera.

En los primeros tiempos de la República estuvo en La Paz el poeta español José Joaquín de Mora que, en una hacienda al pie del Illimani, compuso sus *Leyendas españolas*. "Siempre dará honra a Bolivia—dice Menéndez y Pelayo—el haber sido cuna de uno de los mejores libros de versos castellanos." Allí comió "el pan negro de nuestra hospitalidad modesta" y a salvo de la tiranía de Rosas—lo mismo que su compatriota el General Mitre—el poeta argentino José Mármol, quien pagó noblemente la deuda contraída con un *Canto a Bolivia*. Por allí pasaron, años más tarde, los chilenos Ramón Sotomayor Valdez y Carlos Walker Martínez y escribieron valiosas páginas sobre esas épocas tormentosas de la historia boliviana. Allí, dentro ya de estos últimos veinte años—además de Max Grillo, de gratísima memoria en Bolivia—vivieron y convivieron varios escritores hispanoamericanos: Enrique Bustamante y Ballivián; Emilio Rodríguez Mendoza; Jaime Molins; Víctor Domingo Silva; Federico More, entre cuya intensa labor sobre asuntos bolivianos, cuenta un muy curioso estudio de Gregorio Reynolds; y, en fin, allí vive y convive todavía el poeta colombiano Manuel María Muñoz, noble amigo de Bolivia.

Mora dictó algunos cursos en la universidad que acababa de fundar en La Paz el Mariscal Andrés de Santa Cruz, y es muy posible que tanto sus lecciones como sus versos ejercieran influencia en la incipiente cultura litera-

ria de la joven república, que contaba ya con una esperanza: el poeta Ricardo José Bustamante. Con más instinto poético y más educada sensibilidad que sus contemporáneos—Cortés, Mariano Ramallo, Daniel Calvo—tuvo Bustamante la suerte, muy rara en esos tiempos, de visitar Europa y trabar amistad con escritores españoles de gran prestigio. Este hecho contribuyó, sin duda, a ensanchar el campo de su cultura y a cimentar su personalidad. Los mejores poemas de Bustamante—quien, además de poesías líricas que no han sido coleccionadas, escribió algunos dramas y leyendas en verso y, en las postrimerías de su vida, un poema épico, de largo aunque fatigado aliento, *Hispano-América Libertada*—están inspiradas en motivos menos íntimos—vale decir menos desgarradoramente quejumbrosos—que los que inspiraron por regla común a sus contemporáneos, entre los cuales Félix Reyes Ortiz extremó la nota hasta el delirio hipocondríaco, quizá no tan fingido como se sospecha, ya que el cantor inconsolable "cayó en la misantropía y, al fin, en la enagenación mental".

El hoy anciano y venerable poeta Rosendo Villalobos nacía a la vida literaria cuando rindió la suya Bustamante. Devoto de los libros, curioso de todas las novedades que ofrece día a día la literatura universal, Villalobos es un escritor justamente admirado y respetado por la nobleza y elevación espiritual de su labor perseverante y silenciosa. Al autor de *Ocios crueles*—obra antológica—se le deben excelentes traducciones de poetas extranjeros, ignorados casi todos hace unos treinta años en Bolivia. Es digno de observarse cómo en su obra original—tradicional en la forma y serena en el fondo, no obstante su

desencantado humanitarismo—Villalobos que tan bien tradujo o interpretó a poetas de tendencias nuevas, no revela de modo sensible haber sufrido la influencia de ellos.

Ocios crueles veía la luz cuando el modernismo, triunfante ya en todo América, empezaba a ser tímidamente cortejado por una nueva generación de poetas bolivianos. Al grupo de Peñaranda, en Sucre, correspondia en la Paz el de Bedregal, Chirveches, Eduardo Díez de Medina... Los poemas de Bedregal, animados de un fervoroso amor a la naturaleza como en *El árbol,* o de un lirismo clarovidente como en *Primavera espiritual;* los de Chirveches, correctos y rebuscadamente ceremoniosos; los de Díez de Medina, cortesanos o de un criollismo algo convencional; eran parte del tributo que, antes de la llegada de Reynolds, Raúl Jaimes Freyre, Sainz, Capriles, Ortiz Pacheco y otros, prestábase en Bolivia a aquel movimiento. Otros poetas residentes fuera del país, contribuían por su parte a enriquecer la poesía boliviana, más o menos dentro de las nuevas tendencias, como Arturo Pinto Escalier cuyos poemas reunidos más tarde en *El alba de oro,* revelan un sentimiento familiar y suavemente comunicativo de la naturaleza.

Vino después la generación del "Centenario", a la que sigue la de la "Guerra del Chaco", àmbas, más que de poetas, de dramaturgos, cuentistas, ensayistas y novelistas. Es en estas actividades que la juventud empieza a destacarse con brillo singular, dando lugar a un movimiento que Gabriela Mistral califica de "resurrección de las letras bolivianas". En cuanto a la poesía, la "nueva sensibilidad" amenaza en Bolivia envejecer, sin haber llegado a la madurez que es la hora de la vendimia... Empero,

poetas como Guillermo Viscarra, Fernando Díez de Medina y otros, que sería difícil citar sin incurrir en omisiones ingratas, mantienen vivo y con gallarda entereza el sagrado fuego.

Un poeta, que sin embargo de pertenecer cronológicamente a la época en que el modernismo empezaba a imponerse en Bolivia, debe, por las muy originales características de su obra, ser citado aparte, es Franz Tamayo. Carlos Medinaceli, que tan acertadas observaciones formuló al hablar del andimismo de Jaimes Freyre, me parece aventurarse en demasía al tratar de aplicarlas en la misma medida a *La Prometheida,* tragedia lírica que revela, en cuanto al fondo, las arraigadas aficiones humanistas del autor, y, en cuanto a la forma, un culto por los efectos verbales bastante extraños, a mi entender, a la "sobriedad y precisión de imágenes" que Medinaceli reconoce como cualidades andinas en la poética de Jaimes Freyre. Podría decirse que el Tamayo de *La Prometheida* es un caso típico de cerebralismo y tropicalismo reunidos. En este libro la rebusca excesiva de términos nuevos, anticuados o exóticos, y de efectos musicales, felices en determinados momentos, pero que en otros, en vez de halagarlo, lastiman el oído, afea ostensiblemente el conjunto de la obra, animada en muchos pasajes de un soplo de lirismo poderoso y reveladora, en otros, de una gran facultad de penetración en los misterios del alma humana. En *Odas,* obra de juventud, se adivina al humanista novel enfatuado y erudito, pero también al escritor de fuste. En *Nuevos Rubáyat* y *Scherzos,* está ya el gran poeta que hay en Franz Tamayo. Los *Nuevos Rubáyat* son estrofas de cuatro versos que encierran casi siempre un hondo pen-

samiento, y los *Scherzos* extensos poemas escritos, por curioso capricho de este poeta gongorino y hermético, en la forma popular y epigramática de la seguidilla. En el *Scherzo sinfónico* cada seguidilla es un motivo independiente, y algunas de ellas son —en oposición a *La Prometheida*— maravillas de síntesis y sobriedad verbal, a las que sí puede ya aplicarse sin reservas —lo mismo que a *Nuevos Rubáyat*— el criterio de Medinaceli. Esta, por ejemplo, que traduce el indianismo algo teórico de Tamayo:

Bajo este cielo mismo
floreció un cetro;
sopló un destino tetro,
y fué el abismo!
Fénix sin serlo,
la misma Cruz celeste
volverá a verlo!

O esta otra reveladora de su antiespañolismo, acaso igualmente teórico:

Cuando el puñal ibero
l'hubo transido,
este mundo agorero
dió un alarido!
Después, pavura
y un estupor de siglos
que aun dura, aún dura!

La personalidad de este escritor, desconcertante por lo contradictoria, ha sido blanco de diatribas mordaces y despiadados epígramas, dictados algunos por la pasión política que en Bolivia todo lo enturbia y envilece, negándose a distinguir en el mal político al intelectual de mérito.

Pero tampoco han faltado estudios serios sobre su personalidad artística, como el realizado por Fernando Díez de Medina, joven escritor que, sin la parcialidad que pone a veces en sus juicios, sería ya una autoridad, por su amplia cultura y su amor a los libros. *El velero matinal* —en que figuran sus ensayos *Tamayo o el artista, Jaimes Freyre o la personalidad, La sangre interior de nuestra América,* y otros sobre temas americanos y europeos— es una muy interesante contribución a la bibliografía boliviana.

Muchos de los escritores del siglo XIX, como también algunos de principios del actual, se ensayaron en el drama histórico y muy rara vez en la comedia de costumbres. La pobreza del arte dramático en Bolivia rayaba, hasta hace poco, en la indigencia. Allí, los asuntos apropiados a la escena son contados y se agotan pronto; por otra parte, los temas de un localismo demasiado estrecho ofrecen escaso interés a un público que se renueva poco, lo que equivale a decir que en Bolivia el teatro no tiene de qué vivir... Angel Salas, que es también autor teatral, en una concienzuda monografía sobre literatura dramática, llama a Félix Reyes Ortiz "precursor de los autores teatrales de Bolivia", y a Hermógenes Jofré, que escribió un solo drama, *Los mártires,* basado en un trágico episodio de la historia nacional, "el más notable dramaturgo boliviano del siglo XIX". Sólo a partir de 1921 —después de haberse representado alguna que otra obra de Costa du Rels, Ortiz Pacheco, Vaca Chávez o Juan Antonio Barrenechea— el teatro recibe un impulso más constante. Se lo imprimen escritores jóvenes que se destacan también como ensayistas y poetas: Enrique Baldivieso y Humberto Palza; como cuentistas vernaculares: Antonio Díaz Villa-

mil y Zacarías Monje Ortiz; como espirituales conferencistas: Jorge Gallardo Calderón; y, en fin, como autores de teatro sobre todo: Mario Flores, Valentín Meriles y otros.

A las iniciativas del fenecido "Círculo de Bellas Artes" de La Paz, que promovió certámenes de diversa índole, se deben algunas novelas, como *Raza de Bronce*. No es ésta la única escrita por Arguedas. Una anterior, *Vida criolla*, es la pintura, asaz desconsoladora y pesimista, del ambiente social y político imperante en La Paz, hacia fines del siglo XIX. En *La danza de las sombras* explica el autor la génesis de esta novela: "Una cosa que comenzó a preocuparme desde mi mocedad, es el encono de nuestras luchas llamadas políticas; el ardor y la iracundia con que se debaten los asuntos privados; la furia que despiertan ciertos hombres; la persistencia de nuestros odios personales; la veleidad con que cambiamos de ideas, afectos y pareceres; nuestra poca persistencia en la labor creadora. Quise explicar todo esto y escribí *Vida criolla*."

Arguedas y Mendoza son, hoy por hoy, como lo fuera antaño Gabriel René Moreno, los dos escritores bolivianos en quienes el sentimiento de la nacionalidad pugna más ansiosamente por afirmarse en una concepción realista de la patria. Arguedas tiene la preocupación del factor humano; Mendoza, la del geográfico. Para Arguedas, las causas de nuestros fenómenos históricos hay que buscarlas en el hombre; Mendoza cree encontrar en la geografía la solución de nuestros problemas más vitales. Arguedas consulta pacientemente los archivos y revisa sus ficheros, tratando de deducir de nuestros errores y deficiencias las lecciones que hay que aprender para no reincidir

en ellos; Mendoza, puestos los ojos en el mapa y con la brújula en la mano, traza los caminos que darán mañana a la nación cohesión y unidad indestructibles. Arguedas, como historiador, como sociólogo, como literato, es siempre un moralista; Mendoza, hasta cuando hace historia, subordina aquélla al sentido geográfico, tan íntimamente vinculado al económico. Como la historia y la geografía, para dar forma estructural a un pueblo, así estos dos escritores se completan para hacer resaltar la fisonomía de una literatura que quedaría trunca si le faltara uno de ellos. Arguedas, de *Vida criolla,* la novela de la ciudad, a *Raza de bronce,* la novela del campo, no cambia propiamente de escenario, ya que éste en ambas obras es andino; Mendoza, de *En las tierras del Potosí,* emporio de las riquezas mineras, pasa en *Páginas bárbaras* a las regiones gomeras: del páramo a la selva. Muerto Ricardo Jaimes Freyre, Arguedas es el único escritor boliviano de renombre continental; Mendoza, menos conocido, desconocido casi, no tuvo vagar para correr por los caminos del mundo: no le dejaron tiempo sus afanosas andanzas de lindero a lindero de su patria. Arguedas contempla, casi siempre desde lejos, a su país con ojos interiores, impregnados de nostálgica y dolorosa espectativa; Mendoza se resiste a salir de él, porque quiere verlo y palparlo todo en forma directa e inmediata. Los dos, como escritores, como pensadores, como hombres, sienten la patria en carne viva y son, a su manera, constructores e iconoclastas. Arguedas con un santo horror de los caudillos y una fe inquebrantable en los destinos de la raza; Mendoza con un desdén supremo por los pequeños menesteres de una política lugareña, clamando por la articulación

interna de Bolivia. El autor de *Pueblo enfermo* es doctor en sociología; el de *La ruta atlántica,* doctor en medicina, con vocación de inquieto explorador y de ingeniero. Ambos escritores son sustancialmente andinos, y lo mejor de su obra lleva el sello inconfundible, impreso por el rudo contacto con la naturaleza de la sierra.

* * *

Pobre es en el género que podría llamarse de costumbres aldeanas la literatura boliviana. A él pertenece *Cuestión de ambiente,* de Gustavo Adolfo Otero, novela, que "aunque de fácil y amena lectura, sana tendencia y robusto colorido, carece de la gracia y el matiz fulgurante con que Otero hace una obra de arte de cualquier cosa, hasta de un personaje político."

A él pertenecen también *La Candidatura de Rojas,* de Chirveches, y algunos cuentos comprendidos en *Figuras animadas,* como *Los salvadores* y *Domingo de Ramos,* que realzan ese aspecto de la personalidad de Bedregal: el criollismo, y que sería de desear cultivara con más asiduidad, pues los otros que completan el volumen pierden ese carácter y se hacen menos interesantes. *Domingo de Ramos* es una escena pueblerina, rebosante de esa maliciosa intención a que el autor se muestra tan propenso; un cuento descriptivo de una de tantas festividades religiosas que, en los pueblos del valle especialmente, son remedo pintoresco, aunque no del todo estrafalario, de una muy famosa que se celebra anualmente en una risueña y gloriosa ciudad de la Península: "De los balcones colgaban lienzos de color, sábanas de anchos encajes y hasta enaguas al-

midonadas". "Bajo los arcos levantados en las bocacalles, se mecían racimos obesos de uvas, cabezas de plátanos, piñas de agresiva corteza, bolsas recamadas de monedas antiguas, muñecas de trapo, santos de cartón y otras mil cosas más". "Comparsas de bailarines indígenas atronaban el espacio con el ruido de sus zampoñas, de sus flautas, de sus tamboriles y de sus bombos". "En las aceras, bajo de chatos toldos o a la intemperie, las cholas vendedoras de chicha, de maní, de naranjas, de panes y bizcochos, sentadas en el suelo o de cuclillas, ofrecían a gritos sus mercancías". "La plaza parecía un hormiguero en zafarrancho, invadida por buhoneros turcos que defendían a brazo partido sus bazares ambulantes, por vendedores de dulces, por *ancleros* que agitando sus cubiletes estrepitosos, proclamaban la buena suerte de la Chola, del Diablito, de Juan Burro"... "De súbito se apagó el formidable bullicio y se hizo perceptible el evocador sonido de las campanas y el paso doble que acometía furiosamente una murga de beodos y que, militarmente alineada, precedía la procesión. Delante, un monaguillo agitaba un cencerro y dos gendarmes, blandiendo sendos vergajos, imponían su autoridad con palabras mal olientes. Tras de la murga, marchaban ceremoniosamente, portando guiones y gallardetes, el señor Corregidor, el Juez de Paz, el Alcalde Municipal y demás dignatarios, algunos de los cuales, a pesar del calor, llevaban capa y debajo de ellas, sombreros de copa antidiluvianos. Descollando entre la multitud, balanceaba, siguiendo las oscilaciones acompasadas que le imprimían los conductores de su anda, la efigie de un apóstol, con túnica de percalina y sombrero de paja; luego, una columna de mujeres sudaban bajo los mantos ne-

gros que cubrían sus cabezas, llevando palmas benditas, y detrás —cosa que no es inusitada en ciertos poblachos— iba el Señor de Ramos, cabalgando en una auténtica pollina, enjaezada con gualdrapas multicolores. Conducíanla de sendos ronzales cubiertos de cintajos, dos hombres destocados que caminaban musitando oraciones y sosteniendo a la altura del pecho, con ademán teatral, los ronzales de la borrica y las palmas benditas. Detrás el cura Osvaldo, con paramentos resplandecientes, entonaba oraciones en latín, que coreaban, desaforadamente, los sacristanes y las devotas"...

En *La candidatura de Rojas,* puso Chirveches todo lo que sabía, que no era poco, de la técnica de la novela de costumbres: el sentido de las proporciones y perspectivas, la crítica objetiva y la anécdota oportuna; cualidades, las primeras, que asomaban ya en un ensayo anterior, *Celeste,* novela poemática, afectada por las exageraciones de la época: dannuncianismo. En *La candidatura de Rojas* — que mereció el honor bien singular de ser traducida, hace más de veinte años, para el folletín de *Le Temps*— lo que más vale son las descripciones del paradisíaco valle de Yungas, cercano a La Paz. Esos montes elevadísimos, separados por encañadas profundas, en cuyo fondo el agua clara de los ríos recibe el tributo innumerable de cascadas que brotan como de gárgolas ocultas entre la maraña; esa vegetación inverosímil que medra casi a flor de roca; esos cocales apacibles, en terrazas escalonadas — únicos trozos horizontales en el monte— y que ondean a la brisa cargada de perfumes; esos huertos de naranjos, cercados por los arbustos del café; todo ello aparece, en rápidas pinceladas, en la novela de Chirveches, sirviendo

de fondo a ingenuos idilios pueblerinos y campechanas francachelas en que comparten terratenientes encacicados, politicastros y relamidas damiselas... Dejemos al *candidato* referir las impresiones de su viaje por esas provincias que, estando tan próximas a La Paz, son ya una anticipación del trópico: "Frente a mí la montaña virgen parecía sonreír con una magnífica sonrisa de verdura". "Detrás del primer monte de curvas graciosas veía uno de color verde vivo y claro, luego, más allá, otro azulado verde esmeralda. A mi derecha un abismo lleno de flores, de paraguas de helechos, de arcos de enredaderas, de penachos". "Más abajo veíanse enormes troncos vestidos de yerbas parásitas, las cuales semejaban gigantescas tarántulas inmovilizadas sobre la red de lianas; semejaban otras veces las extendidas ramas, pletóricas de flores, hamadriadas misteriosas que enseñaban al viajero desconocido camino". "Un río corría al fondo con alboroto de caídas y de saltos, con lujo de espumas y de irisaciones. A veces se adormía a la sombra de alguna arboleda. Allí el remanso reflejaba el cielo azul entre los claros del follaje y luego, más allá, continuaba su labor y tejía el encaje de su espuma y el raso transparente de su onda verde. En torno a mí se agitaban enjambres de mariposas, blancas y negras, semejantes a dijes chinos con incrustaciones de nácar en las alas". "La sombra comenzaba a trepar por las faldas de los cerros vecinos. Extendíase lentamente y allí donde se proyectaba disminuía el movimiento, vibraban las ondas sonoras y luminosas con más lentitud, apagábanse los rumores y los cantos". "El crepúsculo es allí breve. Sobre las cimas de los cerros los cúmulos dorados por los últimos rayos del sol se destacaban gloriosamente

entre la pálida transparencia del cielo. Poco a poco iba calmándose la vida del paisaje en una como somnolencia dulce y suave. Esfumábanse los contornos, las sombras se pulían y redondeaban, la luz iba apagándose sin estremecimientos, con un deliquio de mujer que se abandona; el púrpura y el añil descolorábanse, el amarillo palidecía, el verde lejano tornábase clarísimo, con transparencia de menta y parecía subir hacia el azul infinito, como una aspiración jamás satisfecha". "Una lucecilla encendióse de pronto en el aire, pero se apagó luego. Momentos después percibí el fulgor raudo de otra. Alternativamente comenzaban a aparecer esos fuegos alados. Se les veía sobre una flor, sobre una hoja, en la parte más alta de un árbol. La vista podía apenas seguir sus movimientos y no acertaba a calcular dónde volvería a brillar esa lucecilla blanca y fugaz".

¿Es *La candidatura de Rojas* una novela política? De costumbres políticas, tal vez. Y eso sólo en parte. Tampoco se plantea en ella un conflicto social como en *Casa solariega.* Ninguna preocupación doctrinaria, ningún propósito de combate puso en ella Chirveches; quiso hacer una obra de arte realista y lo consiguió. Chirveches que dió en este libro toda la medida de su talento de novelista, publicó después *Casa solariega, La Virgen del Lago, Flor del trópico,* novela de costumbres brasileras, y, poco antes de morir trágicamente en París, *A la vera del mar.*

* * *

Les queda todavía mucho por explorar a los escritores bolivianos en el plural venero de los motivos nacionales. Ninguno, sin embargo, menos frecuentado que el de la poesía que brota, anónima y espontánea, del sentimiento popular. Y no es que falten —pues la poesía, como la música y la danza, es expresión natural del alma de los pueblos— esas canciones que, sin que nadie sepa quién las compuso, pasan de boca en boca y de generación en generación, perpetuando el eco de las modalidades íntimas del espíritu colectivo. Lo que ha faltado ha sido el poeta que sepa recogerlas y rendir luego al pueblo, bruñido y enmarcado, el espejo de su alma. Pero no uno sino vários habrían de ser los poetas que emprendan la tarea; tantos, por lo menos, cuantas fuesen las regiones que impriman carácter diferencial al *romancero:* canciones que en la puna armonizan con el són quejumbroso de la quena, con el charango sentimental en los valles y con la sensual guitarra en el oriente...

INDICE

Págs.

Prólogo 5

LA PUNA

Tierras del Titicaca y Tihuanacu. . . . 21
La Villa Imperial 43
Tierra del Potosí y Oruro 61

LA SELVA

El Gran Paititi. 81
Santa Cruz de la Sierra. 99
El Chaco y Tarija. 117

EL VALLE

Cochabamba 139
La Ciudad de los Cuatro Nombres . . . 177
La Paz. 177